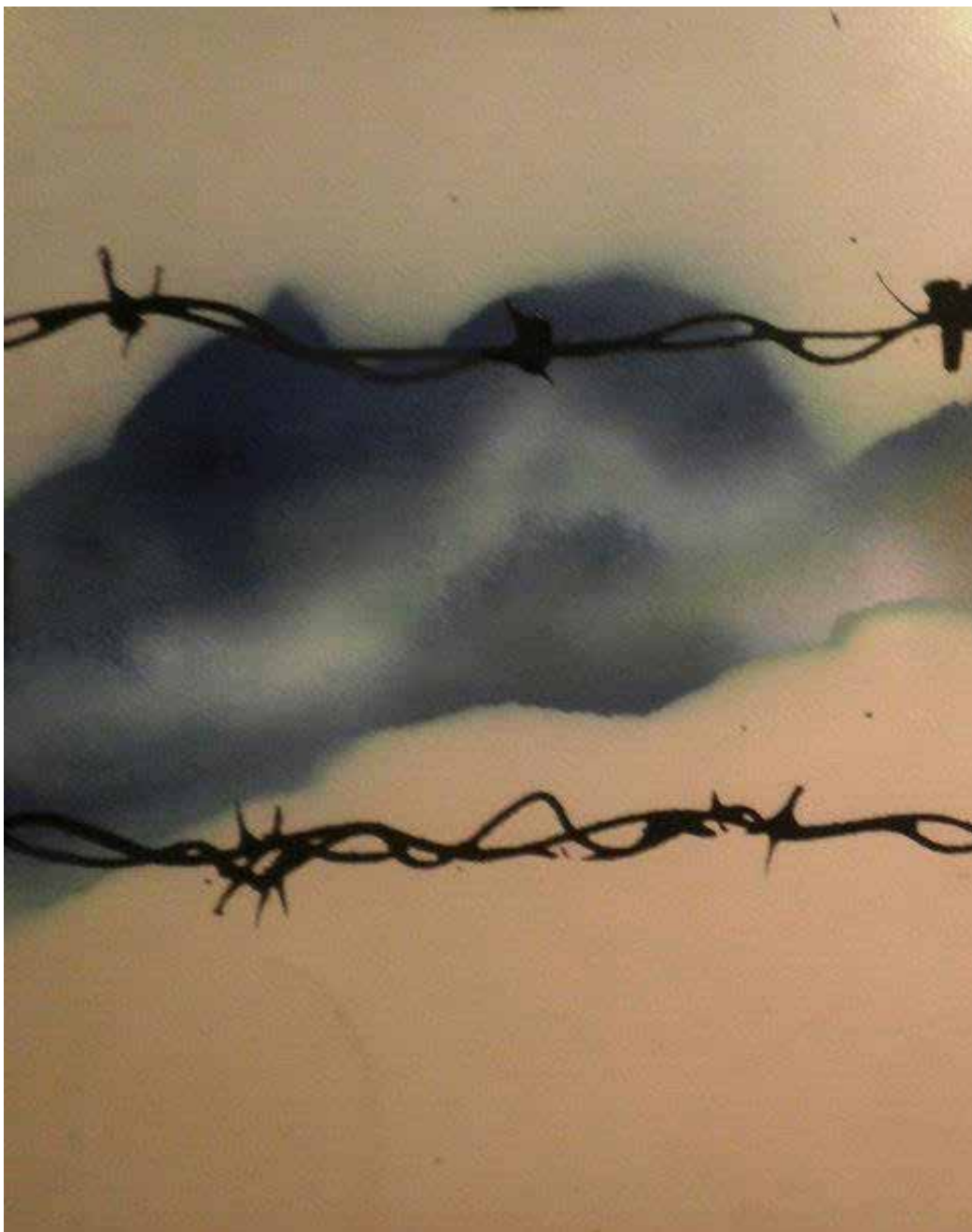
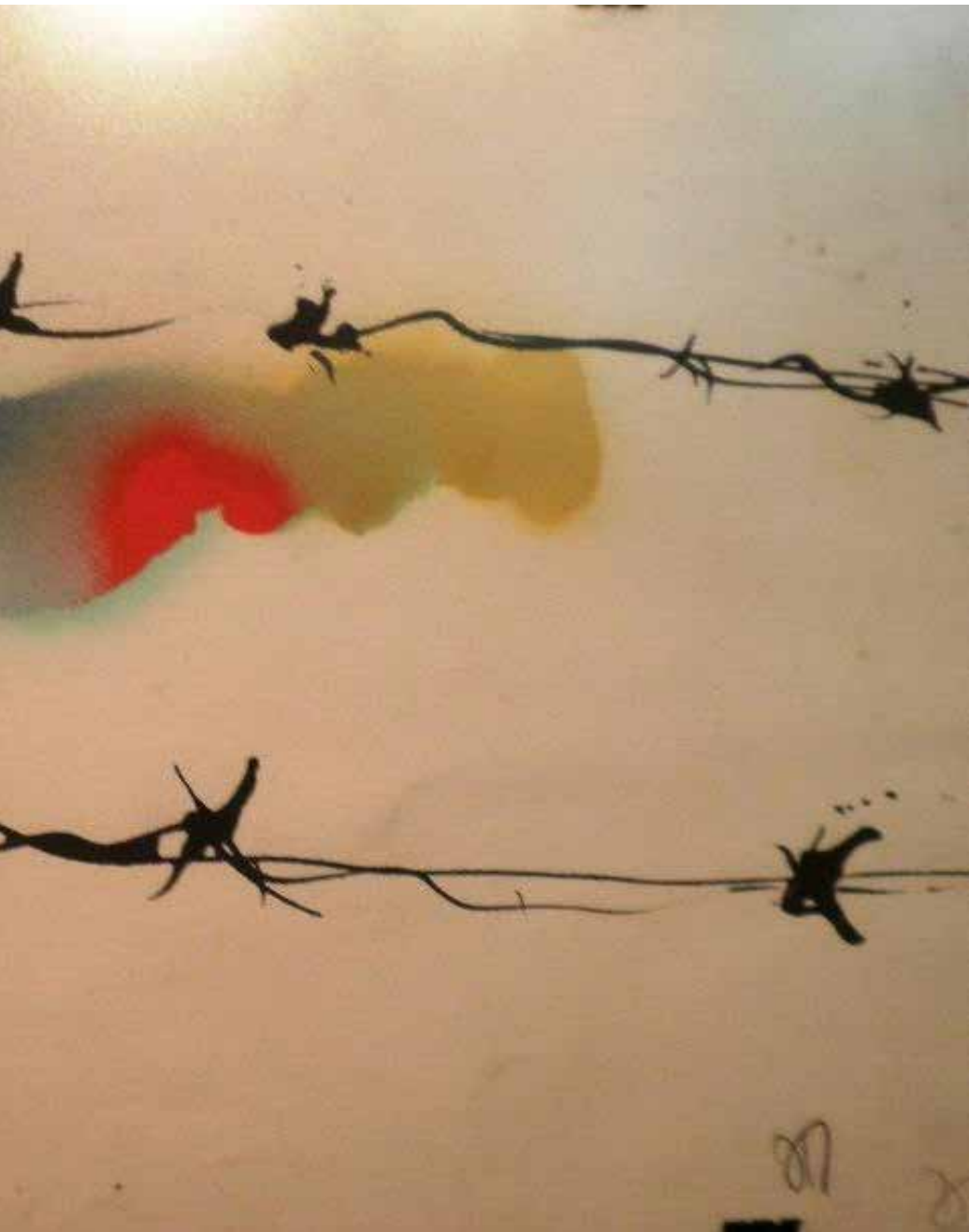




Obra pictórica de Draco Maturana *Derechos cedidos por Eva Reinchestein.*



LAS VOCES DEL SILENCIO

Fundación Curaco de Vélez

Primera Edición

Noviembre de 2021

Diagramación

Gráfica Punto, Castro, Chiloé

Impreso en Imprenta Nahuel

nahuelpublica@gmail.com

San Miguel, RM

Equipo de trabajo

Carmen Barría

Janett Cárdenas

Olga Cárdenas

Cristina Carrasco

Mario Contreras

Maribel Lacave

Con la colaboración de Patricia Paredes

*A todos los hombres y mujeres que
creyeron y lucharon por un mundo mejor.
A todos los hombres y mujeres que recogieron
el testigo y luchan hoy por la dignidad humana.
Ellos y ellas fueron y son imprescindibles*

LAS VOCES DEL SILENCIO

La violación de los DD.HH en Chiloé durante el periodo de la dictadura cívico-militar (1973-1990)

PRIMERA PARTE: ANCUD

FUNDACIÓN CURACO DE VÉLEZ

Agradecimientos

El objetivo de este proyecto era enfrentar la desmemoria y el olvido social de la historia reciente de Chile para darla a conocer a las nuevas generaciones en el territorio de Chiloé. Pero esto no hubiera sido posible sin el apoyo y colaboración de muchísimas personas.

En primer lugar y por sobre todo, nuestro reconocimiento a las personas que aceptaron relatar su historia personal, siendo conscientes de lo doloroso y difícil que podían ser los recuerdos. Todos ellos y ella señalaron que deseaban entregar su testimonio para que se supiera la verdad de lo ocurrido. Muchas gracias compañeros y compañera.

También agradecer la valiosa colaboración de todas las personas que ayudaron a contactar a víctimas que quisieran ser entrevistadas.

Y, finalmente, a todas aquellas personas que de forma generosa y anónima han entregado una aportación dineraria para que este libro pudiera ver la luz.

ÍNDICE

13	Prólogo
16	Presentación
	La recuperación de la memoria
	Los difíciles recuerdos
	El dolor de los relatos
	Pero la vida continúa
	Los centros de reclusión
	Palabras finales
27	Entrevistas
	Guido Alberto Alvarado Aguëro
	Fernando Hernán Calbullanca Vidal
	María Teresa Garay Cárcamo
	Humberto Gilchrist Saavedra
	Laubrides Omar González Astorga
	Heriberto Hermógenes González Nair
	Manuel Óscar González Nair
	Florencio del Carmen Hernández Soto
	Roberto Huenchur Guaico
	José Severiano Lagos Venegas
	Tulio Rigoberto Maldonado Pérez
	Omar Humberto Maldonado Vargas
	Jorge Eduardo Mardones Reyes
	Julio Armando Mayorga Ojeda
	Patricio Montenegro Muñoz
	Claudio Rigoberto Melipichún Avendaño
	José Baudilio Nehuel Carimoney
	José Óscar Pérez Cárcamo
	José Sergio Ramírez Altamirano
	Héctor Hernán Saldivia Otei
	Fernando Arturo Silva Medina
	Víctor Osvaldo Téllez Téllez
	Abdón Senén Vásquez
185	Epílogo

PRÓLOGO

La Fundación Curaco de Vélez, es una organización sin fines de lucro, creada en 2016, con sede en la comuna de Curaco de Vélez, isla de Quinchao, archipiélago de Chiloé. Desde su creación, la Fundación ha impulsado diversas actividades de educación, formación e investigación. Todas ellas realizadas de forma absolutamente voluntaria por personas que creen en el proyecto y participan activamente para su buen desarrollo. El objetivo general es revitalizar a través del diálogo de saberes, organización ambiental y formación autónoma local los saberes y sentires de los propios pueblos.

Como actividad de investigación, entre otras, durante el año 2019, se constituyó un equipo de trabajo formado por profesoras e investigadoras/es, vinculadas/os al quehacer de la Fundación, con el objeto de recuperar la memoria de la represión histórica en Chiloé; comenzando por la parte de la memoria histórica relacionada con lo que fue la represión durante la dictadura militar (1973 – 1990) en el territorio insular. En “Las Voces del Silencio” hemos plasmado el contenido de cada protagonista con el tratamiento que merece una verdad cruel -y parte de la vida misma- para dejar testimonio de los atropellos y violaciones a los DDHH, de los cuales nuestro archipiélago no quedó exento.

Vivimos en tiempos en donde el sistema socio-político-económico que nos domina ha penetrado en las arterias de nuestras vidas calando profundamente en la memoria colectiva, en la invisibilidad de territorios, culturas y personas. Así se ha naturalizado un sistema violento y represivo que no es propio de nuestros pueblos. Violencia que se repite con fuerza estos días, que ha llegado a todos los rincones del país, incluyendo naturalmente el Archipiélago Chilote. De aquí que, sea fundamental la recuperación de la historia para aprender de ella, pensar el presente y construir el futuro.

Janett Cárdenas

Presidenta Fundación Curaco de Vélez



PRESENTACIÓN

El 4 de septiembre de 1970, apoyado por la Unidad Popular (coalición de partidos de izquierda), fue elegido por votación directa Salvador Allende Gossens como Presidente de Chile. El programa de la Unidad Popular presentaba importantes cambios sociales, económicos y políticos que se realizarían respetando siempre la legislación vigente. Cambios que las fuerzas derecha no estaban dispuestas a aceptar. Así, con el apoyo directo de los EEUU, fueron creando situaciones de escasez y de caos económico. El resultado electoral de las elecciones al Congreso de marzo de 1973 le dio una victoria a la Unidad Popular, inesperada por las fuerza de oposición. Situación que consolidó la opción golpista por parte de la derecha y de los EEUU.

El 11 de septiembre de 1973 Chile amaneció con un golpe cívico-militar, estableciéndose una dictadura militar que se extendió hasta 1990. Periodo que sumió al país en un baño de sangre y una constante violación de los derechos humanos con resultado de detenciones, torturas, muertes y/o desapariciones de personas.

La recuperación de la memoria

En el año 2018, en la Escuela Superior Campesina Curaco de Vélez (ESC), acordamos constituir una comisión cuya función sería recuperar –al menos en parte- la memoria histórica de la represión vivida en el territorio de Chiloé entre 1973 y 1990, durante el período de la dictadura cívico-militar. Desde las distintas perspectivas y análisis que puede tener un trabajo de este tipo, priorizamos comenzar por el relato oral de víctimas detenidas en distintos centros de reclusión. Priorización que responde a dos tipos de razones. La primera es evidente: el riesgo de perder esta información debido a la edad de las personas. La segunda, guarda relación con la riqueza que presenta una historia contada en primera persona. Los sentimientos, los miedos, los horrores y las torturas casi inimaginables vividos durante una detención, difícilmente pueden ser explicados con la misma profundidad emotiva por personas ajenas al hecho. Así, el texto se construye a través del relato de algunos de los sobrevivientes.

Puede surgir la pregunta, ¿por qué después de treinta años?, la respuesta es sencilla, porque nunca es tarde para recuperar una historia oculta, olvidada y desconocida para parte de la ciudadanía. Así, el objetivo de este trabajo es dar a conocer a las nuevas generaciones, en la medida de lo posible y siendo conscientes de nuestras limitaciones, esta historia invisibilizada. Porque la historia cuenta. Por eso que en este trabajo se mira el pasado para construir un futuro diferente, con dignidad y justicia. El riesgo de no recuperar la memoria es la repetición de una historia siniestra. Como se señala en la película El silencio de otros, “la memoria es la historia socializada sobre cómo una sociedad asume su pasado, se explica su presente y proyecta su futuro”.

Mirar los hechos con treinta años de distancia tiene la ventaja de que ya se han elaborado suficientes informes realizados con reconocida seriedad¹ donde ha quedado demostrada la existencia de prisión política y tortura en todo el territorio nacional. Hoy sabemos que no hay pueblo en Chile donde no se encuentren víctimas de la dictadura. Afirmaciones difíciles de admitir –para un sector de chilenos- en tiempos pasados.

Este proyecto que pretende abarcar todo el territorio de Chiloé se ha iniciado por la comuna de Ancud por simples razones operativas. Se ha llegado a las personas entrevistadas por distintos conductos: por personas de la ESC que conocían a personas de Ancud que hubiesen sufrido detención, por la colaboración de los compañeros pertenecientes al PRAIS, por las redes propias que se iban entretejiendo entre las personas entrevistadas o por información de otras personas militantes o ex militantes de partidos pertenecientes a la ex-Unidad Popular. Todas las personas entrevistadas son ancuditanas, aunque algunas –por razones de estudio o trabajo- fueron detenidas en otras ciudades. Ahora bien, aunque hicimos todo lo posible, es más que probable que hayan quedado personas a las cuales no pudimos contactar.

El número final de personas entrevistadas es de veintitrés. Para acercarnos al nivel de representatividad de las personas entrevistadas en relación a las personas represaliadas en Ancud, hemos realizado un pequeño cálculo estadístico; no muy riguroso, pero que nos permite disponer de una cierta aproximación. Si consideramos que de acuerdo al Informe Valech, el número de testimonios calificados en Chiloé fueron 233 (posiblemente, por distintas razones, no todas las

¹ *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Informe Rettig).*
Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura (Informe Valech).

víctimas figuran en el Informe Valech) y que según el Censo de 1992, la población de Ancud representaba el 20% de la población de Chiloé; entonces, de las 233 personas calificadas, 46 corresponderían a Ancud. Hay que considerar además, que de estas 46 personas algunas han fallecido y otras no han querido ser entrevistadas. Teniendo en cuenta todos los factores, podemos afirmar, sin cometer un gran error, que las veintitrés personas entrevistadas representan claramente más del 50% de las víctimas de Ancud, valor que tiene un grado importante de representatividad.

Los difíciles recuerdos

El procedimiento de entrevistas ha sido, en primer lugar, contactar a la persona, explicarle el proyecto y esperar unos días para que pensara si estaría dispuesta a entregar su testimonio. Si la persona mostraba disponibilidad, se le dejaba el tiempo que considerase necesario para ordenar sus recuerdos y prepararse emocionalmente para relatar su historia. Realizada la entrevista, en la cual se dejaba total libertad para que la persona elaborara su relato, se transcribía y se le entregaba para que modificara todo lo que le parecía adecuado o necesario. Proceso que se repetía hasta que la persona entrevistada estuviera totalmente de acuerdo con el escrito. Sin embargo, algunas de las víctimas manifestaron que, a pesar de estar totalmente de acuerdo con que el texto escrito coincidía con su relato, era imposible que ahí quedara reflejado el miedo y la angustia continua que habían vivido. Reconocían la dificultad de poner palabras a las emociones sentidas.

Muy pocas personas no quisieron participar. Actitud comprensible y totalmente respetable. No es fácil recordar algo que siempre se ha

querido olvidar. Tampoco es fácil poner palabras a los temores y las humillaciones. Cuesta poner por escrito una experiencia que será pública. Hay un aspecto de dignidad elemental.

De las personas entrevistadas solo una de ellas es mujer. Lo cual da cuenta de la mayor separación de roles de género de la época y, en consecuencia, la menor participación política que en esos años manifestaban las mujeres. De hecho, en el Informe de la Comisión Valech se señala que solo el 12,5% de los casos calificados corresponde a mujeres. Sin embargo, ellas -madres, esposas, hermanas, hijas e hijos menores de los detenidos, fusilados, desaparecidos- sufrieron la pena de la soledad, el miedo y la angustia de no saber dónde estaban sus hijos, maridos, padres; o qué podía suceder, si volverían o no, y la enorme cantidad de dudas que surgían de la incertidumbre.

Para las personas que relataron su historia, significó revivir tanto el impacto de la detención frente a la familia, incluidos muchas veces hijos o hijas pequeños/as, como las situaciones de intensos miedos, terrores, humillaciones, inseguridades, indefensión y desolación absoluta. Situaciones plagadas de una profunda angustia por la incertidumbre de que tu cuerpo, tu dignidad y tu vida estaban totalmente en manos bárbaras sin ningún rasgo de humanidad. A algunas de estas personas, la dificultad de contener las emociones les impidió completar el relato; otras requerían pequeños descansos antes de continuar. Algunas confesaban que parte de la historia nunca la habían contado a la familia; otras agradecían la posibilidad de poner voz a recuerdos ocultos pero siempre presentes. Y, sin embargo, todas ellas tuvieron un enorme coraje y valentía para enfrentarse a aquellos recuerdos.

El dolor de los relatos

Durante algunos meses hemos escuchado estas historias íntimas, relatadas con emoción, a veces con dolor. Cuesta imaginar la maldad e infamia que hay detrás de estas vivencias. Historias muy diversas tanto en la forma del relato como en las situaciones vividas. Hemos sido muy cuidadosas con el respeto hacia el cómo y el qué deseaba relatar cada víctima.

Sorprende –o no- que treinta o cuarenta años después, los recuerdos –para algunas de ellas- sean tan nítidos, que todo lo describan con mucho detalle; detalles que seguramente en la vida cotidiana no serían significativos. Pero en esas condiciones, al límite de las fuerzas, la desesperación y la angustia, las pequeñas cosas asumían una gran importancia. Y, seguramente, necesitaban y deseaban narrarlo. Sin embargo, otras de las personas entrevistadas, o no recordaban o sencillamente les era muy difícil nombrar determinados aspectos de situaciones de dolor o de humillación.

En relación a las situaciones vividas por las distintas víctimas, estas son muy diversas. Los niveles de tortura sufridos, el tiempo de reclusión, los confinamientos en situaciones inhumanas presentan enormes diferencias. Sin embargo, las comparaciones, en estos casos, no tienen ningún sentido. No nos corresponde clasificar las situaciones de maltrato y tortura por su intensidad; ya que es imposible evaluar el dolor y la angustia de las víctimas. Todas ellas merecen nuestro respeto.

Pero además de relatar las violaciones directas de los DD.HH, también pretendemos mostrar la total impunidad con que se movían los agentes del estado y el miedo que vivía la población.

En algunos aspectos los relatos coinciden. El terror a los interrogatorios prolongados, la angustia frente a amenazas de represalias en la familia,

el sufrimiento frente a la tortura física y psicológica, las humillaciones sufridas, la dignidad violada. Las torturas directas señaladas en los distintos relatos son golpes de todo tipo, de puños, de pies; con objetos contundentes, en ocasiones, estando desnudos; además, en algunos casos, la aplicación de electricidad en distintas partes del cuerpo incluidos los órganos genitales o los simulacros de fusilamiento.

Las razones de la tortura era, por una parte, obtener pretendidas confesiones, ya fuera de nombres que se suponía que la víctima conocía o de información sobre determinados lugares como hospitales clandestinos o sobre supuestos armamentos. La pregunta repetida hasta el cansancio señalada por las víctimas era ¿dónde están las armas? Pero no necesariamente los maltratos, las humillaciones y la tortura directa se ejercían para conseguir información, también eran formas de amedrentar, de castigo, intimidación, ensañamiento, anular a la persona o de ostentar y ejercer el poder.

Pero la vida continúa

El tiempo de sufrimiento en los centros de detención marcó para siempre la vida de las víctimas. Y no solo de ellas, también la de toda la familia. Los miedos y los temores continuaron fuera. Prácticamente todas las personas entrevistadas perdieron el trabajo, y tuvieron serias dificultades para poder reinsertarse en el mundo laboral, fundamentalmente porque el sistema continuó persiguiéndolos y castigándolos, en muchos lugares se les negaba el empleo por ser quienes eran. Los ex presos estaban marcados. Lo que derivó en situaciones de pobreza y condiciones muy precarias de vida. Teniendo en cuenta además, que en una ciudad como Ancud de los años setenta, con una población solo algo más

que la mitad de la población actual, era muy fácil cruzarse con algunos de los carabineros que los habían maltratado; a este respecto, muchas de las personas entrevistadas señalan especialmente a un carabinero apodado Choto. El apoyo de madres y padres fue, en algunos casos, decisivo para poder sobrevivir.

En muchos de los relatos se cuenta que un aspecto muy duro al salir de la reclusión fue la pérdida de relaciones. Los antiguos amigos o compañeros los evitaban, cruzaban la calle para no encontrarse con ellos, no los recibían en sus casas, etc. Situaciones que se atribuyen a mínimas normas de seguridad, sobre todo viviendo en un pueblo pequeño, pero también al miedo y la inseguridad de la población. Así, perdieron sus relaciones sociales y sus redes de apoyo. Se encontraron solos.

Impacta la juventud de las víctimas. La mitad de las personas entrevistadas eran menores de treinta años en el momento de su detención. A estas personas, en razón de su edad, la reclusión y los sufrimientos padecidos afectaron con mayor fuerza a sus proyectos de vida, hubo vidas literalmente truncadas. Sin embargo, a pesar de las situaciones vividas, muchos de las víctimas comentan como, con mucho esfuerzo, lograron finalmente realizar un camino laboral y construir fuertes y buenas relaciones de amor y cariño.

Finalmente, hay que señalar el impacto de las detenciones y las huellas que quedaron grabadas sobre los hijos e hijas menores. Niños y niñas presenciaron las detenciones de sus padres o madres, la violencia con que irrumpió un grupo armado en sus casas, los golpes recibidos por sus padres y la angustia de ver que se los llevaban. Situaciones que a las víctimas directas les causaba enorme sufrimiento.

Los centros de reclusión

Los centros de reclusión más habituales para las víctimas de Ancud fueron la Comisaría de Carabineros de Ancud, el Cuartel de Investigaciones de Puerto Montt y la cárcel de Chin Chin de Puerto Montt. La mayoría realizaron el recorrido completo, en ese orden. Pero no fueron los únicos centros de reclusión para los ancuditanos. También hubo traslados a otras ciudades o personas que fueron detenidas en otras ciudades sufriendo los respectivos lugares de reclusión.

De los centros más habituales, la comisaría de Ancud, para muchos fue un lugar de paso. Durante su estancia, las personas detenidas permanecían en pequeños calabozos, en condiciones duras de higiene y sin acceso a alimento o a baño y sin contacto con la familia. La mayoría declara haber recibido golpes diversos, algunos fueron torturados en las caballerizas de la comisaría, donde además de los golpes sufrieron la electricidad.

La mayoría de las víctimas que pasaron por Investigaciones, comentan que este fue el lugar más horroroso. Los mantenían en una sala de un sótano hacinados, sin higiene ni alimentación. De ahí los iban llamando para interrogatorios en una sala que nombran como “la patilla”. Los interrogatorios eran largos y durísimos con aplicación de distintos tipos de tortura. Señalan lo angustiioso que era ver a los compañeros que volvían de “la patilla”; los guardias los tiraban como bultos, llegaban destrozados, no podían ni sostenerse en pie; entre todos se les hacía un poco de espacio para que pudieran estar acostados.

La mayoría de las personas que llegaban a Chin Chin, declaran el alivio que sentían por llegar a la cárcel. Algunos llegaron sin juicio y por un periodo largo. Pero, no había interrogatorios salvo que los devolvieran a Investigaciones, lo cual sucedía raramente. Las condiciones en la

cárcel no eran fáciles, hacinados en las celdas, recibiendo a veces maltrato de los gendarmes, etc. En ocasiones eran aislados incomunicados en celdas cerradas sin ventanas. Pero ya podían tener contacto con la familia, podían recibir alimentos o ropas que les enviaban. De acuerdo a los relatos, en la cárcel había buena organización de los políticos y solidaridad entre ellos y con los presos comunes. Se organizaban talleres diversos, campeonatos de ajedrez, o de fútbol. La angustia vivida normalmente era por la familia, por las penurias que estaban pasando y por no poder estar con ellos o ellas.

Palabras finales

Sea este trabajo nuestro pequeño homenaje y reconocimiento a todas las víctimas de la dictadura chilena que gobernó con horror entre los años 1973 y 1990. Personas detenidas desaparecidas, fusiladas, torturadas, presas, que pagaron un altísimo precio por seguir el ideal de poder construir un mundo vivible para todos y todas sin desigualdades. Nada puede justificar los horrores a que fueron sometidos muchos chilenos y chilenas ni la violación masiva de los derechos humanos.

Lector, lectora, el libro que tienes entre tus manos es parte de la historia de este país relatada por algunos de sus protagonistas. No ha sido fácil elaborarlo y tampoco te será fácil leerlo. Pero, mucho más difícil fue vivirlo. Si su lectura en algo puede ayudar a que continúes el sueño de un mundo mejor, nuestro objetivo ya se habrá cumplido.

Fundación Curaco de Vélez
Ancud, febrero de 2019



ENTREVISTAS



Comisaría de Ancud

GUIDO ALBERTO ALVARADO AGÜERO

Entrevista realizada el jueves 2 de mayo de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 22 años.

Estado civil en el momento de la detención: Soltero.

Edad actual: 68 años.

Lugar y fecha de la detención: 11 de septiembre de 1973, pensionado de la Universidad de Chile, Osorno.

Centro de reclusión: Tercera Comisaria de Osorno.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Tercer curso de Pedagogía en Historia, Osorno.

Militancia política: Espartaco.

Relato de su detención

Mi mamá quedó viuda cuando yo tenía 9 años. Fuimos pobres, no miserables. Uno no entendía la vida y miraba las diferencias con otros niños. Y así, de a poco, me fui haciendo izquierdista. Cuando entré al Liceo, el MIR estaba en auge entre la juventud aquí en Ancud, por eso que hay muertos del MIR aquí. Ahí me hice izquierdista. Me di cuenta que el MIR no estaba bien porque se hacía mucho ejercicio físico pero poca cabeza y yo siempre fui analítico. Me las doy de intelectual, porque yo creo que soy. En la Universidad, la Unidad Popular no me gustó porque quería hacer cambios profundos y nunca se preocuparon del asunto militar. Yo era un cabro pero me daba cuenta. Y sabía que si queríamos hacer cambios profundos, habría enfrentamiento armado. Tampoco era enemigo furibundo de ellos. En la universidad había debates profundos, todos los días había asambleas. Creo que uno de los lugares de mayor debate político fue la Universidad en Osorno. Había algunos profesores que eran oradores eximios.

El día 11 de septiembre tuvimos una asamblea a las 7.30, para ver qué hacíamos. Las clases empezaban a las 8.10. Ya habían llegado algunos cabros a clase. En la asamblea se discutía qué íbamos a hacer, éramos unos 150. Llegó el presidente del pensionado y dijo que había habido un llamado telefónico de la penitenciaría (los gendarmes) y que nos ofrecían seis fusiles Slg, para defender el gobierno. Todos en silencio. Yo pedí la palabra para decir que no aceptáramos los fusiles, no por cobardía, sino porque ya todo estaba perdido de antemano, que no era el momento. El momento para pasar a la contraofensiva había sido cuando el "tancazo". Si aceptábamos los fusiles íbamos a dar un pretexto para que después nos mataran a todos. Por eso propuse que nos fuésemos todos para casa. Otro compañero respaldó mi propuesta y se aprobó. Todavía estábamos ahí, cuando nos cercaron los pacos, los milicos, los camioneros. Tenían una lista, andaban buscando a algunos compañeros. Como el pensionado estaba catalogado como un centro de extremistas, todos los del pensionado fuimos presos inmediatamente. Por tanto, ¿por qué fui preso? En el fondo, porque era del pensionado.

Y de ahí nos llevaron a la tercera comisaría y no salimos más. Éramos 18 estudiantes. En la noche les dije a los cabros, esta cuestión es Yakarta, muchos no sabían lo que había sido Yakarta. Yo les comenté que había sido una matanza de izquierdistas en Indonesia. Dije que la situación iba a ser lo mismo por la violencia que tenían y porque antes ya habían aparecido en la calle rallados donde decía "Yakarta ya viene". Les dije que podía ser que esa noche nos mataran, así que les sugerí que nos diéramos las manos y un abrazo. Y así nos quedamos esperando. En la mañana nos sacaron y nos llevaron a la primera comisaría y de ahí a la

cárcel. Como 15 días después hubo un juicio que duró una media hora y salimos condenados, nosotros 3 años y los profesores, que eran dos, a 15 años. A pesar de todo, creo que nos salvamos porque en Osorno la represión fue muy fuerte. Mi mamá como era creyente siempre me decía que sus oraciones me habían salvado.

Yo cumplí los tres años íntegros, mis compañeros estudiantes, también, pero los profesores estuvieron como 2 años y medio y se fueron exiliados por el decreto 508 que cambiaban cárcel por exilio. En la cárcel estábamos separados de los presos comunes. Hubo comisiones internacionales que miraban las condiciones en que estábamos. No nos maltrataron físicamente. Pero fue duro, aunque uno se acostumbra. Pasábamos del patio al calabozo. En el calabozo éramos 80. Cada uno tenía su cama, se mantenía limpio. Los universitarios estábamos todos juntos, en el mismo calabozo. Nos entreteníamos jugando al ajedrez y otros juegos de mesa. La comida no era buena, entonces se intentaba conseguir comida de fuera. A mí me gustaba conversar con los más grandes. Y un médico que me parece que era el director del hospital de Osorno, me tomó como protegido y me daba de su comida, le llevaban de casa una vianda grande así que alcanzaba para los dos. Ahí aprendí de la buena comida. Yo no era de Osorno, entonces la familia solo me iba a ver más o menos una vez al mes. En la cárcel, los presos políticos, llegamos a ser más de trecientos. Había muchos médicos, ingenieros, estudiantes universitarios. Pero no había mucha organización, éramos muchos y no había mucha calidad de la gente.

Para la familia fue traumático. Mi hermano menor murió mientras yo estaba preso, no me dejaron salir. Yo cumplí la condena y salí el 12 de septiembre de 1976 y volví a Ancud con 25 años. Con el compromiso

de seguir luchando. Fui el primero en escribir en el baño de un bar “muera la dictadura”. Pero había mucho miedo. Después me encontré con otro universitario y ahí empezamos. Y se podía, ya que ninguno de los dos estamos muertos. Empezamos a organizar actividades, distintas actividades, como tirar panfletos.

También caí en la panfletada de 1983, en febrero, fue la segunda vez que estuve preso. Yo no era comunista. Cuando me invitaron a la panfletada, yo no confiaba mucho en la organización, y me ofrecí con otro compañero para dirigirla. Me dijeron que no, que estaba todo resuelto. Así, mi compañero y yo hicimos nuestra parte sin ningún problema y nos fuimos a casa. Al día siguiente por la mañana llegó un compañero a decirme que había alguien que no había llegado a su casa. Yo inmediatamente le dije: “seguro que están presos” y ahora me van a venir a buscar a mí porque alguien va a hablar. Y así fue. Le avisé a mi compañero para que supiera que nos iban a ir a buscar. Fui a hablar con Pancho Valiente, Director de la Fundación FUNDECHI y le conté que nos andaban buscando. Él llamó a la jueza para que nos fuéramos a entregar con ella y así no nos torturarían. Llegó el otro compañero nervioso. Nos mandaron en un jeep con el abogado (Mauricio Urbina), pero la mala suerte fue que pasó el furgón de los pacos y nos vieron. Nos pararon y nos dijeron que bajáramos, pero salió el abogado a hablar con los pacos. Cuando se presentó como abogado lo insultaron y le partieron la cara de un golpe con la pistola. Salieron los vecinos y empezaron a decirle cosas a los pacos, que eran abusivos, etc. Ahí parece que se intimidaron y se dieron cuenta de que se habían extralimitado y entonces le dije a mi compañero que saliéramos. No nos pegaron, nos subieron al furgón y nos llevaron a la comisaría. Estaba el

Comisario Fuentes, casado con una chica Yuri. Él no era fascista, se enojó por el maltrato, nosotros escuchábamos los gritos diciendo que quién le había pegado al abogado. Ahí pensé que estábamos salvados. De hecho nos salvamos de la paliza y la tortura por el abogado, que era de la radio Estrella del Mar. Nos llevaron al calabozo y al otro día por la mañana nos trasladaron a Chin Chin. Ahí estuvimos 5 días y pasamos a la justicia ordinaria. Nos vio un ministro que era inválido, le explicamos que no teníamos nada que ver, porque a nosotros nunca nos pillaron un panfleto y nos dejó en libertad. A otros compañeros los pillaron con papeles en los bolsillos. Pero salimos todos en libertad menos el viejito que nos había delatado, él estuvo 15 días. Es difícil no delatar por el miedo a la tortura. Volvimos como héroes a Ancud.

Yo había empezado a estudiar Construcción Civil, pero no pude acabar, para mí que venía de humanidades, era difícil. Pero saqué el título de técnico, entonces trabajaba en la construcción. Al volver, inmediatamente volvimos a organizar actividades. En el programa que tengo ahora en la radio, todos los 11 de septiembre hago un homenaje a los luchadores de Ancud, que yo sé quiénes fueron. En las actividades participaban unos cincuenta compañeros. Hacíamos actividades culturales de distinto tipo: teatro, festivales. Ancud y Castro fueron muy movidos en esos tiempos. Nosotros teníamos una ventaja, la Estrella del Mar. Pero ahora me duele, como ancuditano y chilote, que todo ese movimiento grandioso se haya terminado por nuestras propias contradicciones. Cuando empezaron las protestas contra Pinochet, nosotros sacábamos 700 personas a la calle; y los pacos andaban con el armamento al hombro, pero la gente salía igual. Cuando vino Pinochet a despedirse en el año 1990, hicimos una protesta grandiosa.

Estaba alojado en la hostería e íbamos como 300 personas a gritarle. Teníamos mucho miedo, pero lo hacíamos. También había gente cobarde.

La tercera vez que estuve preso fue para el atentado de Pinochet. A mí me vinieron a buscar a casa el 24 de septiembre de 1986. La razón parece que fue que yo era uno de los que movía las actividades en Ancud. Cuando fracasó el atentado, Álvaro Corvalán dijo que el cóndor quería carne. Carne éramos todos los comunistas ubicables, hubo detenciones en todo Chile. A mí me vino a buscar la CNI, me sacaron encapuchado, fuimos dos los detenidos. Yo pensé que era la última vez, que había llegado mi hora. Entonces encapuchado le dije a la policía, yo sé que por el atentado me van a matar, pero quiero que lo haga aquí, en mi ciudad, donde nací. Entonces me dijeron, oye huevón que no te vamos a matar. Entonces que quedé más tranquilo. Nos llevaron juntos hasta Puerto Montt, ahí nos separaron y nos llevaron a Valdivia. Nos metieron en una casona que era como un cuartel secreto. Había como 40 compañeros que eran del Frente Patriótico de Valdivia. De Ancud llegamos 2. Estábamos todos sentados en una sala grande con las manos en la nuca y los ojos vendados. Nos iban a buscar uno por uno para interrogarnos. En Valdivia me torturaron con electricidad, me imagino que a mi compañero también. Me tenían sentado en una silla, desnudo el torso y ahí me ponían electricidad en distintas partes. Querían saber quién hacía el periódico "La muralla", yo participaba en ese periódico y nos conocíamos, pero no hablé. También me preguntaron por las armas. Esto venía de una situación que viví con otro compañero de Valparaíso. Habíamos coincidido en Chin Chin en el 83 y nos hicimos amigos. Entonces lo invité a que cuando saliera

de la cárcel viniera a Chiloé a comerse un curanto. Salió el 85 y vino a Chiloé a comerse el curanto. Pero no vino solo, vino con 8 o 10 compañeros más. Pero venían todos armados. Y un soplón que había cerca lo olfateó, por tanto, ese episodio lo conocía la CNI. Por eso me preguntaban por las armas, pero yo lo negué todo. El compañero de Valparaíso declaró lo mismo que yo, que habían venido a comer un curanto. Así nos salvamos. Me interrogaron dos veces. A los 5 días me soltaron. Fui liberado sin cargo. Me trajeron de regreso a Ancud. Después ya vino el plebiscito.





Comisaría de Ancud

FERNANDO HERNÁN CALBULLANCA VIDAL

Entrevista realizada el 14 de Diciembre de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 23 años.

Estado civil en el momento de la detención: Casado, una hija de seis meses.

Edad actual: 65 años.

Lugar y fecha de la detención: Primera detención, oficinas Indap, Ancud, 12 de septiembre de 1973.

Centro de reclusión: Investigaciones Ancud, Comisaria de Carabineros, Cárcel de Chin Chin.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Sección Comunicaciones (impresión de folletos) Indap.

Militancia política: Juventudes Comunistas.

Relato de su detención

Emppecé a trabajar en INDAP en 1971. El 12 de septiembre de 1973 teníamos que ir al lugar de trabajo. Por la mañana, llegó Carabineros y después personal de Investigaciones. Ahí mismo en una oficina, Investigaciones comenzó a interrogarnos sobre nuestra militancia política. Yo fui el primero en ser interrogado y el primero en ser detenido, nos llevaron a Investigaciones. Ahí nos volvieron a interrogar, con maltrato físico y psicológico. Recuerdo que un día de lluvia me llevaron solo en un jeep de Investigaciones. Cuando íbamos por Pudeto bajo pararon el vehículo y me hicieron empujarlo, subiendo la cuesta, como un kilómetro con tres de ellos sentados dentro. Después de diez días aproximadamente nos trasladaron a Carabineros.

En ese tiempo estaba el Mayor Álvarez y el Teniente Cantillana, ambos me pegaron: golpes, patadas, combos; mientras me insultaban diciendo comunista tal por cual, etc. Mientras me pegaban había carabineros apuntándome con su arma. Esto lo hacían en una oficina aparte que tenían para esto. A otros compañeros los llevaron a un tipo de retén en Coquiao, ahí les dieron duro en las caballerizas. En Carabineros estuve un solo día, nos soltaron pero teníamos que seguir trabajando y no faltar al trabajo, porque así en cualquier momento que nos necesitasen, nos podían ir a buscar.

El 22 de octubre me vuelven a detener en Investigaciones; estando ahí, me sacaron del calabozo para que desconchara una caja de ostras porque llegaba un Comisario de Puerto Montt. Se me hicieron pedazos las manos desconchando las ostras. Al día siguiente me trasladaron a Carabineros y el día 24 me llevaron a Puerto Montt; pero antes de llevarme, en Carabineros me dieron la despedida, nuevamente golpes, patadas y combos.

En Puerto Montt, primero nos llevaron con otros compañeros a Investigaciones, nos dejaron en la Patilla. Ahí tuvimos suerte porque nosotros íbamos con los expedientes hechos desde Ancud, entonces no nos interrogaron de nuevo. Ahí en la Patilla, los interrogatorios eran mucho más duros. Los compañeros que volvían de los interrogatorios venían destrozados, apenas podían caminar. El miedo era grande. Ahí estuve solo un día. Me trasladaron a la fiscalía. Las preguntas de los fiscales siempre eran sobre las armas. A un fiscal le dije que yo era del Partido Comunista, pero que si hubiera tenido un arma yo no estaría en la fiscalía. Pero se les metió en la cabeza que la gente

estaba armada. De ahí me mandaron en calidad de detenido sin cargo a la cárcel de Chin Chin, donde estuve un año y medio. Cuando me detuvieron mi hija tenía seis meses y cuando salí ya tenía dos años, no me conocía.

Las condiciones en la cárcel eran muy malas. Los tres primeros meses, dormía en el cemento con una sola frazada. El frío era intenso y durante esos meses no me permitían que la familia nos trajera cosas: comida, ropa. No recuerdo cuando comenzaron las visitas, porque primero nos permitieron que nos trajeran cosas pero sin visita. Más adelante, mi mamá y mi señora ya podían visitarme. Ellas iban cada mes o mes y medio; por razones económicas no podían ir más a menudo, no había trabajo y era lejos. Hubo compañeros que sus señoras los dejaron durante el tiempo que estuvieron detenidos, la situación era dura.

En la cárcel había buena organización. El primer y segundo piso eran de los presos políticos y el tercero y cuarto eran de los presos comunes. Estábamos separados. Entre los políticos, se formaron conjuntos folklóricos, se hacían campeonatos de baby futbol; como había gente de distintas ciudades (Puerto Montt, Castro, Ancud) se formaron equipos y se hacían competencias. También participaban los gendarmes; había gendarmes que eran pasables pero otros eran mañosos. A veces por la noche, después que estábamos acostados, nos sacaban al pasillo de la celda para hacer flexiones. Un día a un compañero que era gordito le dijeron que tenía que hacer 15 flexiones y como no pudo ahí mismo le dieron una gran pateadura.

Cuando salí de la cárcel fui a INDAP a reclamar mi sueldo de todo el tiempo que había estado preso; el fiscal militar me había dicho que si

me habían pagado todas las imposiciones de ese tiempo, los cheques del sueldo tenían que haber llegado. Pero no me los dieron, alguien se quedó con los sueldos nuestros. Fue un abuso. Pero no quise seguir reclamando para no arriesgarme a que me volvieran a detener.

Cuando salí de la cárcel era casi imposible encontrar trabajo, lo único que había era el empleo mínimo. Era una explotación pero había necesidad. Además había que ir al gimnasio a hacer una larga cola para que nos dieran un litro de aceite, harina. Esto duró muchos años. Era indigno y humillante. Mi señora trabajó en CEMA Chile y entre los dos juntábamos para comer. También gracias a que mis viejos estaban vivos pudimos ir pasando; ellos se portaron muy bien con mi señora todo el tiempo que yo estuve preso. Estuve como tres años en el empleo mínimo. Después comencé a trabajar en la construcción, después ya trabajé en pavimentación, carreteras, ahí ya se ganaba mucho mejor.

En 1981, me fui a trabajar a Viña del Mar, también en construcción. Me fui a cuidar una planta hormigonera. Vivía en Reñaca Alto, cerca de Glorias Navales, ahí estaba la población mala. Yo cuidaba un terreno grande donde tuvimos una planta concretera. Yo hacía hormigón y cuidaba la planta. No teníamos luz; nos robaban mucho: los cables eléctricos, sacaban el fierro de los postes de luz. La gente tenía hambre. Nosotros construimos allá la vía de Caleta Portales hasta el puente Capuchinos, hicimos el rompe olas. Estuve en Viña del Mar con la familia ocho años, allá nació mi hijo.

Pero después de lo que pasé, pienso que lo mejor en la vida es la libertad. Aunque a veces no haya mucho que comer, pero estar al lado

de la familia es lo más importante. Para la familia fue muy duro, sufrieron mucho. Mi señora andaba hasta con los zapatos míos trabajando. Con toda la platita que ganaba me iba a ver, me compraba cuestiones para llevarme. Yo sufrí mucho psicológicamente, pensaba mucho en mi familia, en mi hija. Por eso que seguimos juntos con mi señora, después de todo lo que pasamos, no nos vamos a separar ahora.





Ex Prefectura de la Policía de Investigaciones, Puerto Montt.
Sitio de memoria Egaña 60.

MARÍA TERESA GARAY CÁRCAMO

Entrevista realizada el 4 de abril de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 30 años.

Estado civil en el momento de la detención: Separada con cuatro hijos.

Edad actual: 76 años.

Lugar y fecha de detención: En el domicilio, 22 de enero de 1974.

Centro de reclusión: Comisaría de Carabineros de Ancud y Fiscalía Militar de Puerto Montt.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Trabajaba en Desarrollo Social hasta el golpe de Estado, Presidenta de la Junta de Vecinos Salvador Allende (después Cabo Vergara), desde 1971 y durante aproximadamente 40 años.

Militancia política: Partido Comunista.

Relato de su detención

El día que me detuvieron yo tenía 30 años y vivía con mis cuatro hijos, Raquel Susana, Blanca, Luis y Rocío, con edades entre 2 y 8 años. Frente a mis hijos fui esposada y conducida a la Comisaría de Carabineros de Ancud. Mis hijos lloraban a gritos, suplicaban que no me llevaran detenida porque yo era todo lo que ellos tenían. Por supuesto, yo también lloraba, porque no sabía si iba a volver o no a verlos. Me detuvieron cinco carabineros, apostados en las ventanas para que no huyera.

Declaré que había ido a buscar al compañero René Vera (Q.E.P.D.) para pedirle prestado dinero para comprar leña. Pero la verdad es que fui despertada por un compañero, para que llevara un taxi al campus Bellavista, donde funcionaban las oficinas de INDAP. Ignoro para qué.

En la Comisaría de Ancud, el Capitán de Carabineros, Sr. Cantillana, me comunicó que estaba detenida por un delito político y que sería trasladada a la Fiscalía Militar de Puerto Montt. En la comisaría había muchas personas detenidas, hombres y mujeres.

Al otro día, a las siete de la mañana, fui conducida a la Fiscalía Militar, esperamos largas horas sin comer ni tomar agua. Finalmente, a las tres de la tarde, se me tomó declaración. Fue un interrogatorio muy duro pero sin maltrato físico. Se me hizo presente que no me olvidara que yo era militante comunista y eso era un delito. El fiscal Bravo me preguntaba por mi parentesco con unos parientes de apellido Cárcamo Garay. Me refiero a Mario Cárcamo Garay, que fue fusilado y a su hermano Hugo Cárcamo Garay, por ese tiempo prófugo. Insistían en que declarara si yo era su hermana. Varias veces, estando detenida, me condujeron a lugares para que dibujara un retrato hablado de Hugo. Yo lo dibujaba igual a Mario, quien ya había sido fusilado por pertenecer al MIR, puesto que él ya no tenía nada que perder.

Hago hincapié en que cada día de detención estaba lleno de zozobra y angustia, porque no sabíamos que iba a suceder al minuto siguiente. La angustia era suprema cuando todas las noches a las tres y algo de la madrugada, comenzaba un ruido como una chancadora de cemento, era un infierno; y, en medio de este ruido infernal se escuchaban gritos desgarradores de los compañeros que estaban siendo torturados. Yo me hincaba en el piso de cemento y llorando le pedía a Dios que se compadeciera de esos compañeros.

Con los otros detenidos, nos comunicábamos por las mirillas que daban al patio. En la tarde, como a las ocho, los compañeros hablaban saludando a los compañeros que iban llegando y se nos pedía que hiciéramos algo, como contar chistes, recitar, etc. Cuando me dieron la bienvenida –a la compañera del calabozo N° 5- canté el tango

Cambalache. Me felicitaron porque cantaba muy bien, con la rabia y la pena me salió muy bien. Así que por las noches cantaba tangos y los tiras nos traían comida. Un día nos dijeron que ellos estaban entrenados para estar contra delincuentes y no contra idealistas como nosotros. Permanecí ahí estrictamente incomunicada.

Un día de 1974 sacaron a todos los detenidos al baño, a mí me sacaron aproximadamente una hora después. Desde ahí vi pasar a los de la "Caravana de la muerte". Para que creyeran que todavía me estaba duchando, de vez en cuando metía un pie o una mano. Vi pasar un guarda espalda que era mi vecino en Santiago; creo que hizo algo por mí, porque días después me llamaron a la Fiscalía y me trasladaron en libre plática al presidio de Chin Chin. En la cárcel solicité que se arreglaran unas máquinas de coser malas que había y formé un taller de costuras.

Desde la caída del gobierno de la Unidad Popular no me habían dejado trabajar; ahí donde me contrataban, llegaban los carabineros y por la tarde me despedían, a veces me pagaban y a veces no. Entonces decidí trabajar como modista y pantalonera. Al principio no me iba bien. Pasamos hambre y miseria. Los parientes y amigos se alejaron. Mis hijitos no me pedían comida, ni pan. Mis familiares eran del Partido Conservador y en lugar de ayudarme, me recriminaban por ser comunista. No fui querida por mi madre (ella esperaba que yo fuera hombre al nacer). A los 8 años trabajaba como niñera (pero los hijos de los ricos martirizan a sus niñeras).

Antes del Golpe de Estado yo era la Presidenta de la Junta de Vecinos de la población donde vivo, que era resultado de una toma de terreno que habíamos llamado Salvador Allende. A los pocos meses del Golpe de Estado, me llamaron de carabineros y me comunicaron que la población ya no se llamaría más Salvador Allende, sino que tenía que elegir entre

Comandante Araya o Cabo Vergara. Yo, por supuesto elegí un cabo a un comandante, así, hasta hoy se llama población Cabo Vergara.

Mientras estuve detenida, Pinochet hizo una gira por el sur visitando algunas poblaciones, entre las cuales, visitó la Cabo Vergara. En la reunión con los vecinos, estos me apoyaron mucho diciéndole que la presidenta de la Junta de Vecinos, Teresa Garay, estaba presa por comunista, aunque la Declaración de los Derechos Humanos decía que nadie podía estar presa por sus ideas políticas; le mostraron a mis hijos que estaban solos y que ellos mismos se turnaban para alimentarlos. También le dijeron todo lo que yo había hecho por la población: se organizaban trabajos voluntarios para hacer las escalas de las viviendas precarias, los cercos, etc.

Así, una noche como a las 20 horas de un día viernes, fui trasladada para comunicarme que estaba libre. Al salir, en la puerta me encontré con un compañero socialista que había trabajado en la CONAF y me regaló 10.000 pesos para que regresara a mi casa con mis hijos. Pero el lunes tenía que regresar a la fiscalía a firmar una declaración jurada que yo solo había estado retenida.

El día lunes regresé a Ancud como a las 7 de la tarde, ya estaba oscuro. Mis compañeros de la población venían corriendo y llorando a saludarme, más atrás venía mi madre, quien por la emoción de volver a verme y abrazarme se ahogaba. Hicimos tres días de fiesta con toque de queda. Ningún carabinero nos interrumpió. Nos comimos toda la comida que la gente había dejado en mi casa para que comieran los niños mientras yo no estaba. Esos días repartí muchas cartas de los detenidos. Algunas personas se ponían a llorar con las noticias, porque a veces no se sabía si los presos estaban vivos o muertos.

Pero cuando regresé a Ancud, la gente no me mandaba costuras. Los mismos compañeros cruzaban la calle para que no los vieran hablando conmigo. La gente tenía miedo. Ese era el dolor más fuerte que me daba.

A principios de 1975, un vecino de derechas que tenía información me dijo que me irían a buscar y me nombró a otras compañeras que también irían a detener. Y tenía razón. Porque ese día por la tarde salí con unos amigos y la dueña del local donde estábamos me dijo que me escondiera, que me venían a buscar. Me escondí en la parte de atrás bajo un montón grande de paja, sentía como metían la metralleta en los montones de paja, pero no me encontraron.

Al día siguiente antes de las 7 de mañana me fui a Santiago. Le escribí una carta a mi mamá para que de nuevo se hiciera cargo de los niños. Mi mamá me denunció por abandono de menores. Pero la funcionaria se enojó con ella y le dijo ¿no sabe que su hija tiene problemas por haber sido de izquierda? Ella no está abandonando a sus hijos, se está salvando. En Santiago me fui a casa de una prima y fui a trabajar al café Bari, donde había trabajado anteriormente. Ahí me recibieron muy bien y me protegieron.

Unos meses después apareció un milico con una carta manuscrita para mí que tenía que presentarme en un regimiento en Santiago, y que fuera a conversar con él al frente del café. Me dio miedo y dije que no podía salir del café. Se lo comenté a la contadora del café y dijo que esa carta era falsa. Y amenazó al hombre con llamar a carabineros. Ahí, salió corriendo y se tiró desde un segundo piso. Este señor me lo encontré después en Ancud y era carabinero.

En Santiago durante un par de meses me seguían por la noche. Mi hermano que era marino vino de Valparaíso a cuidarme, comprobó que me seguían. Entonces, mi jefe me puso un guarda espalda por las noches. Al año y medio regresé a Ancud y ya no me molestaron más.



Ex Prefectura de la Policía de Investigaciones, Puerto Montt.
Sitio de memoria Egaña 60.

HUMBERTO GILCHRIST SAAVEDRA

Entrevista realizada el 14 de marzo de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 36 años.

Estado civil en el momento de la detención: Casado.

Edad actual: 82 años.

Lugar y fecha de detención: Hospital de Ancud, abril de 1974.

Centro de reclusión: Comisaría Ancud, Cárcel de Chin Chin.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Cirujano dentista en el Hospital de Ancud.

Militancia política: Partido Socialista.

Relato de su detención

Mi detención no fue muy sorpresiva porque ya habían detenido a varios compañeros miembros del partido, dirigentes regionales. Yo era miembro de la directiva regional por ser regidor del partido. Al resto de la directiva, prácticamente toda, nos detuvieron en abril de 1974. Primero nos llevaron a la Comisaría de Ancud, después a Chacao, después a Quemchi. Íbamos rotando de lugar, pero cuando querían interrogarnos nos traían a Ancud, este era el centro de interrogatorio. Los interrogatorios para nosotros eran duros, había un apremio muy fuerte, tortura psicológica o amenazas referidas a la familia o a gente querida, sabían cómo pegarle a uno de forma psicológica; pero no fueron bajo tortura física. Aunque a veces la tortura psicológica es peor que la física. En el retén de carabineros de Chacao, los interrogatorios iban básicamente sobre armas y más armas. Dormíamos sobre baldosas, sin abrigo ni nada, una vez me tocó taparme con sacos de alimentos de los caballares que estaban llenos de piojos y cucarachas, quedé charqueado.

Después de aproximadamente 10 días o algo más nos enviaron a Puerto Montt. Ahí, creo que tuve una situación afortunada. Mi padre era muy amigo de un comisario de carabineros. Creo que él fue a hablar con este comisario a Puerto Montt. Y, en lugar de llevarnos directamente a los locales de detención de la CNI, nos llevaron a la cárcel de Chin Chin. Con eso evitamos pasar a la CNI. Cuando se dieron cuenta de lo que se había producido, los de la CNI varias veces trataron de sacarnos de Chin Chin, situación que no permitió el gendarme de guardia en la cárcel, dijo que solo les entregaría a los reos bajos firma del fiscal, el abogado; mientras no llegaran con algo por escrito, él no entregaba a nadie.

En Chin Chin yo no vi que se torturara, pero nos iban a buscar para los interrogatorios que se hacían en otros lugares. En Chin Chin todos los que pertenecíamos a la directiva del partido estábamos incomunicados, estuvimos más de 40 días incomunicados, a oscuras. Las condiciones eran muy duras. No te sacaban al baño, teníamos que hacer ahí mismo. Te humillaban, para llevarte a lo más bajo que uno puede llegar. En esas celdas, podíamos conversar con alguien de la celda de enfrente. Estaba prohibido, pero algunos gendarmes hacían vista gorda, directamente nos ayudaban. Ahí me tocó ver a un muchacho que lo tuvieron colgado dos días de las manos, después no podía comer solo, cuando iba al baño había que acompañarlo porque no se podía limpiar, no podía mover las manos. No, para que les cuento (se emociona), a veces uno se afecta mucho cuando recuerda.

También vivimos falsos fusilamientos. A mí cuando me llevaron a Quemchi, me sentaron en un jeep, y un carabinero joven amartilló su metralleta y me la puso en la sien, diciéndome "si te mueves te mato como un conejo". En ese tiempo el camino a Quemchi no estaba

pavimentado y me fui con la metralleta en la sien hasta Quemchi. En cada salto del jeep, se le podía correr el dedo y ... listo. Y podía pasar como fuga. En la comisaría de Ancud también nos hicieron un simulacro de fusilamiento

Después de estos 40 días, quedamos en libre plática en la cárcel. Convivíamos en la misma celda nueve compañeros, una celda que debe haber medido 2,5 metros por dos. Ahí comíamos, pasábamos el día y dormíamos. Salíamos un rato en las tardes al patio. Después fueron una hora en la mañana y otra hora en la tarde. No todos los compañeros eran conocidos, pero la mayoría sí lo eran. En Chin Chin estuve en total 4 meses.

Después de estos 4 meses nos soltaron. Y el día que nos soltaron, afuera estaba la CNI esperando para llevarnos, pero no pudieron hacerlo gracias a los familiares que nos estaban esperando. Nos tenían identificados y nos tenían ganas. Nuevamente, afortunadamente, entre el grupo de detenidos iba un abogado que era muy conocido con el fiscal que nos tocó en Puerto Montt y este fiscal era muy amigo de una tía mía, que era amiga del ex director general de Investigaciones en Santiago. Por ahí creo que logramos zafarnos, porque nos tenían muchas ganas.

Cuando salí de la cárcel me reintegraron en el hospital. Recibí muchas visitas de carabineros como pacientes, también vino un coronel a atenderse. Vi claro que quería ver cómo reaccionaba yo ante él. Obviamente lo atendí como a cualquier ser humano, supongo que el habrá dado un informe y quedé trabajando en el hospital.

Al poco tiempo, unos seis meses, me detuvieron de nuevo (ríe). Fue muy curioso. Me llamaron al hospital y me pidieron que pasara a la comisaría

un ratito cuando terminara el trabajo. Dije que sí pero que primero tenía que ir a comprar pan e ir al mercado. Así llegué a la comisaría, con las bolsas de la compra. Me dijeron que esperara al capitán. Al rato llegó el capitán y me preguntó si yo era Gilchrist, dije que sí. Y me preguntó si conocía a un señor tal, me lo nombró. Ese señor tenía el único lavaseco en Ancud. Y resultó que lo habían detenido con su señora en Buenos Aires acusados de tener relación con los montoneros en Argentina. Dije que sí, que lo conocía, que como no lo iba a conocer si era de Ancud. Me preguntó si lo había visto últimamente, dije que no, que parecía que se habían ido. Entonces el capitán me dijo que me iba detenido de nuevo. Y me llevaron directo a Chin Chin. Ahí todavía había muchos compañeros. Estuve más o menos 15 días. Me soltaron y nunca más me volvieron a molestar. Tenía que ir a firmar a la comisaría y no podía salir de Chiloé sin permiso.

Una cosa me impresionó cuando salimos. Cuando a uno lo dejan en libertad, uno tiene una sensación de culpabilidad al dejar a sus compañeros presos. Lo que menos uno espera es que los compañeros se alegren. No se cómo hubiera reaccionado yo si la situación hubiera sido al revés. Si yo me hubiera quedado adentro y hubieran salido otros compañeros, a lo mejor hubiera tenido un sentimiento de envidia o no lo sé. Pero la reacción que yo encontré en la gente que quedaba adentro era de alegría, se alegraban de que uno quedara libre. Eso me impresionó mucho. Al despedirme todos estaban contentos, yo lo que menos esperaba era eso. Nunca lo había vivido. Con los compañeros siempre había habido una relación de afecto, de amistad, pero en esas condiciones, no lo había vivido nunca.

Respecto a la familia, su compañera dice: mientras estuvo detenido en Chacao y Quemchi no podía verlo, solo nos vimos una vez en

Puerto Montt; había que pedir autorización en la Intendencia en Puerto Montt y me la dieron solo una vez. Durante ese tiempo viajábamos los sábados a Puerto Montt para llevar ropa y alimentos que entregábamos a gendarmería. Era difícil, sobre todo con mal tiempo. Salíamos en el primer bus, alrededor de las 7 de la mañana, este nos dejaba en Chacao donde se tomaba una lancha pequeña para después en Pargua tomar otro bus a Puerto Montt; luego un taxi a Chin Chin. Muchas veces por mal tiempo no pudimos regresar y alojamos en Pargua.

Mientras estuvo detenido, el Capitán de Carabineros me obligó a pedir mi traslado fuera de la provincia de Chiloé, entonces me fui a Llanquihue. Este traslado salió cuando ya estaba libre, pero este capitán nos había prohibido vivir juntos (no estábamos casados), entonces yo vivía en Puerto Montt y viajaba los fines de semana. Después de unos meses nació mi hijo y renuncié al Hospital de Llanquihue. Posteriormente, este capitán se fue de Ancud y yo me recontraté en Ancud.

Para finalizar, quiero señalar que junto con recordar los momentos de mis dos detenciones el año 1974, creo que le debemos un reconocimiento muy especial, pleno de gratitud, a las compañeras y familiares de los que fuimos detenidos; ya que debieron soportar momentos muy duros y angustiantes llenos de incertidumbre, logrando sobreponerse con gran valentía. Reciban pues los eternos agradecimientos de un prisionero de guerra, juzgado y absuelto por un fiscal en tiempo de guerra, de una guerra que nunca existió.





Ex Prefectura de la Policía de Investigaciones, Puerto Montt.
Sitio de memoria Egaña 60.

LAUBRIDES OMAR GONZÁLEZ ASTORGA

Entrevista realizada el 11 de abril de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 28 años.

Estado civil en el momento de la detención: Casado.

Edad actual: 74 años.

Lugar y fecha de detención: 12 de septiembre de 1973, Oficina CORA (Corporación Reforma Agraria) Edificio Transmarchilay.

Centro de reclusión: Comisaría Ancud.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Funcionario de CORA.

Militancia política: Partido Comunista.

Relato de su detención

El día 12 de septiembre de 1973 fui a la oficina a las 8.30 de la mañana como cada día. Sobre las 9.30 llegaron los carabineros a la oficina. Preguntaron por mí y me pidieron que los acompañara. Sólo me detuvieron a mí. Yo no tenía ningún cargo en CORA. Me sorprendí de que sólo me detuvieran a mí y no a los demás compañeros o al jefe de la oficina. No me dejaron ordenar mis cosas. Afuera había seis carabineros con metralletas. Me tomaron entre 2 carabineros, uno por cada lado y me pusieron la metralleta de punta en las costillas. Así bajamos las escaleras desde el tercer piso. A la salida de la oficina se acercó un jeep de carabineros, me subieron y se subieron los seis carabineros al vehículo. Dieron una vuelta completa a la plaza y después fuimos a la comisaría. No me volvieron a hablar, yo tampoco pregunté.

Me hicieron bajar del jeep en las mismas condiciones, apuntándome. Me hicieron pasar a una oficina donde había un carabinero de mayor grado.

Con este carabinero siempre jugábamos a fútbol y lo habíamos hecho tres días antes. Pero hizo como que no me reconocía. Me mandó a sentarme en una silla que estaba en el medio de la sala, una sala grande. La silla tenía encima una frazada dobladita. Me dijo: usted es tal persona y trabaja en tal parte, y sabemos que usted se llevó las llaves de los vehículos de la oficina. Dije que yo no tenía las llaves de los vehículos. Yo manejaba un vehículo, y le dije que lo había dejado en el Grupín (escuela de Formación de Carabineros) y que había dejado las llaves en el fichero donde las dejábamos todos los días. Me dijo que no estaban ahí. Dije que yo no sabía nada, que las había dejado ahí y me había ido a casa. El carabinero se acercó a la silla y comenzó diciéndome que tenía antecedentes de que yo iba al campo a hacer reuniones y no a ejercer mi profesión sino a reunirme para armar escándalo. Yo lo negaba pero él insistía que sabía que teníamos armamento y que lo teníamos en el campo y arriba en el Grupín. Y que todos decíamos lo mismo, que no sabíamos nada. Como yo no respondía lo que él quería, ahí comenzó a golpearme. Me pegaba por las costillas y en la cara y cabeza. Yo me afirmaba con los pies. Entonces llamó a otro carabinero para que le trajera más mantas y las puso en la silla, esto lo repitió hasta que yo quedé con los pies colgando y así no podía afirmarme. Ahí sacó su pistola y comenzó a jugar, a girarla. Yo esperaba que actuara. Yo no podía responder por las armas porque no sabía nada de eso. Siguió preguntándome. Me preguntó con quién me había juntado ese día y yo di nombres de la gente de INDAP que estaban al frente de la oficina nuestra y que eran de derechas. Anotó los nombres.

Siguió con las preguntas diciendo que era yo el encargado de todo y continuaba golpeándome por distintas partes del cuerpo, cara, costillas. Se fue enojando más. Seguía preguntando por las armas. Yo aguanté,

tal vez porque era joven y para no denunciar a compañeros. Después de un rato de pegarme, que pueden haber sido 1 o 2 horas, me dijo, lo vamos a dejar aquí adentro. Me bajó de ahí y me llevaron al calabozo. Ahí estuve solo todo el tiempo. También esto me llamó la atención porque otros compañeros que detuvieron después no estuvieron solos.

Del calabozo, por una rendija, yo podía ver a gente que pasaba por la calle Baquedano y ahí vi a un señor que yo sabía que salía de trabajar a la 1, por eso supe la hora. Me habían quitado todo lo que llevaba incluidos los cordones de los zapatos. Después de esa hora llegaron otros compañeros a otros calabozos. Yo seguía solo. Ese día no me volvieron a llamar. El día 12 no me dejaron recibir nada. El día 13 me dieron solo una parte de la comida que me habían llevado de casa. Al otro día lo mismo. Las dos primeras noches, desde el calabozo yo escuchaba la radio que tenían los pacos y así escuché que por la radio preguntaron si sabían dónde estaba Omar González y de ahí respondieron que estaba en Chacao, estando yo ahí dentro. Entonces yo pensaba que si me soltaban durante el toque de queda me podían disparar rápidamente. Me dejaron libre el día 15, no en el toque de queda, después de hacerme muchas fotos para mostrar que no había huellas de maltrato.

El día 17 volví a la oficina, el nuevo jefe ni me saludó. Mis amigos sí pero otra gente tenía miedo. El 18 me volvieron a agarrar y me llevaron de nuevo a la comisaría. De nuevo me volvieron a interrogar, otro carabinero, pero las mismas preguntas. Dónde estaban las armas, con quien me juntaba; ellos suponían que yo era un personaje muy importante. Me siguieron golpeando. Estuve hasta el día 21. Me volvieron a hacer las fotos y ahí coincidí con 2 o 3 compañeros y supe que en esta oportunidad habían agarrado también a otros compañeros.

Volví a la CORA y ahí ya me echaron, pero no el jefe de la oficina sino los pacos. Tampoco me dejaron sacar mis cosas.

A partir de ahí, empecé a intentar trabajar. En un momento supe de una convocatoria de Transmarchilay, postulé para oficial administrativo. Antes de una semana apareció un marino por mi casa. Pensé que de nuevo me iban a detener. Pero me dijo que había ganado el concurso y que me presentara al día siguiente a las 8 de la mañana; pero que si yo tenía algo que ver con la Unidad Popular, él mismo se encargaría de echarme y que yo sabía que no iba a ser en buenas condiciones. Ahí ya no me quise presentar.

Sobrevivíamos como podíamos, yo ya tenía una hija. Por miedo a mi persona alguna gente no me aceptaba para los trabajos. En 1975, yo tenía un pariente que tenía un campo en Quetalmahue y que se iba a vivir a la ciudad, así que le propuse que me dejara trabajar el campo sin pagarme, que yo me pagaba con lo que pudiera producir. A los dos días de estar en el campo, apareció un furgón de carabineros. Tuve mucho miedo porque estaba solo. Un carabinero me dijo que yo estaba trabajando un campo que pertenecía a los carabineros. Dije que no tenía idea, que el campo era de una prima que me lo había dejado; que habría que preguntarle a ella. Me dijo que ahí había una siembra de ajos de los carabineros. Precisamente yo un día antes había visto una pequeña siembra pero fuera del predio. Entonces el carabinero me pidió que les cuidara la plantación. Para conversar las condiciones me citaron para unos días más en la comisaría.

Fui a la comisaría pero antes avisé a la familia. Me hicieron esperar y después me llevaron a una oficina y lo primero que vi fue en el escritorio una hoja de oficio con membrete de la CORA. El carabinero que me

había citado me dijo que yo le había mentido, que me habían echado de la CORA y que era comunista y que yo no se lo había dicho. Yo respondí que él no me había preguntado nada de eso. Pero dijo que no iba a hacer ningún trato conmigo. Que me fuera. Ahí miré el papel y estaba mi nombre. El que había dado toda la información era el nuevo jefe de la CORA, con él yo había tenido discusiones antes de la elección de 1970, nunca aceptó que lo hubieran echado del cargo con la UP. Ahí entendí por qué la primera vez que me detuvieron sólo me habían detenido a mí. Después de esto, al cabo de un mes, la pariente vendió el campo y tuve que regresar a la ciudad a intentar trabajar.

Durante todo este tiempo yo ya estaba en actividades clandestinas. Antes del 82 ya había participado en la formación de varios grupos y actividades desde el Partido Comunista. Nos constituimos como agrupación de profesionales y a los dos meses quedé como presidente. Inauguramos la Plazoleta del Maestro en la Costanera, asistieron varios compañeros maestros. Nos reuníamos en el Obispado. Conversamos con Ysern, nos trató bien pero dijo que no participaran los comunistas. Y no sabía que todos éramos comunistas, pero le dijimos que no se preocupara.

En ese tiempo, había un carabinero que siempre nos seguía, nos conocía a todos, nos molestaba e intentaba escuchar nuestras reuniones. Un día, en el 82 u 83, salimos a panfletear por la tarde y no pasó nada. Salimos de nuevo en la noche. Yo tenía un taxi, entonces yo repartía las cuestiones en el auto por todas partes. Y con dos compañeros más, salimos a panfletear por los lugares más lejanos, por Fátima y por Pudeto. Después pasé a dejar a uno de mis compañeros cerca del obispado y al otro a la Bórquez. De ahí me fui a mi casa que estaba por Almirante Latorre más allá de la cárcel actual. Llegué, fondeé el auto.

Una hora más tarde llegaron vehículos de los carabineros, pensé en huir por detrás de mi casa. Pero al rato se marcharon y me fui a dormir. No sé por qué no me fueron a buscar.

Al día siguiente fui en el taxi al paradero de taxis que estaba en la Copec. Yo ya sabía que a otros compañeros los habían detenido por la noche, entre ellos, al que había dejado en el obispado. Se me acercó un paco que yo conocía porque habíamos vivido en la misma población y de chicos habíamos jugado juntos. Nos saludamos y me dijo que en la comisaría querían hablar conmigo y que fuéramos en mi auto. Cuando llegamos me dijo que dejara bien cerrado el auto porque seguramente me iba a demorar un poco en salir. Y yo aún guardaba panfletos en el maletero. Pero, sabiendo que éramos amigos podría haberme dicho, mira me han mandado a buscarte o algo así.

Ahí llegó otro carabinero y me explicaron que yo estaba con el grupo del panfleteo de la noche anterior. Mandaron a buscar al carabinero Luis Soto y me puse nervioso, pero este había tenido turno de noche y recién se había ido a dormir. Yo me tranquilicé. Pero el carabinero dijo que tenía orden de que todos los que cayeran ese día tenía que enviarlos a Puerto Montt. No me interrogó más y me llevaron al calabozo. Ahí estuvimos toda la noche. Al día siguiente nos sacaron a la guardia y nos encontramos con los amigos que habíamos estado en la panfletada. Había un grupo que los habían agarrado el día anterior y ya habían salido para Puerto Montt. Nos sacaron antes de las doce, esposados. En Chacao nos recibió otro grupo de carabineros, nos tuvieron en una casa mucho rato hasta que llegó el transbordador. Era un transbordador solo para nosotros, íbamos rodeados de 6 carabineros con metralletas y nosotros esposados, decían que éramos terroristas.

Nos llevaron a la comisaría de Parga, ahí nos juntamos con el primer grupo de compañeros. En la comisaría tenían puesta la emisora Estrella del Mar que estaba diciendo que no se sabía dónde estábamos. Más tarde, no sé a qué hora, llegó un furgón y nos llevó a Puerto Montt. Para suerte nuestra, nos llevaron donde los tiras y nos metieron al calabozo a todos juntos. Con un baño que solo era un hoyo. No nos dieron ni comida ni agua, pero el hecho de estar todos juntos ya cambiaba la situación. Ahí estuvimos dos días, pero siempre todos juntos. Para calentarnos dormíamos uno al lado del otro.

Nosotros, antes del terremoto habíamos tenido unos vecinos donde había uno que era tira. De mi casa supieron que estábamos ahí y le dijeron que por favor fuera a ver cómo estábamos. Pude hablar con él y le dije que solo teníamos hambre, pero que no nos habían pegado. Después nos llevaron a la Corte de Apelaciones de Puerto Montt y de ahí nos mandaron a Chin Chin. El delito era haber repartido propaganda política.

En el tribunal, estábamos en fila y entrábamos de a uno. Cuando entré yo, el juez me dijo que estaba acusado de repartir propaganda política y me mostró los panfletos que habíamos repartido. Me dijo que lo leyerá, decía algo contra Pinochet. El juez entonces me dijo, ¿y por eso lo tienen preso? Pero si por la radio y por los diarios salen cosas más fuertes. Pero me dijo que no me podía soltar, que tenía que enviarme a Chin Chin, porque la ley es la ley, y mínimo eran cinco días si nos portábamos bien.

A todos nos dijo más o menos lo mismo, los tiras nos llevaron a Chin Chin. Ahí nos juntaron con los presos comunes que ya estaban encerrados en las celdas, reclamamos, pero no nos hicieron caso.

De a dos nos fueron mandando a distintas celdas, pero yo quedé solo. Ahí pasé miedo por los comunes que me podían tocar en la celda. Entré a la celda, había solo dos camas y éramos cuatro, tres comunes y yo, pero de momento faltaba uno de los comunes. Después de un rato comenzamos a conversar algo, y supe que uno de ellos estaba por pensión alimenticia. Esto me tranquilizó. Pero me dijeron que el que faltaba estaba trabajando en la cocina, que llegaba más tarde, y que estaba ahí porque había asesinado a dos personas. Ahí nuevamente me lo pasé mal. Había que esperarlo para saber dónde podía dormir yo porque él era el jefe. Cuando llegó, me preguntó por qué estaba ahí y generosamente sacó una de las dos colchonetas que tenía y me la pasó para que durmiera ahí. Al rato golpeó la puerta y le dijo al gendarme que trajera más frazadas. Trajeron dos frazadas, me dio una a mí y otra para los otros dos que dormían juntos. Cuando cortaron la luz, nuevamente me vino mucho miedo y angustia. ¿Qué hago si tengo que ir al baño? Pero me dormí. Al rato amaneció. Después nos llamaron a fila para el recuento. Nos juntamos de nuevo con los compañeros a la hora del desayuno. Nos dimos cuenta de que los políticos teníamos un estatus. Y los mismos presos comunes nos dijeron que ya llegaría el alcaide y que le teníamos que pedir que nos separaran de los presos comunes. Fuimos 2 o 3 a hablar con el alcaide, pero nos trató muy mal y nos echó. Dijo que éramos terroristas delincuentes. Pero le dijo a los cuidadores que todos estuviéramos en una celda donde hubiera una litera libre para nosotros.

Eso significaba irme de la celda donde estaba pero no sabía cuál me iba a tocar. Al nuevo compañero de celda, le faltaba un brazo, lo tenía cortado muy arriba. Nos pusimos a conversar y me contó que estaba preso porque robaba ganado y lo choro era que pasaba un río con

los animales y nadaba con un brazo; además había asesinado a otra persona y ahí había perdido el brazo. Estuvimos ahí una semana.

Salimos todos juntos pero nos soltaron después del toque de queda. Tuvimos la suerte de que una señora que vivía muy cerca en Puerto Montt, nos esperaba, nos llevó a su casa, nos dio comida y dormimos en el suelo. Esa señora nos salvó. Al otro día ya tuvimos contacto con los familiares y pudimos retornar a Ancud.

Ya no me volvieron a detener, pero seguimos con actividades. Al día siguiente que salí, el partido tenía un encuentro en Castro y yo partí para allá. Me fui de casa sin contar la verdad, con la chiva de un acto deportivo. Me dieron una cita a la salida de Castro, caminé al lugar con miedo. Ahí me recogieron, fui a la reunión y regresé por la noche.

Nunca dejé de estar activo, corriendo riesgos pero aceptando bien la situación. También hubo riesgos cuando llegaron dos relegados. Estos estaban en casa de un compañero, presidente del partido, que vivía cerca de mi casa. Una noche vinieron los relegados a avisarme que habían detenido al compañero. Teníamos que ir a avisarle a su señora que estaba en otra casa para que avisara al obispado. Logramos avisarle a la señora y así ella pudo llamar al obispado.





Ex Fiscalía Militar. Actual edificio de la Gobernación Provincial de Llanquihue.

HERIBERTO HERMÓGENES GONZÁLEZ NAIR

Entrevista realizada el 6 de febrero de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 32 años.

Estado civil en el momento de la detención: Casado, dos hijas.

Edad actual: 67 años.

Lugar y fecha de detención: Centro de Ancud, calle Ramírez, febrero de 1983.

Centro de reclusión: Comisaría de Ancud y cárcel de Chin Chin en Puerto Montt.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Cesante, esporádicamente trabajaba de carpintero con Nelson González.

Militancia política: Sin militancia, antes del golpe había pertenecido a las juventudes socialistas.

Relato de su detención

Un día de febrero de 1983, se planificó una actividad política, un panfleteo. La organización de la actividad abarcaba toda la ciudad incluidas las poblaciones. A mí me correspondió hacer el centro de la ciudad junto a dos compañeros de la construcción. Estábamos acabando el panfleteo alrededor de la 1 de la madrugada cuando nos pillaron los pacos. En otro lugar de la ciudad los pacos habían visto un panfleto y empezaron a buscar desesperadamente quiénes estaban panfleteando esa noche. Se notaba mucho porque quedaban regadas las calles de panfletos.

En el momento de la detención, me subieron al furgón e inmediatamente, entre cinco carabineros me golpearon, me amenazaron con una pistola en la sien y me insultaron a gritos. De ahí, fui preso a la comisaría de Ancud muy golpeado y pateado. En la comisaría nos tuvieron unas tres horas de pie y después nos encerraron en calabozos donde estuvimos durante tres días.

A mi mujer le negaron que yo estuviera en la comisaría, lo cual era muy angustioso para la familia. El cura Renato Giavio fue de mucho apoyo para las familias. Se hizo mucha presión a través de la radio Estrella del Mar para tener información. Lo peor para las familias era que a los tres primeros que caímos esa noche se nos daba por desaparecidos. Al día siguiente fueron a buscar a cinco compañeros más a sus casas. A los tres que caímos primero nos trasladaron a Puerto Montt. En el canal nos traspasaron a una camioneta de la Policía de Investigaciones. Nos subieron en la parte de atrás de la camioneta esposados, sin abrigo para el frío, con mucho maltrato de golpes e insultos. Cuando llegamos a investigaciones la cosa cambió. El trato mejoró. Nos encerraron a los tres juntos en una celda. En la noche nos dieron algo de comida. Al día siguiente, en Ancud ya se había sabido que estábamos en Puerto Montt y ya vinieron familiares y nos hicieron llegar comida. Había mucha solidaridad, sobre todo por parte de la gente de Puerto Montt. Ahí nos tuvieron tres días y después nos mandaron seis días a la cárcel de Chin Chin. En Chin Chin el trato volvió a ser duro, estábamos incomunicados, hasta el tercer día no nos dejaron pasar comida.

El riesgo de realizar acciones durante la dictadura era muy elevado. Pero insisto en que a mí “no me pasó nada” en el sentido de que no

sufrió torturas del tipo de las que sufrieron otros compañeros. Y por esa misma razón, me tuvieron que convencer para que me presentara a la Comisión Valech.





Ex Fiscalía Militar. Actual edificio de la Gobernación Provincial de Llanquihue.

MANUEL ÓSCAR GONZÁLEZ NAIR

Entrevista realizada el 22 de abril de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 21 años.

Estado civil en el momento de la detención: Soltero.

Edad actual: 65 años.

Lugar y fecha de detención: Carabineros de Ancud, diciembre de 1974

Centro de reclusión: Cárcel de Chin Chin.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Final de un curso de carabineros.

Militancia política: No

Relato de su detención

Llegué del servicio militar a fines de 1972. Me gustaba la vida militar, siempre me había gustado. Pero no tuve suerte para quedarme en el ejército y volví a Ancud. Hubo una oportunidad para postular en carabineros y postulé. Estaba preparado físicamente, tenía la altura justa y salí llamado. Mi papá me dijo que no debería meterme ahí, que me podía pasar algo. Pero yo no tenía idea de nada de lo que estaba pasando después del golpe de Estado. Nunca pensé que iba a haber tanta represalia con familiares de personas de izquierda, entonces no hice caso a mi papá y me metí. Varios miembros de la familia de mi papá, desde mi abuelo eran militantes de izquierda. Seguramente investigaron a mi familia y por ese motivo me echaron y me enviaron preso.

Comenzó el curso, que duró entre 8 y 9 meses. Estábamos internos y éramos más de 100 alumnos. Durante el curso nunca me dijeron nada, pero se escuchaban rumores de que había un carabinero infiltrado en el

grupo para investigar. A final del curso, el día antes de la licenciatura, me llamaron a la oficina del jefe del grupo y me dijo que lamentablemente yo no podía estar en la licenciatura porque tenía antecedentes de que yo estaba infiltrado en ese curso. Me dijo que entregara el uniforme y que ya estaba de baja. Me dejaron ahí y me destinaron a la cocina para ayudar a los cocineros. Ahí estuve como un mes y tanto, estaba dado de baja, pero nunca me dijeron que estaba detenido; hasta me daban permiso para salir.

Después de aproximadamente un mes me dijeron que tenía que ir a la Fiscalía de Puerto Montt. Éramos dos. Nos enviaron con un carabinero en bus. Cuando llegamos a la Fiscalía, el fiscal nos interrogó pero sin maltrato. Como era tarde, nos dijeron que no nos podían llevar directamente a Chin Chin y nos llevaron a la primera comisaría de Puerto Montt. Ahí nos declararon detenidos. En esa comisaría había carabineros que habían estado junto con nosotros en el curso, nos trataron bien. Nos prestaron unos colchones para que durmiéramos en un gimnasio, pero después nos dijeron que los jóvenes del Grupín se levantaban a las 5.30 de la mañana y que seguramente no les haría gracia que nosotros estuviéramos durmiendo ahí. Así que nos llevaron a un calabozo pero con los colchones que nos habían prestado los excompañeros de curso. Como éramos jóvenes, no estábamos preocupados, aunque la acusación de haber estado infiltrados era grave.

Al día siguiente, nos dieron una taza de té y como a las 9.30 de la mañana nos fueron a buscar en un furgón de gendarmería para llevarnos a Chin Chin. En Chin Chin fue como llegar a otro curso de carabineros porque había mucha disciplina. Como habíamos sido carabineros, el gendarme nos dio una frazada más, es decir, tres a cada uno. Llegamos al segundo piso, donde estaban los presos políticos, y la gente que

estaba allá empezó a conocerme. Había harta gente conocida, algunos me huevieron, se reían y me decían, González tú querías ser carabinero para apalearnos. Nunca tuve problemas. Solo una vez que estaba en la ducha y el gendarme me dijo que me estaba demorando mucho, algo le contesté y me amenazó; los compañeros me aconsejaron que no respondiera nunca a un gendarme.

Había una gran organización de los políticos detenidos. Todo lo tenían muy limpio. Tenían cualquier cantidad de actividades, de ajedrez, de ping pong, de futbolito; todo muy bien organizado, todo compartimentado, había gente que hacía el aseo y así todos los trabajos. Todo este comportamiento se lo enseñaron también a los presos comunes, es decir, les enseñaron a vivir en una sociedad. Eran una comunidad. Por ejemplo, organizaron un campeonato de baby futbol invitando a los comunes, yo estaba en la selección y le jugamos varios partidos a la selección de los comunes.

Había unos presos que tenían televisión y a veces me decían si quería ir a ver una película en la noche, pero tenía que dormir en el piso de su celda porque a esa hora las celdas ya estaban cerradas. Estábamos casi todo el día fuera de la celda. Pero escuché historias de algunas personas que estuvieron a punto de ser fusiladas. Había un caballero que quedó trastornado, porque había estado vendado en el paredón, esperando que le dispararan. A pesar de eso, era el campeón de ajedrez. Había mucha camaradería y solidaridad entre los presos políticos, tema que era muy importante.

Solo lo pasé mal las dos veces que me llevaron a la Fiscalía. Ahí me sentí mal, humillado, porque nos llevaban engrillados de pies y manos en el bus de recorrido; nos bajaban en la plaza y cruzábamos toda la plaza

engrillados hasta la Fiscalía. Recuerdo que cuando nos bajaron del bus, me dio risa porque pensaba qué habíamos hecho nosotros para que nos fueran mostrando así. Pero el gendarme nos paró el carro. Pero en la Fiscalía no pasaba nada, si nosotros no habíamos hecho nada.

Lo peor eran las comidas. Después de unos días de estar en Chin Chin, comenzamos a cocinar en una anafre en la celda con lo que nos llevaban las familias. La familia siempre supo dónde estaba, teníamos visita una vez a la semana.

Estuve preso 25 días. Creo que un tío que estaba en la comisaría influyó para que me soltaran. Creo que tiene que haber sido eso porque si no, no entiendo por qué estuve tan poco tiempo cuando había gente que llevaba un año y medio y mi acusación era grave.

Después de salir, estuve más de dos años firmando y sufriendo el desprecio de los que habían sido mis compañeros de curso. Tenían miedo de saludarme. Tampoco encontraba trabajo. Estuve en el Empleo Mínimo y después en un negocio del turco Yuri, el me dio trabajo, pero igual ganaba el sueldo mínimo y trabajábamos hasta las 10 u 11 de la noche. Pero ¿a quién iba a reclamar las horas extras? me acuerdo que un Año Nuevo estábamos repartiendo a las doce de la noche. Pero, me tenían que dar permiso para ir a firmar. Creo que me dieron trabajo porque la señora de Yuri conocía a mi papá, ella había estudiado en la Escuela Normal y mi papá trabajaba ahí, por eso creo que influyó para que me dieran trabajo. Yo después le agradecí, pero también le serví bastante. En ese tiempo todos se aprovecharon mucho, porque era difícil encontrar trabajo.

Me casé trabajando en el empleo mínimo, pero tenía dos trabajos. Hubo la ley 889 que subvencionaba a las personas que construían su

vivienda, el Estado les daba como la mitad del presupuesto. Mucha gente engañó. Por ejemplo, pintaban su casa y cobraban como si fuera nueva. No hubo mucho control, aunque después unos pocos cayeron presos, pero fueron poquitos en relación a los que estafaron. Yo también aproveché la situación porque yo pintaba, entonces yo trabajaba en el mínimo y hacía trabajos de pintura particular, y ahí cobraba bien. Fue en el 76 o 77.

Un día no fui a firmar y el sargento, que había sido instructor cuando yo estudiaba para carabinero, me perdonó porque también conocía a mi papá desde niño, pero me dijo que si él me acusaba, me iba de nuevo a Chin Chin. Hasta ahí yo no le había tomado el peso a la firma.

Finalmente, muchos años después, para hacer la solicitud de los exonerados tuve que volver a Chin Chin a buscar el papel que dijera que yo había estado ahí, entonces me volvieron todos los recuerdos. En esta ocasión el trato fue muy bueno, totalmente diferente al que había tenido años antes.





Ex cárcel de Chin Chin. Puerto Montt.

FLORENCIO DEL CARMEN HERNÁNDEZ SOTO

Entrevista realizada el 12 de abril de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 23 años.

Estado civil en el momento de la detención: Soltero.

Edad actual: 67 años.

Lugar y fecha de detención: Comisaría de Ancud, enero de 1975.

Centro de reclusión: Cárcel de Chin Chin, Puerto Montt.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Alumno de la Escuela de Carabineros (Grupín).

Militancia política: En septiembre de 1973 no tenía, después en el Partido Comunista.

Relato de su detención

Emppecé a trabajar a los catorce años. Éramos catorce hermanos, por lo tanto, necesitaba trabajar. Cuando fue el golpe de Estado, hacía 8 años que yo trabajaba en Correos y Telégrafos. Ahí los auxiliares quedamos sin contrato, eran contratos anuales. Pero no había trabajo, entonces decidí entrar a Carabineros en agosto de 1974. El curso duraba 6 meses. Cuando estaba por recibirme, me llamó el capitán Gajardo a su oficina y me dijo siéntate, y sacó la pistola y me la puso en la sien. Y dijo, hicimos las averiguaciones y resultaste comunista. Yo le dije que no era así. Pero me dijo que tenía que decidir entre dejar Grupín o comprarme una urna. Entonces le contesté, decida usted que tiene pistola. Entonces, me dijo, entregue el uniforme. Quedé detenido en el Grupín sin salir a la calle durante una semana. Libre dentro del edificio. Le ayudaba a los cocineros para conseguir mejor comida.

Después, el capitán Gatica me dijo a mí y al compañero Manuel que estaba en la misma situación que yo, que teníamos que presentarnos a la Fiscalía de Puerto Montt. Nos llevó el sargento Grandón y allá nos recibieron unos gendarmes que estaban de guardia en la Fiscalía. El mismo día nos interrogó el fiscal y nos dijo que teníamos que quedarnos dos días en Chin Chin porque el sargento que nos había traído desde Ancud no había traído la documentación. Me mandaron a Chin Chin, pero ahí no fueron dos días sino todo el mes de febrero. La familia supo que yo estaba ahí, mi mami me pudo ir a ver.

Me volvieron a interrogar pero sin violencia. En la celda éramos tres compañeros, los políticos estábamos en el segundo y tercer piso, separados de los presos comunes. Un día nos llamaron a mí y al compañero Manuel y nos dieron 5 minutos para salir, amenazando que si nos demorábamos 6 minutos, nos quedábamos dentro. Un familiar nos ayudó para volver a Ancud.

Después de salir de Chin Chin fue muy complicado encontrar trabajo. Estuve primero con el PEM (Plan de Empleo Mínimo) 15 días en una empresa grande municipal y me echaron porque era soltero. Sin embargo, la empresa siguió cobrando el sueldo, 350 pesos. Y trabajé 15 días porque no fui a cortar leña a casa de Bahamondes que era uno de los poderosos de la Municipalidad. Después empecé a trabajar en el diario Cruz del Sur; a mí me entregaban 4.000 ejemplares diarios y yo tenía que entregárselos a los canillitas y salir a entregar a los kioscos.

Nunca más me molestaron aunque yo seguí participando en política durante la dictadura. Con otro compañero, fuimos los primeros en formar el comité sin casa en Ancud. Nos reunimos como 300 personas; había mucha pobreza, gente que arrendaba, gente allegada, gente que

nunca le dan nada. Logramos más de 30 sitios para construir y casas en las poblaciones. No conseguimos para toda la gente, entonces fueron prioritarias las personas de más edad y las que tenían hijos. En ese tiempo llegó un alcalde bien poco inteligente y él aceptó la solicitud como comité, con lo cual tuvimos personalidad jurídica; por eso no nos molestaron.





Ex cárcel de Chin Chin. Puerto Montt.

ROBERTO HUENCHUR GUAICO

Entrevista realizada el 11 de abril de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 35 años.

Estado civil en el momento de la detención: Casado con dos hijas y un hijo.

Edad actual: 81 años.

Lugar y fecha de detención: Comisaría de Palena, el 26 de septiembre de 1973.

Centro de reclusión: Calabozo de Investigaciones en Puerto Montt, cárcel de Chin Chin.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Jefe de la Central Hidroeléctrica de Alto Palena.

Militancia política: Partido Socialista.

Relato de su detención

Amí me trasladaron de Ancud a Palena para hacerme cargo de la Central Hidroeléctrica de allá. En Palena yo tenía mucha amistad con los pacos. En ese tiempo, las boletas llegaban por ejemplo el día 10 y a los pacos les pagaban el día 20, entonces me pedían que no les cortara la luz, que ya me pagarían cuando llegara la plata. Así, éramos conocidos. Con el mayor también me llevaba bien. A veces cuando llegaba harina a Palena, como me tenía confianza, me preguntaba cómo repartirla. Yo le decía que primero la gente del campo y después la del pueblo. Entonces cuando vino el golpe me llamó y me dijo, trata de hablar con tu gente para que no hagan nada en el pueblo. Dije que no se preocupara. Pero al poco tiempo lo trasladaron.

Entonces, el 26 de septiembre, yo pasaba un día frente a la comisaría y salió un carabinero a llamarme, entré, me hicieron un allanamiento y de ahí no regresé más a mi casa. El problema era que unos 10 días antes, yo había pasado por Chaitén, ahí conocía al gobernador, y me llevaron a una oficina de la municipalidad para que aprendiera un sistema de claves por si necesitábamos comunicarnos temas que no debían ser públicos. Ahí estuve como una hora para aprender. Días después, de Chaitén me mandaron a Palena un mensaje en clave por la radio de carabineros, pidiendo unos certificados del hospital de unas compañeras para que entraran a trabajar de cocineras en una escuela. Me mandaron el mensaje en clave para ver si yo había aprendido bien el sistema. Pero me lo mandaron con la clave mala. No era correcta.

Entonces cuando se produjo el golpe, en carabineros empezaron a mirar todos los mensajes y encontraron uno para mí en clave. Cuando me detuvieron, lo primero que me mostró un capitán (capitán que sustituía al mayor que habían trasladado y que en Palena le pusieron "masacrón", porque dejó la escoba, mató casi a familias completas) fue el mensaje que estaba en clave. Me sentaron en una mesa, me pasaron lápices y papel para que lo descifrara. Yo le dije que no se podía porque estaba equivocado. Me dijo que no podía ser, que si me lo habían mandado en clave era porque yo podía descifrarlo. Yo le dije que podía hacerlo si el mensaje venía correcto. Pero que también yo sabía lo que quería decir el mensaje porque después había llamado por teléfono y ahí me habían dicho que era para que pidiera los certificados. Entonces el capitán me dijo que como no lo quería descifrar y no quería cooperar, me mandaba al calabozo. Ahí estuve una noche.

Al otro día llegó un avión chico "tui noter", sin puertas, abierto. La gente pensaba que no llegaríamos a Chaitén, que nos iban a tirar por ahí.

Éramos cuatro, dos mocosos que iban pasando a pie a Argentina, sin color político, sino que aprovechaban el revuelto que había, los detuvieron en la frontera. El tercero era el doctor director del hospital de Palena. El avión aterrizó en Chaitén y ahí había una tremenda cola de gente, todos amarrados, y era meter y meter gente en el avión. De allí salimos a Puerto Montt. También ahí la gente pensaba que nos tirarían al mar, como hicieron en muchas partes, pero llegamos a Puerto Montt. Los traslados eran a golpes. Ahí nos metieron a los calabozos subterráneos que tenía Investigaciones. Ahí estuvimos una semana. No nos dieron comida en toda la semana. A veces, no sé cómo, pasaba una vianda y se repartía entre todos los que estábamos adentro, éramos entre 20 y 25 personas en un calabozo de 3 por 3. Además, teníamos que dejar un espacio porque nos llamaban de a uno para interrogarnos; a la hora, hora y media el interrogado llegaba a la rastra, abrían la puerta y lo empujaban para adentro. Entonces le dejábamos un lugar para que se tendiera; inmediatamente llamaban a otro y así día y noche. A mí no me interrogaron, solo fueron golpes y culatazos. En los calabozos no había agua, solo una cuneta para hacer todas las necesidades. Esa estancia fue muy dura.

De ahí nos llevaron a Chin Chin. Para nosotros Chin Chin fue un hotel. Había baño, espacio para caminar, para conversar con los amigos, nos podíamos bañar con agua fría. Hasta entonces, mi señora no tenía idea a dónde me habían llevado. No nos vimos hasta el 23 de diciembre que la Cruz Roja Internacional consiguió que hubiera visita. Antes nos habíamos visto a distancia porque nosotros estábamos en el segundo piso de la cárcel, entonces desde ahí se podía ver la calle. Los parientes se ponían ahí y nosotros hacíamos señas para que vieran que estábamos bien. Como los compañeros ya nos conocíamos, los que estaban en

la ventana avisaban quién estaba en la calle. Pero esto también era peligroso porque según el gendarme que estuviera de guardia en las casetas, ligerito mandaba a una patrulla a dar palos a las personas que estaban fuera.

Ahí estuve hasta el 5 de marzo de 1975, un año y medio. Mi mujer podía mandarme vianda con comida. Ya no me molestaron más, solo alguna vez un interrogatorio muy simple. Otra vez, no en interrogatorio, me dieron un culatazo en un ojo, me lo reventaron. Eso pasaba por ejemplo, si lo veían a uno moviendo las manos para saludar a la familia, ya se había ganado que de repente le llegara un golpe. Después de un cierto tiempo, tuvimos derecho a visita. Mi mujer tenía un bolso con doble fondo que no se lo revisaban, y ahí pasaba cartas para mí y para otros compañeros. También a veces mi mujer pasaba cartas en los dobleces de las toallas, escritas en papel de cigarrillos porque no metía bulla en la revisión.

Al final del año y medio vino el Consejo de Guerra en la Fiscalía. Me acusaron de tenencia de armas y de querer derrocar el gobierno. Cuando la abogada que me habían puesto vio la causa, dijo que no me preocupara, que saldría rápido. Esa noche estuve en la cárcel y al otro día me soltaron. Al soltarnos, siempre nos decían, aquí no le hemos hecho nada, no diga nada. Y nunca más me molestaron.

Mientras yo estaba preso, también hubo otros problemas que mi señora resolvió. Cuando la empresa me envió a Palena, se hizo cargo de todos los costes de traslado de la familia. Pero, después no se quería hacer cargo del viaje de regreso porque decía que yo no estaba trabajando, claro, si estaba preso no podía estarlo. Entonces mi señora se avivó, contrató un avión de LAN y se trasladó con todas las cosas: hijos,

muebles, animales. Y le pasó la factura a la empresa. Ella se puso firme y al final la empresa pagó todo.

Mi señora se instaló dos meses en Puerto Montt para pasarme vianda cada día; pero no todas llegaban, algunas se quedaban por ahí en el camino. Después se quedó en Ancud.

La señora de Don Roberto -que está presente en la entrevista- comenta la angustia que pasó los primeros días de la detención de su marido. "Los primeros días se lo habían llevado y yo no sabía dónde estaba. Y vino un sacerdote a mi casa diciéndome que a mi marido lo habían fusilado. Pasé mucha angustia pero finalmente no le creí. Este sacerdote estuvo después un tiempo en Ancud y según él, había sido obligado a dar esas noticias. Los niños también sufrieron mucho. Nuestro hijo de 10 años se encerraba en su pieza con una foto del papá a llorar, no me dejaba entrar, yo lo miraba por la ventana y le pedía que me dejara entrar. Yo escuchaba radio Moscú para tener noticias y el niño me decía que por favor no la pusiera fuerte. Tenían mucho miedo y angustia".





Ex cárcel de Chin Chin. Puerto Montt.

JOSÉ SEVERIANO LAGOS VENEGAS

Entrevista realizada el 20 de julio de 2019 en Puerto Montt.

Edad en el momento de la detención: 28 años (primera detención).

Estado civil en el momento de la detención: Casado con dos hijas (de año y medio y meses).

Edad actual: 74 años.

Lugar y fecha de detención: Servicios del Agro en Camping Bellavista, 12 de septiembre de 1973.

Centro de reclusión: Comisaría de Ancud.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Técnico agropecuario, Jefe del área de los servicios integrados del agro en Ancud, tenía a cargo INDAP, CORA, SAG.

Militancia política en el momento de la detención: MAPU.

Relato de lo sucedido

Era primera vez en mi vida que me detenían. Es que el jefe de área de un pueblo chico es importante. Éramos la cara visible del proceso, nos reuníamos con los campesinos, por tanto, había que cortarnos las alas, sobre todo a los que estábamos de forma más activa. La primera acusación que se nos hace es que somos activistas políticos, así que había que parar el asunto.

A nosotros nos detienen el día 12 porque el mismo día 11 en la mañana hicimos una reunión con todos los funcionarios del agro, los convocamos, todavía estábamos envalentonados. Aún había poca información de Santiago. Azuzamos a la gente a mantenernos firmes, a levantarnos, a no aceptar el golpe de Estado. No tengo ninguna duda de que algunos, entre los asistentes, dieron cuenta del contenido de los

discursos. Los más exaltados o más consecuentes tomamos la batuta para que el ánimo no decayera. Hicimos algunas propuestas que con el tiempo resultan infantiles o ingenuas. Por ejemplo, tomarnos la radio de la localidad, no permitir lo que está pasando. Era lo que nos había instruido el partido, lo que había que hacer en caso de golpe. Nosotros, provincianos, siempre muy cumplidores, muy respetuosos, muy nobles; pusimos en práctica aquellas cosas que decían los de arriba.

Estuve en la Comisaría de Ancud hasta el día 20 de septiembre. Fue mi primer 18 de septiembre detenido. Los primeros días, los carabineros estaban un poco desubicados, pero luego se puso pesada la pista porque la gente empezó a rumorear de que nosotros habíamos ocultado una cantidad de armas y ahí la cosa se puso complicada. Los carabineros quisieron saber rápidamente donde estaba ese fortín y ahí empezaron a darnos de forma demasiado bruta. Estábamos bien amarrados, nos daban golpes en los oídos, patadas, gritos, presiones. Eran sesiones matinales, después nos devolvían a los calabozos destinados a los curados. Ahí había de todo, no había aseo. Ahí me quedaba arrinconado todo el santo día y la noche, uno pierde la noción del tiempo, no sabía si era día o de noche. Y cuando los carabineros no lograron obtener de mi lo que ellos pretendían, que era que nosotros diéramos cuenta o denunciáramos, o que mostráramos aquello que suponían que existía, entonces me enviaron en "comisión de servicio" a la gente de más especialidad en interrogatorios que era en ese tiempo Investigaciones de Ancud.

Ahí ya existían otros medios. Nosotros sabíamos a lo que íbamos. La cosa ahí se nos ponía cuesta arriba. El trato era diferente, estaba vendado, con venda húmeda, después ya viene la aplicación de corriente por todas partes del cuerpo. Y la presión para que dijéramos donde estaban los bultos con armas. Nos decían que la gente había

asegurado que nos había visto en la noche trasladándolos. Era bien complicado. Los interrogatorios eran largos, uno pierde la noción del tiempo.

Cuando Investigaciones informa de que no había obtenido nada del interrogatorio, me devuelven a carabineros; y estos se ven en la obligación de dejarme libre. No queda constancia de mi detención ni del tiempo que estuve detenido. Después no sabía qué hacer ¿me presento al servicio?, nadie me había dicho nada. Cuando me presenté, tuve que hacer entrega del cargo, me hicieron firmar el documento y traspasar la jefatura a otro muchacho que había ahí, que era mi subalterno. Pero la jefatura no sabía qué hacer conmigo. Yo asistía al trabajo pero no se me consideraba, estaba ahí sin hacer nada. En octubre, estaba yo como funcionario sin actividad, no se me asignaba ninguna tarea.

Entonces se presentaron oficiales de carabineros y me comunicaron que estaba detenido y me llevaron a Puerto Montt en los mismos furgones que utilizaba el servicio nuestro. Se me traslada con otros amigos de INDAP, éramos un buen grupo. En cualquier caso, era más confiable irse por tierra que por avión, por lo que se comentaba de los vuelos. Llegamos directo a Investigaciones. Nos preguntan algunas cosas, sobre el partido, la militancia; y decían "aquí están todos tus jefes". Había una sala inmensa (la "Patilla") como para unas 30 o 40 personas, pero por lo menos había unas 150 personas. Allí nos fichan y con esa ficha se nos entrega a gendarmería. En ese momento no hay interrogatorios.

Nos trasladan a Chin Chin. Desde Chin Chin empezamos a desfilar en camionetas abierta, muy bien amarrados, por la ciudad para llevarnos a la Fiscalía. Ahí permanecíamos días completos y si uno entraba en contradicciones, no se devolvía a Chin Chin sino que se iba a Investigaciones. Ahí existían grupos especializados de la FACH

y Carabineros. Aquello era un centro de tortura. Un edificio antiguo que quedó abandonado. Ahí los fiscales recurrían para aclarar algunas cosas que no les gustaban. Recuerdo que entré en contradicciones en minucias sin importancia. Me negué a dar nombres, lo que uno quiere es que no entre nadie más ahí. Si uno flaqueaba, los compañeros de Chin Chin lo miraban mal. Si alguno provocaba la caída de otro compañero, incluso se le bautizaba.

Me acuerdo de un compañero que estaba siendo interrogado en la comisaría de Ancud, y querían que yo lo delatara para justificar la traída de él a Puerto Montt. Como no lo hice, el fiscal se enojó y me envió a una sección en Chin Chin que se llamaba “la chica”, era una sección de castigo, de aislamiento total, no hay nada, ahí se pierde totalmente la noción del tiempo, no se sabe si es de día o de noche. Creo que los fiscales tenían tanto lío, que a mí no me sacaron nunca de ahí. Aparecí después de dos meses.

Mi mujer me iba a ver y me traía comida, pero no me la daban. En la mañana se acercaban a la reja y uno tenía que ir con lo que tuviera, un plato o alguna cosa, y le ponían algo de comida. No había baño, solo un tarro. Habíamos varios en esas celdas, hubo algunos que estuvieron cinco meses en esas condiciones.

Cuando salí del aislamiento, muy debilitado, estaban vacunando contra el tifus, me enfermé y lo pasé muy mal. Pero no se notaba mucho comparado con otros compañeros que llegaban muy maltrechos físicamente. En celdas para tres habíamos siete. En la tarde, nos encerraban tipo cinco, que en verano aún el sol estaba arriba y nos encerraban hacinados. La convivencia en la celda era complicada; era increíble, sin baño, cada uno con su tarro, intentando no darlo vuelta y tirar las cosas al patio por una ventanita. Allí conocí un compañero de Ancud. Como buenos chiles le dimos la acogida. Adentro éramos

muy solidarios. Nos acordamos de este compañero porque era un fumador empedernido. Fumaba hasta las tres de la mañana. En una celda chica, fumaba un cigarro detrás de otro. La primera cosa que encargaba a la familia eran cigarrillos. Anímicamente estaba muy mal. Se quebraba con facilidad. Era un profesor que de repente se encontró en una situación como esa. Estuvo como cinco o seis meses. Teníamos un equipo de abogados que logró su libertad –condicional- porque siempre era condicional.

También en el 75 llegó la Cruz Roja con ayuda de la Unión Soviética, pero no pudimos ni siquiera acercarnos a la gente de la Cruz Roja porque los acompañantes eran todos del Servicio de Inteligencia Militar y de carabineros. Nadie se acercaba a contar lo que pasaba. Había que estar loco para acercarse. Los locos que lograron acercarse, después recibieron el vuelto.

Nunca supimos bien las acusaciones que se nos hacían. Un lío, se confundían, se entrecruzaban. No sabían en qué grupo estaba cada uno. Se nos asignaba un rol, pero después se confundían, no había nada claro. Nosotros nos dábamos cuenta de que algunos fiscales no tenían mayor interés en que la causa avanzara y pasáramos a los famosos consejos de guerra. Nos dábamos cuenta de que algunos fiscales eran más conscientes. Pero otros sencillamente pasaban a los compañeros a consejo de guerra y ahí la condena ya era bastante más fuerte. Pero los que tuvieron condena pudieron acceder a salir del país por el decreto 504. Así que, en esas condiciones, yo estuve hasta el año 75.

Mientras estaba en Chin Chin, nuestras mujeres se las arreglaban para ir a vernos los miércoles por la tarde, se habían organizado e iban en grupo. Casualmente eran profesoras. Aunque también estaban las mujeres de la plana mayor del Partido Socialista de Ancud. Hacían un viaje muy rápido; alcanzaban a llegar y retornaban inmediatamente.

A las niñas o niños no los dejaban entrar. Era una visita muy breve. Era un tiempo corto de conversa en el patio. Otras veces no las dejaban entrar, se quedaban en la reja. Entonces le pedíamos permiso a los que tenían celdas que daban a la calle para poder mirar y hacer señas. Un día mi mujer desde la reja me hacía señas, era para que viera que la hija que era guagua cuando a mí me detuvieron ya estaba caminando. Si todo iba bien podían ir a vernos una vez a la semana, si no cada 15 días.

Cuando salí de la cárcel se dio una situación bien especial. Los chilotes del grupo nuestro no sabíamos que se nos iba a dar libertad condicional. Nos soltaron el día 14 de marzo, que coincide con nuestro aniversario de matrimonio. Llegué a mi casa ese mismo día y mi mujer no se lo podía creer. En esos tiempos esas fechas pasaban inadvertidas. Por esa coincidencia se me grabó la fecha.

Yo seguía siendo funcionario del SAG, pero no supe quién se había quedado con mi sueldo. Tampoco iba a estar reclamando. Tuvimos la suerte de que mi señora se había graduado de profesora hacía un par de años y ella conservó su trabajo, eso fue un salvavidas tremendo. Con ese sueldo podíamos pagar un arriendo y dar de comer a las chicas. También nos ayudó mucho la iglesia. Había una monja canadiense, la madre Verónica que nos ayudó y nos dejó una casa.

Yo, desde que salí de la cárcel, no tuve ninguna posibilidad de trabajar en Chiloé. A veces colaboraba con un compañero que también había estado en la cárcel. Otra situación muy dura era que los amigos tenían temor de vernos y hablar con nosotros, si nos veían en la calle cruzaban a la vereda de enfrente. No querían que fuéramos a sus casas. La situación que encontramos era muy diferente. Nosotros no salimos con miedo pero nos encontramos con esa situación afuera que para mí era tan fuerte como estar en Chin Chin. Los comentarios que escuchábamos de que éramos terroristas, de que había que tener cuidado con nosotros, etc.

Así que no nos quedó otro camino que venirnos a Puerto Montt, mi mujer logró el traslado. Eso fue el año 1976.

Las consecuencias de haber estado en la cárcel es que después me fue imposible encontrar trabajo, perdí la capacidad de aportar plata a casa, pasé a vivir del sueldo de mi mujer. Esto me afectó mucho. Algunas personas lograron recuperar su trabajo, yo no tuve esa posibilidad. Realicé todo tipo de oficios. En Puerto Montt trabajé con ex presas políticas haciendo artesanía, formamos un taller, y un grupo de jóvenes suizos nos ayudaba a comercializar las prendas que nosotros fabricábamos. En una época volví a Chiloé y aprendí a curtir cueros y pieles. También trabajé con piedras en un taller de orfebre, en donde participó toda la familia y mis hijas pudieron estudiar. Después nos dedicamos a procesar y ahumar salmones. También, junto a un grupo de compañeros, aprovechamos el decreto 889 para solicitar financiamiento para un emprendimiento, el Estado devolvía el IVA y el 25% de bonificación del emprendimiento. A algunos esto les sirvió bastante. A muchos esa plata les permitió irse del país.

No soy muy amigo de narrar estos sucesos, esta es la primera vez que me explayo sobre este tema, muchos de nosotros no quisiéramos recordar aquellos tiempos, pero es imposible. Hoy, por ejemplo, me acabo de enterar del fallo y sentencia que le aplicaron a René Villarroel (apodado Juan Metralla) por el asesinato del Diputado Lucho Espinoza y del compañero Abraham Oliva; al primero lo conocí en una de mis visitas obligadas a la Patilla y al compañero Oliva en Chin Chin. A los compañeros del fundo El Toro, los habían fusilados el día anterior a nuestra llegada al presidio de Chin Chin. Así, por mucho que quisiéramos superar estos recuerdos y a pesar del tiempo transcurrido nos siguen penando, hoy muchos de aquellos compañeros ya no están y los que hemos logrado sobrevivir nos hemos convertidos en personajes invisibles.



Calabozos, ex cárcel de Chin Chin. Archivos de la Memoria

TULIO RIGOBERTO MALDONADO PÉREZ

Entrevista realizada el 7 de mayo de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 22 años.

Estado civil en el momento de la detención: Soltero.

Edad actual: 66 años.

Lugar y fecha de detención: Río Bueno, 26 de octubre de 1975.

Centro de reclusión: Casa de la DINA, Valdivia.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Docente del Liceo de Río Bueno.

Militancia política: No tenía.

Relato de su detención

Soy originario de Ancud, a mucha honra soy ancuditano, chilote. Pero por aquellas cosas de la vida, y por las facilidades que hubo en algún momento de poder estudiar fuera de Ancud la educación superior, llegué a estudiar a la Universidad de Chile, sede Osorno. En los años que me tocó vivir como estudiante de la Universidad de Chile, fui conociendo lo que era el gobierno del compañero Salvador Allende y lógicamente me transformé en un adherente al gobierno. Así transcurrió un par de años y me encontré con la situación crítica que se comenzó a vivir a partir del 11 de septiembre de 1973. Yo ya estaba en tercer año de pedagogía y a la vez estaba trabajando en un liceo. Ese día 11, temprano en la mañana, en la pensión donde vivía, supe lo del golpe de Estado por parte de “los valientes soldados”, aquellos que usurparon el poder y que nos trataron sumamente mal, y no fui a la universidad. Por esa razón no fui un detenido ese día; si hubiera ido a la universidad, muy probablemente me hubieran detenido.

Durante un tiempo tuvimos que estar trabajando muy silenciosamente, sin mayores manifestaciones y como no había situaciones que ameritaban que yo fuera detenido, no me sucedió nada. Pero ya en el año 1975, nosotros –digo nosotros porque éramos muchos los jóvenes que en ese tiempo abrazamos el pensamiento del gobierno de Allende y pensábamos y soñábamos en una sociedad mucho mejor- éramos varios compañeros que nos juntábamos de forma clandestina para analizar la situación que se estaba dando y también para conversar con la gente para informarles lo que estaba pasando en otros lugares del país, incluso en Osorno; porque había informaciones muy desvirtuadas y, por tanto, la gente no conocía que estaban sucediendo situaciones bastante críticas, en el sector rural o con los jóvenes o con los dirigentes de diferentes organizaciones; y no solo los dirigentes políticos, sino también dirigentes de base que eran apresados e incluso eliminados.

Entonces, nuestra tarea era compartir con la gente esa información que de alguna manera venía de boca a boca. Un día me apresaron porque aparecí en una lista de un compañero que andaba trabajando en algo similar a lo que yo señalo, pero lamentablemente él tenía la lista de nombres. Un fallo garrafal, que seguimos teniendo hoy día, que derivó en que fuéramos apresados muchos compañeros que estábamos trabajando en conjunto, no solo en la zona sur, sino también en otras regiones, que nos comunicábamos sin nombres reales.

Me detuvieron en mi casa en Río Bueno, el 26 de octubre de 1975, gente de la DINA, gente del ejército y gente de carabineros, fue todo un operativo. Me detuvieron en la noche. Ese día, al entrar a mi casa, me “recibieron amablemente”, como puedo decir hoy. Entré a mi casa y enseguida me pegaron culatazos con los fusiles, me tiraron al piso,

me amarraron de pies y manos, me pusieron una capucha en la cabeza. Yo vivía con una compañera, que después fue mi esposa. Cuando entraron todos aquellos, ella estaba sola en la casa, cuando llegué yo se produjo toda esta situación.

De ahí, nos llevaron a los dos a Valdivia. Cuando me entrevisté con un milico de alto grado, le dije que ella no tenía nada que ver con lo que me atribuían a mí y logré que la dejaran libre, lo cual realmente fue una suerte que la dejaran ir. Me decían que yo era parte de un complot, que éramos un grupo terrorista, incluso que teníamos pensado hacernos con el poder por medio de las armas. Esos días de detención fueron muy difíciles, es importante que la gente sepa que nosotros sufrimos bastante, había mucho atropello físico y psíquico. Éramos muchas personas las que estábamos en esa casa en Valdivia. Mis interrogatorios, es decir, cada sesión de tortura era bastante extensa, me aplicaban corriente en varias partes del cuerpo, golpes continuos con algún tipo de elemento contundente, fierro o madera, y también con algún elemento que producía quemaduras.

Tuve varias sesiones con las piernas levantadas, debajo me colocaban algún tipo de calentador (me lo imaginaba por el calor porque yo estaba vendado) yo no podía bajar las piernas y alguien se paraba encima de mí tendido en el suelo. Las preguntas siempre se referían a las armas, a los miembros de la organización, relación con otras organizaciones en el país, etc. Estuve 15 días siendo interrogado cada día. Después de cada sesión yo no podía mantenerme de pie. La casa tenía un segundo piso, me subían arrastrando y me bajaban peor todavía. Ahí me metían a un vehículo y me llevaban a una casa de la PDI. Ahí me dejaban un día y me volvían a ir a buscar para interrogarme de nuevo.

Parecía que cada vez que caía alguien más detenido, le preguntaban que sabían de mí, en qué estaba involucrado y ahí me iban a buscar de nuevo y así cada día.

Parece que después de los 15 días alguien dio la orden de que a los que estábamos detenidos en esa casa, nos dejaran de interrogar y nos llevaron a todos al cuartel de investigaciones y ahí estuvimos otros tantos días que no recuerdo cuántos, después nos trasladaron en un camión tipo frigorífico a Santiago, éramos alrededor de 20 compañeros. Nosotros no sabíamos a donde nos llevaban. Salimos temprano un día, íbamos con los pies amarrados, las manos esposadas, scotch en los ojos y después una venda o capucha. En la ruta, el camión se detuvo en Temuco. Percibíamos que era un regimiento, ahí subieron más personas al camión. Después, en algún lugar de la carretera nos bajaron para orinar y ahí percibíamos con más fuerza el miedo de que no fuera a suceder lo que sabíamos que había ocurrido con otros compañeros en Chile, que en un traslado los habían asesinado aludiendo la ley de fuga. De ahí pasamos a Talca. Todo este recorrido lo hicimos de pie, éramos muchos y no podíamos sentarnos. En Talca volvieron a subir algunos compañeros, después nos enteramos que algunos de ellos habían estado en la Colonia Dignidad, los pocos que se salvaron. Todo era una situación muy fuerte, bastante crítica.

Llegamos a Santiago, nos llevaron a un recinto que parece pertenecía a la comuna de San Miguel. Fuimos distribuidos en diferentes piezas, ahí nos sacaron las vendas, y me tocó como con cinco compañeros de Castro en la pieza número 9. Después fuimos trasladados a la 11 o 13, donde estuvimos como con sesenta compañeros que estaban en transición. Algunos salieron en libertad y los demás quedamos ahí para seguir con la supuesta investigación que tenían sobre nosotros.

Como a finales de noviembre del 75 pasamos a un pabellón de libre plástica, que lo administraba carabineros. Ahí, estuve en el pabellón número dos, como con 150 compañeros más, todos los días entraba más gente de la que salía; al lado estaba el pabellón número 1, con un número similar de compañeros y otro pabellón de mujeres donde había unas doscientas compañeras. En el mismo recinto había pabellones diferentes, uno administrado por carabineros y el otro por la DINA, Tres y Cuatro Álamos. Los de la DINA tenían libertad de acción para hacer lo que querían con los presos, los carabineros no se metían en eso. En alguna ocasión, llegaron personeros de la DINA a buscarnos. En mi caso, por ejemplo, me fueron a buscar y me preguntaron si yo ya había sido interrogado. Dije que sí, que todo venía de Valdivia. Comprobaron que ya me habían interrogado de todo lo que ellos estimaban conveniente y vieron que no tenían necesidad de moverme a otro lugar. Sin embargo, yo vi que a otros compañeros los sacaron y los llevaron a Londres o Villa Grimaldi y después de unos días, que estaban un poco recuperados, los traían de vuelta. Lo mismo pasó en Tres Álamos, que sacaban a algunos compañeros de libre plástica y los devolvían, o en algunos casos no los devolvían. Podíamos pensar que se habían ido en libertad. Ahí en Tres Álamos yo estuve hasta febrero de 1976.

Ahí sacaron a muchos compañeros y fuimos trasladados al campamento Melinka que está en Puchuncaví, a cargo de la infantería de marina. Este recinto había sido construido bajo el gobierno de Allende con fines de que los niños más humildes de la zona pudieran hacer ahí vacaciones populares, y después fue transformado en un campo de concentración. Un año antes de que llegáramos nosotros, había habido una situación denominada "viernes santo", donde los compañeros fueron torturados más de lo necesario por parte de la infantería de marina.

Toda la situación en Puchuncaví había sido muy crítica. Pero cuando yo llegué, los “milicos” ya estaban en una situación más suave, parece que les había tocado alguna fibra de humanismo. El trato era un poco mejor considerando lo que habíamos pasado ya, pero seguíamos siendo presos y la lacra comunista de este país. Los marinos eran jóvenes y con el cerebro ya lavado. Para ellos éramos algo muchísimo peor que cualquier delincuente. No nos dirigían nunca la palabra. Los comandantes se cambiaban cada semana. Algunos actuaban de una forma totalmente inapropiada en su forma de ser. Recuerdo en especial una ocasión. Cada día nos formaban en horas tempranas y una cabaña era la responsable de izar el pabellón patrio y cantar la canción nacional, sobre todo la estrofa que decía “nobles y valientes soldados”. Si no la cantábamos fuerte, sentíamos el culatazo y las patadas en cualquier parte del cuerpo.

Hubo un comandante que no se ni siquiera como denominarlo. Pero las acciones cometidas durante su semana fueron atroces, incluso sus mismos compañeros de armas parecían que lo odiaban. Se produjeron situaciones muy críticas y muy preocupantes sobre lo que podría sucedernos a nosotros. En las formaciones de la mañana, si no podía golpear a alguien, golpeaba a los animales que encontraba. En el campamento había varios perros. En una oportunidad estábamos todos formados, él estaba con sus guardias con ametralladoras y armados de pies a cabeza, él entró golpeando a uno de los animalitos que había; y un compañero que estaba al lado nuestro, le dice que por qué no hacía eso con él; vino el comandante y se encaró con el compañero, pero no lo tocó, no le hizo nada. Y, además, ninguno de los marinos que andaban con él dijo nada, nadie se movió, lo dejaron solo. Pensamos que esa noche nos iban a sacar de las cabañas, porque lógicamente,

todas las tardes nos encerraban por fuera con candado. En las cabañas estábamos expuestos a todo, eran de madera, por tanto, se podían quemar y se quemarían con los 50 o 60 compañeros dentro. Pero no pasó nada. Es probable que el “milico” no hiciera nada porque esos días estaba de visita la gente de la Cruz Roja Internacional. La fuerza nuestra era que éramos muy jóvenes, éramos osados y no mirábamos las consecuencias. No teníamos odio contra los milicos, sino contra las autoridades superiores que usurparon los poderes en este Estado. También hubo cosas que logramos los presos políticos. Al menos en Puchuncaví, que fue donde estuve más tiempo. Unificamos ideas, criterios, y empezamos a organizar actividades: artesanías, casas de estudio, estudio de idiomas. La mayor parte de los compañeros que estaban ahí eran profesionales: abogados, médicos, ingenieros, profesores, artistas extraordinarios.

Después de esta estadía en el campamento de concentración de Puchuncaví, denominado Melinka; por el mes de junio más o menos, Chile tuvo la visita de Kissinger y empezó a cambiar la forma de trato de los presos políticos y también se dio la posibilidad de que un número significativo de compañeros fueran dejados en libertad (entre comillas). Yo fui uno de ellos. En esa oportunidad, como en otras oportunidades, cuando salíamos libres, éramos conducidos a Tres Álamos y de allí salíamos en libertad. Yo tuve la suerte de ser incluido en uno de estos listados. Esto era el año 1976. Pero ello no significó una libertad muy adecuada, ya que era difícil salir, pero era mucho más difícil mantenerte en una situación pensando que uno estaba libre, porque el control fuera era mayor. Pude regresar de Santiago a la zona donde yo vivía que era en Río Bueno, pero estaba en forma continua vigilado por agentes de carabineros o de la DINA.

Fue así como en el mes de septiembre de ese mismo año, nuevamente fui detenido y conducido por carabineros a Valdivia a una casa que mantenía la DINA (o ya era CNI). Ahí el trato fue peor que en la detención anterior, en términos de apremio físico y psíquico. Eran interrogatorios similares a los anteriores, preguntaban por supuestos grupos armados terroristas, quiénes eran los componentes, donde estaban las armas, etc. Me mantuvieron así alrededor de 15 días. En esta oportunidad fui detenido en un sector rural de Río Bueno, y después pude deducir que la detención mía se debió a que tres niños que estaban en un desfile rural, supuestamente le habían dado la espalda a la bandera cuando la estaban izando y cantando el himno patrio (eran las fiestas del dieciocho). Uno de ellos era como familiar mío y acusaron a estos niños que tenían entre 14 y 15 años que habían sido inducidos por mí a actuar de esa manera, por tanto hubo una orden que emanó de la Comisaría de Río Bueno para que me detuvieran. Fui conducido a un lugar llamado Crucero, ahí estuve una noche. Al día siguiente fui conducido a Río Bueno y –como dije antes- de ahí a una casa que mantenía parte de las agrupaciones de represión que existían. Al final me dejaron libre sin cargo alguno, pero naturalmente con una situación bastante difícil a nivel físico y a nivel mental dado todos los apremios que me proporcionaron los días que estuve de permanencia en ese lugar. La gente que operaba era bastante joven y creo que nunca midieron las consecuencias de los golpes o de las aplicaciones de otros sistemas o medios que tenían para hacer hablar a los compañeros que llegaban detenidos.

Después de eso seguí sintiendo el continuo hostigamiento por parte de la gente del Estado, llámese vigilancia continua de la casa donde

vivía. Tampoco pude volver a trabajar, fui expulsado del lugar donde trabajaba y también fui expulsado de la Universidad de Chile donde estudiaba. Así que las consecuencias fueron bastante difíciles para poder vivir en tranquilidad. Así pasó un tiempo, trataba de vivir lo más calmado posible, de tener una vida más o menos normal; pero era difícil porque sin trabajo y sin poder terminar de estudiar, sin tener opción a ninguna situación que me demandara un quehacer diario, era bien complicado. Tuve la suerte de tener una compañera que me apoyaba mucho y tener familiares, como mis padres que también me apoyaban. Gracias a eso pude sobrevivir porque la situación para mí era bastante crítica. Me sentía que había fracasado en todo, que no tenía razón de continuar existiendo, me sentía demasiado solo, no había compañeros, ni siquiera estaba la gente que había trabajado conmigo. Me miraban como un posible problema para ellos, incluso no se atrevían a saludarme porque podían pensar que se estaban relacionando con una persona que tenía grandes problemas con la justicia o con los niveles de gobierno que existían en ese entonces. De hecho, eso lo percibía mi familia. No me lo decían pero yo sabía que sufrían bastante. Yo más que sufrir en términos personales por lo que me estaba pasando, sentía que el dolor más grande que tenía era ver a mi compañera y a mis padres en una situación bastante difícil. Incluso tuve la oportunidad, a través de una instancia que entregaban en ese entonces algunas embajadas para salir de Chile, tuve la posibilidad de irme a los EEUU. Pero la rechacé porque cuando vine a Ancud a hablar con mis padres y les comenté la opción que tenía, ellos se mostraron de alguna forma contentos porque era salir del país; pero también en una conversación que escuché dijeron que era poco probable que me volvieran a ver, dada su avanzada edad. En base a eso yo opté por

quedarme y seguir enfrentando esta situación que me tocó vivir y no bajar los brazos dándole la razón a quienes tenían en sus manos la administración de este país.

Pero reitero que mi mayor preocupación era que mis familiares estuvieran tranquilos de verme cerca y de verme que ya no estuviera en situaciones similares a las que había pasado. Pero no todo esto fue lo más doloroso. Lo más doloroso que me ocurrió siendo demasiado joven, fue la partida de mi compañera que murió en el año 1977 en el hospital de Río Bueno, de una operación que era muy fácil de resolver. Fue uno de los dolores mayores que tuve en esos años. Ya ni siquiera sentía lo que había hecho la dictadura conmigo. Más sentía esta nueva situación que se presentó en mi vida, y no pude hacer nada porque yo no tenía derecho a nada, no podía hacer un reclamo a nivel político, como exigir una investigación. Tampoco sus padres, que eran gente humilde de sector rural, cercana a la izquierda; lo cual hacía poco probable que cualquier demanda tuviera repercusiones en la investigación sobre qué había realmente causado la muerte de ella.

Ahí nuevamente entra en juego mi familia, sobre todo mi madre. Ella me va a rescatar a Río Bueno y me trae a Ancud. La verdad es que toda la situación era muy triste, la detención, la expulsión del trabajo, no poder estudiar, la muerte de mi compañera, con la que teníamos grandes proyectos, grandes ilusiones, que ninguna de ellas se pudo cumplir. Estando en Ancud, tuve que empezar de nuevo, la gente me miraba como ser extraño, no tenía amigos, no compartía con nadie. De alguna forma –como se dice habitualmente- traté de salir adelante, con ayuda de otras personas que después fui conociendo acá. En ese aspecto tengo que reconocer a algunos amigos que eran cercanos

a la iglesia católica, que me ayudaron bastante a retomar una vida entre comillas normal, pero sin embargo seguí teniendo la constante vigilancia de los agentes del Estado que circulaban por esta zona. Fui detenido varias veces en la calle, a vista y paciencia de la gente; no sé si la gente se percataba que me tenían con una pistola en la cabeza y otra en la espalda. De hecho, era como habitual, que no podías salir prácticamente al centro de esta ciudad sin ser detenido o amenazado. En varias oportunidades me detuvieron y me amenazaban de que sabían dónde vivía, que podían detener a mi padre y a mi madre. Así, la situación fue bastante difícil. Por allí, como el año 1984, se empezaron a aminorar estas prácticas por parte de los agentes del Estado, sentí al menos un poco más de posibilidades de andar tranquilo en la calle. También tuve la oportunidad de entrar a trabajar a una de las industrias de Ancud, lo cual me permitió de alguna manera sentirme acogido, estaba haciendo algo que podía llevarme a pensar un poquito distinto a lo anterior. Porque tengo que reconocer que a veces no tenía ganas de vivir. Pero todo lo que recibí de algunas personas me ayudaron a cambiar un poco.

Y dando un salto en el tiempo, llegaron los años donde pudimos compartir con otros compañeros que habíamos tenido una suerte de destino similar, hablo de los años 1988, 1989. Y quizás estas conversaciones nos ayudaron a sanear un poco la situación vivida y sentir que no estábamos solos, fuimos apoyándonos unos a otros, logramos formar una agrupación, y logramos de alguna manera empezar a trabajar por un cambio de gobierno. De todas maneras sentía que el Estado chileno seguía manteniendo a muchos jóvenes de aquí en una especie de jóvenes marginados; incluso en los primeros años de vuelta a la

democracia, yo sentía que el Estado tenía una gran deuda con nosotros y seguíamos siendo tan presos como habíamos estado en los campos de concentraciones, porque era muy difícil insertarnos en un proceso de términos de estudio de las carreras que habíamos abrazado. En el caso mío, Pedagogía en Matemáticas en la Universidad de Chile. Pero se nos negaba la posibilidad o, al menos, a mí se me negó la posibilidad de ingresar a una universidad como la Austral. Incluso dando en ese tiempo lo que se denominaba Prueba de Aptitud Académica, no tuve la oportunidad de ingresar, a pesar –de acuerdo a la indagatoria que yo hice- de haber logrado el puntaje necesario para haber tenido acceso. Más adelante, tuve la oportunidad de completar los estudios y poder cumplir el anhelo que tenía de ser docente. Tampoco me fue fácil entrar a trabajar. Al principio me contrataron en la Cuarta Región, en Canela, ahí me reintegré al proceso docente. De allí me fui a trabajar a Coquimbo hasta el año 2000. En ese año vuelvo a Chiloé, a un colegio particular. Posteriormente me incorporé a trabajar a la Corporación Municipal de Ancud, hasta hoy día que estoy acá.

Ojalá sigamos luchando y pensando que toda esta situación que nosotros sufrimos entre el año 1973 y 1989; que todo el sacrificio que hicimos la enorme cantidad de jóvenes que pasamos por las cárceles o los campos de concentración, y que muchos de los nuestros hasta entregaron su vida por un ideal de pensar que en Chile podía haber un gobierno donde se le entregara más elementos de mejor vivir a la clase baja o media; que todo eso, no haya sido en vano. Ese era el sueño nuestro, el sueño de que había la posibilidad de conformar una sociedad distinta a la que nos tocó vivir. Y creo que muchos seguimos pensando que eso es aún posible. Ese sueño de que todos tengamos

las mismas oportunidades o las mismas opciones o que la gente pudiera conformar una sociedad donde al menos sintamos que hay igualdad de oportunidades y otros elementos que conjugan cada una de las ideas que sostenemos quienes formamos parte de esa juventud. Hoy día nos quedan estos buenos recuerdos y sobre todo el sueño del compañero que entregó su vida por ver un Chile distinto.





Mimeógrafo y máquina de escribir utilizados para realizar el periódico clandestino "La Muralla" en los años ochenta en Ancud.

OMAR HUMBERTO MALDONADO VARGAS

Entrevista realizada el 15 de enero de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 26 años.

Estado civil en el momento de la detención: Soltero.

Edad actual: 72 años.

Lugar y fecha de detención: 23 de octubre de 1973, Guarnición Aérea del Bosque.

Centro de reclusión: Academia de Guerra Aérea (AGA), Santiago; Academia Politécnica Aeronáutica (APA), Santiago, y Cárcel Pública, Santiago.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Sub Oficial de las FFAA, Técnico en Comunicaciones. Trabajaba en la Radio Estación en mantención y reparación de los equipos de comunicación.

Militancia política: Ninguna (simpatizante del gobierno de Salvador Allende).

Relato de su detención

Soy de Ancud; cuando terminé mi cuarto año de Humanidades el año 1964, postulé a la Escuela de Especialidades de la Fuerza Aérea en Santiago para estudiar Electrónica y salí aprobado. En la FACH terminé mis estudios y quedé contratado para trabajar en la Guarnición Aérea "El Bosque". Al momento del golpe de Estado era Sub Oficial de la Fuerza Aérea, y me desempeñaba como técnico en equipos de comunicaciones.

Lo que sucedió el día 11 de septiembre se había venido preparando cuidadosamente desde antes de esa fecha, a nosotros nos repetían

continuamente los funcionarios de la Fuerza Aérea que al gobierno había que derrocarlo. Yo y mis compañeros que apoyábamos ideológicamente al entonces Presidente Salvador Allende, manifestábamos, en conversaciones informales, que nosotros habíamos hecho un juramente como militares de defender la Constitución y las leyes. Esta fue la razón para que nos detuvieran después del golpe militar, éramos entre 80 y 90 funcionarios. Pero podrían haber sido más de 100, ya que algunos fueron detenidos, torturados y devueltos a la unidad. Aproximadamente a 84 nos hicieron juicio después de haber pasado por la detención y la tortura. El juicio se caratuló "Bachelet y otros".

Me detuvieron en mi lugar de trabajo "Sección Transmisores" de la Guarnición Aérea El Bosque, el 23 de octubre de 1973, fui trasladado a la Academia de Guerra (AGA) en Las Condes. El trato fue inhumano. Ahí me quitaron el uniforme y permanecí incomunicado. Estábamos en un subterráneo siempre con capucha.

Fui interrogado tres veces, vendado, acostado desnudo sobre una mesa, amarrado de pies y manos. Sufrí golpes en el estómago y me aplicaron corriente eléctrica en las partes más sensibles del cuerpo. La tercera vez me desvanecí. Me preguntaban insistentemente por el plan Z, por los cigarrillos Monza, y por el plan para tomarnos la Guarnición Aérea, por las claves. A mi familia le negaron que yo estuviera ahí.

En enero me trasladaron a la Academia Politécnica Aeronáutica (APA), ahí permanecí 2 o 3 semanas. Estuve junto a otros detenidos, pero sin permiso para hablar. Estábamos en una sala de clase, de pie cara a la pared, a ratos sentados en el suelo. En ocasiones salíamos un rato a un patio, pero sin hablar ni hacer grupos, seguía estando incomunicado.

Dormíamos ahí mismo en colchonetas. Mi familia me buscaba pero lo negaban, las mandaban de un lugar a otro.

Después me trasladaron nuevamente a la AGA por una semana porque encontraron una carta anterior de mi hermana. Ahí sufrí tortura psicológica. Me interrogaban por supuestas militancias de la familia.

Posteriormente me trasladaron a la cárcel pública de Santiago, ahí permanecí el resto del tiempo. En ese lugar, ocho personas compartíamos una celda que era para dos. La vida era más relajada porque no estábamos incomunicados.

Las ochenta y algo personas que nos hicieron juicio (militar) éramos de distintos lugares. En ese tiempo nos llevaron dos veces a la Academia de Guerra para información del juicio. El juicio fue muy publicitado, con supuestos jueces internacionales. El juicio se suspendió porque los que nos acusaban cayeron en muchas contradicciones, y nunca se retomó. Al final dictaron sentencia sin acabar el juicio. Mi sentencia fue cuatro años y un día de cárcel, por faltar a la disciplina. Hubo 6 o 7 compañeros que estuvieron sentenciados a muerte. Tampoco aquí mi familia supo dónde estaba.

No cumplí toda la sentencia porque gracias a la presión internacional, la dictadura “inventó” el decreto 504, según el cual se podía cambiar la cárcel por exilio.

En el año 1975 me trasladaron al anexo Capuchinos, ahí es la primera vez que mi familia me puede visitar. Salí de la cárcel el 27 de noviembre de 1975. Junto con otros 30 ex Fuerza Aérea nos dirigimos a Inglaterra. Allá permanecí 12 años y una semana. Contábamos los días para volver. El personaje más importante en el exilio era el cartero.

En Inglaterra me dediqué a la música. Cuando llegamos vivimos en Londres. Después, con otros compañeros nos fuimos a vivir a Manchester y creamos un grupo folklórico que se llamaba Meliantú que en mapuche significa cuatro soles. Nos dedicamos a difundir música latinoamericana y a difundir la situación de los presos chilenos en las cárceles. Juntábamos dinero y lo mandábamos a la vicaría o lo entregábamos a algún conocido en Santiago. También participamos en un proyecto en Ancud.

En Manchester me visitó un profesor inglés que había estado en Chile y me ofreció una beca para seguir estudios allá. Yo se lo agradecí pero anímicamente estaba muy mal y, además, sin saber el idioma no podía aceptar. Me sané con la música. Después me dediqué a estudiar inglés y, entonces sí, estudié y saqué el título de radio y televisión. Después trabajé 7 años en el servicio técnico de radio y televisión.

En marzo de 1985, con la visita del Papa a Chile, se levantó la prohibición de retorno que manteníamos aproximadamente 5.000 chilenos “indeseables” que estábamos con prohibición de retorno. Un organismo de las Naciones Unidas nos ayudó a salir. Regresé a Chile en 1987.

En relación a todo lo que pasó, hay que hablar de un golpe cívico militar porque fueron los civiles los que comprometieron a los militares. En la academia nos decían, Dios en el cielo y nosotros en la tierra, es decir, aquí mandaban ellos. Ahí entendí que los militares pertenecen a una clase social que les dio vida y los alimentó ideológicamente, los adoctrinó desde el tiempo de la independencia.

Una clase social que se creen los dueños del país y, por tanto, cuando vieron en peligro sus privilegios, acudieron a los militares. Es una lucha de clases. Mantener a un pueblo alejado de la política es mantenerlo en la ignorancia.

Creo que las personas que vivimos esta experiencia tan traumática tenemos el deber, la obligación de contarlo; porque fuimos nosotros los que vivimos la historia. Porque los historiadores relatarán su punto de vista. Entonces, las nuevas generaciones van a conocer lo que pasó por ese relato, pero no se imaginarán lo que sucedió ni lo que sucede en los Institutos Armados. Yo mismo aprendí que me preparaban para la guerra, pero ninguna guerra se justifica. Es importante juntar la experiencia para poder evitar situaciones como la vivida. Estamos en este mundo para intentar ser felices, no para torturar o matar gente.





Mimeógrafo para imprimir el periódico clandestino "La Muralla" en los ochenta, Ancud.

JORGE EDUARDO MARDONES REYES

Entrevista realizada el 9 de enero de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 41 años.

Estado civil en el momento de la detención: Casado con dos hijos y una hija, todos menores.

Edad actual: 87 años.

Lugar y fecha de detención: Ancud, el 12 de septiembre de 1973.

Centro de reclusión: Cárcel de Chin Chin (Puerto Montt) durante tres meses y relegado a Putre durante un año.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Inspector de Investigaciones en Ancud.

Militancia política: Simpatizante allendista.

Relato de su detención

En la ciudad de Ancud, el día nefasto para Chile, me encontraba trabajando como Jefe de la Comisaría de Investigaciones Sede Ancud. Por medio de la radio del servicio se anunciaba movimiento militar en las calles de la capital. Pero, precisamente, en esos momentos, la comunicación se interrumpió, por lo que debía llamar telefónicamente a la Jefatura de Puerto Montt. Desde ahí se me comunicó que debía contactarme con la Prefectura de Carabineros de Ancud y que debía trasladarme a esa Jefatura en el acto. Lo hice y allí fui atendido por personal de guardia quienes de inmediato informaron a su Jefatura. Me hicieron pasar a la oficina del Comisario, quien me recibió en el acto y comenzó a preguntarme cómo era el edificio del servicio, de qué material estaba construido, con cuántos funcionarios

contaba, qué capacidad de movilización y qué poder de armamento se tenía; y si acaso todo el personal lo usaba normalmente. También me preguntó por la cantidad de dinero que se manejaba para gastos de bencina y otros. Me pidió que le entregara el armamento a mi cargo. Le entregué la pistola calibre 38, manifestándome que se me devolvería al día siguiente, ya que sería trasladado a Puerto Montt. Me despachó advirtiéndome que tenía que estar atento por si requerían de alguna otra información.

Al día siguiente, cuando me encontraba fuera de mi domicilio con mi equipaje de mano para ser trasladado a Puerto Montt, llegó una camioneta con 4 o 5 carabineros que me encañonaron y me llevaron al Cuartel de Carabineros. Desde ahí se me remitió a Chacao para tomar la lancha que me trasladó a Parga, donde me esperaba un vehículo para llevarme a Puerto Montt. Ahí llegué a la Fiscalía y en tres oportunidades llamaron al centro militar cuya entrada estaba frente a un negocio de licores. En ese lugar sufrí algunos apremios de parte de carabineros. Uno de ellos, un teniente que había trabajado en Ancud, me proporcionó un fuerte pisotón en el pie que sufría de gota. De la Fiscalía me mandaron a la cárcel de Chin Chin.

Ahí me encontré con muchos compañeros de distintas ciudades de Chiloé: Chonchi, Castro, Ancud; la cárcel estaba abarrotada de presos políticos. En la cárcel estuve tres meses, de septiembre a diciembre. Ahí recibí algunos golpes, situaciones de humillaciones y amenazas e incomunicación. Nunca fui interrogado ni me levantaron una causa. A mi mujer le negaron que estaba detenido en ese centro. Pudimos comunicarnos con las familias por un "preso con plata" que conseguía permiso para ir a Ancud y llevaba noticias.

En diciembre me llevaron a la Fiscalía. Ahí, un joven oficial que oficiaba como fiscal me notificó que tenía un año de relegación en Putre, explicándome que era un lugar de turismo en el Norte Grande, en Arica. Me indicó que podía llevar una hamaca y ropa liviana, ya que esa zona tenía un clima muy seco. Por suerte, en el mismo sector se encontraba un oficial que había estado de visita en Ancud y me señaló que me daría una carta para el Comisario de Putre. Me entregó un sobre con un mensaje. También se me notificó que a Putre debía ir por mi cuenta y que tenía una semana para presentarme en la comisaría de Putre. Mi señora, mis tres hijos menores y un grupo de unos 30 amigos me ofrecieron una despedida en un lugar desconocido. Me desearon fuerza y confianza, fue una bonita despedida.

Viajé primero a Santiago, después a Arica y de ahí a Putre. En el viaje tuve suerte de encontrar amigos tanto en Santiago como en Arica. Con los amigos de Santiago pasamos una noche de conversa y comida. Los amigos que encontré en Arica me facilitaron el viaje a Putre. En esos tiempos eran muy difíciles las comunicaciones y llegar a Putre en transporte público no era fácil. Pero en Arica tuve una doble suerte. Primero, resultó que el dueño de una cafetería donde había dejado mi equipaje había sido funcionario de investigaciones y me brindó su ayuda durante tres días mientras encontraba cómo migrar a Putre. Y, segundo, por casualidad en Arica me encontré con un ex-tira con el que habíamos sido colegas en Santiago. Al conocer mi situación, me ofreció ayuda para lograr encontrar un personaje que era chofer de una oficina relacionada con flora y fauna. Este, finalmente, me indicó que me llevaría al día siguiente a mi lugar de destino (gran suerte para mí los dos ex-colegas).

Putre, en esos años, era un pueblo pobrísimo, áspero e inhóspito; con escasa población y muy pocas viviendas. La mayoría de la población era aymara, hablaban poco castellano y no tenían oficio, excepto crianza de llamas y alpacas. Era un pueblo prácticamente incomunicado. Los relegados éramos 8 hombres y una mujer que estuvo poco tiempo. Los problemas eran fundamentalmente de subsistencia. Cuando llegamos no teníamos vivienda; ocupamos un galpón de zinc (del tamaño de una cancha de básquet) que estaba en muy malas condiciones, se llovía, sin baño, etc. Las condiciones climáticas eran duras: noviembre, diciembre y enero es el llamado invierno boliviano, con fuertes lluvias. Más adelante conseguimos una pieza que le faltaban las ventanas, la puerta y no tenía suelo. Nos calefaccionábamos con una estufa a yareta (planta que se usa para calefacción), que nos pasaban los pobladores. La escasa comida la obteníamos a través de un cocinero chilote que conocimos, de una construcción de una carretera cercana que nos llevaba algunos víveres, también de algunas (pocas) donaciones de la población o de alguna planta que recogíamos, o nos daban cuyes. Ahí en Putre, los relegados debíamos firmar cada día.

Las familias no iban a visitarnos sencillamente porque era difícilísimo llegar y tampoco había donde alojarse. Pero pudimos comunicarnos a través de un teléfono que encontramos. Era un teléfono satelital que había dejado instalado una base estadounidense. No estaba disponible para el pueblo, pero el encargado de mantención nos dio la clave para usarlo. Así nos comunicábamos con la familia cada 15 días aproximadamente. Yo me comunicaba con mi papá que vivía en Rahue, Osorno, junto a mi mamá y un hermano.

Una noche de invierno, Carabineros de la Comisaría del lugar tocaron el portón de entrada al sitio del domicilio de mis padres, dos personas

ancianas de avanzada edad. Por los fuertes llamados, mi padre se asomó del comedor del segundo piso, preguntando quién era y le contestaron que se trataba de Carabineros del sector y que necesitaban hablar con el dueño de casa para informarles de un mensaje de su hijo Jorge Mardones. Entonces, mi padre terminó de vestirse y con su esposa los atendieron desde la puerta de calle. Ahí, el jefe de la patrulla les informó a sangre fría que les avisaban que cuando su hijo huía por el camino a Perú, había sido descubierto por la policía de la frontera, que se dio cuenta que la intención del detenido era huir hacia Perú. Allí mismo fue muerto atendiendo a la ley de fuga y que su cuerpo estaba en Perú. Acto seguido Carabineros se retiró diciendo que no disponían de más información. Por supuesto que la noticia era absolutamente falsa. Pero mi familia sufrió mucho dolor y angustia con la noticia. Mi madre se desvaneció y estuvo tres días sin recuperar la conciencia. Poco a poco fue despertando pero quedó en un estado como de ida, de pérdida de recuerdos, de memoria y de ubicación. Estando en esa situación, a veces salía a pasear y se perdía; en dos ocasiones le robaron la ropa dejándola casi desnuda. Poco tiempo después murió sin haber recuperado nunca la conciencia.

Sin embargo, como en Putre disponíamos del teléfono, pude hablar con la familia y desmentir la falsa muerte. Pero cuando llamé mi papá no podía creer que era yo y me hacía preguntas específicas para comprobar que era yo quien hablaba por teléfono.

Así transcurrió el año, pero por problemas de movilización tuve que esperar aproximadamente un mes más para poder salir de Putre. Volví con 40 kilos menos.



Periódico clandestino "La Muralla, años ochenta Ancud.
Cuando cae la mordaza del canalla, el papel del pueblo es
la muralla.

JULIO ARMANDO MAYORGA OJEDA

Entrevista realizada el 6 de febrero de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 22 años.

Estado civil en el momento de la detención: Casado.

Edad actual: 67 años.

Lugar y fecha de detención: Ancud, 2 de mayo de 1974 por el SICAR (Servicio de Inteligencia de Carabineros).

Centro de reclusión: Comisaría de Ancud.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Estudiante universitario en receso (Administración Pública, Universidad de Chile, sede Temuco).

Militancia política: MIR.

Relato de su detención

El 11 de septiembre de 1973 yo era militante del MIR en Temuco. Me desplazé a Ancud para casarme en febrero de 1974. En marzo de ese año regresé a Temuco para reencontrarme con mi organización política e incorporarme a las filas del partido. El 22 de abril de 1974 nació mi hijo Vladimir. El 28 de abril regresé a Ancud por razones económicas, tenía problemas de trabajo, y para que la familia conociera a mi hijo. En Temuco no pude contactar con el partido.

El dos de mayo de 1974 me detuvieron en la calle, en el centro de Ancud, tres agentes de la SICAR de civil. Me trasladaron a la comisaría por instrucciones del juez de Temuco, por las causas que se seguían contra el MIR en esa ciudad. Estuve mucho tiempo preso en Ancud

esperando el traslado a Temuco. No sé el tiempo exacto pero creo que fueron dos o tres meses porque me detuvieron en invierno y salí en primavera, creo que era septiembre, y noté el crecimiento de mi hijo. Mi familia supo que estaba ahí por un amigo, me podían llevar comida pero no podían visitarme. La detención era extraña, porque estaba en un calabozo chico de "curaguiya". Era una situación muy dura. Creo que aguanté porque era joven, si yo hubiese sido una persona mayor podría haber perecido. Era un lugar muy sucio, lleno de excrementos, de orines, y con ratones. Me sacaban una vez al día al baño, pero no siempre venían cuando yo llamaba, a veces horas y horas, y a veces terminaba haciendo mis necesidades en el calabozo.

Sufrí muchas torturas en interrogatorios. En Ancud en ese tiempo había un detective especialista en aplicar corriente y recurrían a él cuando me interrogaban. Esto sucedía 2 o 3 veces a la semana con golpes y corriente en dedos, oídos y cuello, el cuello se me llegó a quemar. En los interrogatorios me di cuenta de que no sabían mucho de mi vida y de mi militancia y eso –además de mi creencia de militante- me permitió contar mi "leyenda" y no dar nombres de compañeros. No sabían mucho de mi vida pero sí conocían la técnica. En una ocasión, me pegaron y me aplicaron corriente durante dos horas seguidas solo preguntándome por mi nombre, repetían continuamente "cómo te llamas concha de tu madre", "tu nombre". Creí que me volvía tonto gritando mi nombre, pensaba que no era yo y me daban ganas de hablar. Lo que querían era que diera mi nombre político; yo sabía que eso era un camino sin regreso. Y aguanté.

Todo era muy precario, a veces hasta se me soltaba la venda. Respecto a esto, me pasó una situación particular. Un día salía del interrogatorio hecho mierda y muy sucio, sin lavarme en mucho tiempo. Salía de la

caballeriza donde me interrogaban con la cabeza tapada con el trapo o saco con el que limpiaban a los caballos. Salía esposado y se me cayó un poco la venda, y vi al Comisario de Carabineros conversando con el Edecán de la Iglesia Católica, el cura Abel Masía Gómez, en ese tiempo, director del diario Cruz del Sur de Ancud, Capellán de Carabineros y profesor de religión del Liceo. No lo puedo asegurar pero estoy seguro de que estaban escuchando el interrogatorio. Estaban a tres metros y cuando me vieron mandaron que me llevaran: "llévate a este huevón".

Todo era surrealista, ninguno de nosotros nos imaginamos lo que venía, como una película de terror, no me imaginé que eso podía suceder en la realidad. Yo no entendía por qué me pegaban.

Esperaba que me trasladaran a Temuco porque ahí estaba el juicio, pero nunca me trasladaron. Creo que por ser Ancud un pueblo chiquitito no me dieron mucha importancia, además de la falta de recursos. Me soltaron, pero con la obligación de ir a firmar dos veces al día, a las 11 a.m. y a las 18 p.m. todos los días.

El tiempo que estuve preso, mi madre siempre pensó que me matarían. Que cuando me trasladaran a Temuco allá me condenarían. Mi familia sufrió mucho, sobre todo mi madre y mi compañera. Yo sufrí mucha nostalgia por mi hijo. Estando preso, detrás de los barrotes, miraba el sol y pensaba que mi hijo estaría disfrutando del sol.

Al cabo de seis meses, una noche regresé a Temuco sin autorización. Todo era tan precario que ni hubo orden de búsqueda. No había sistematización de los presos. El panorama que encontré en Temuco fue desolador. No encontré a ningún compañero ni compañera y la gente no daba información por miedo.

Continué en Temuco trabajando un par de meses hasta que encontré un trabajo más fijo en ENAP donde estuve clandestino 10 meses. Permanecí en Temuco hasta 1978 y regresé a Ancud. De vez en cuando venía de Temuco a Ancud a ver a mi hijo.

Las actividades de resistencia comenzaron muy pronto en Ancud. Era una situación curiosa por lo pequeño que era Ancud. Cuando regresé en 1978, en la misa de gallo de ese año presentamos con un grupo de compañeros una obra de teatro titulada "Los sueños de Osvaldo" que era un panfleto contra la dictadura, con un discurso sobre la cesantía, los derechos de los trabajadores, los salarios, etc. Un grupo de teatro donde participaban personas muy diversas: estudiantes, mujeres artesanas, mecánicos, comerciantes. Creo que no pasó nada porque contábamos con el apoyo del sacerdote Renato Giavio.

En 1978 ya había muchas actividades de teatro, este fue organizado por militantes del MIR relegados en Ancud. Había diversas actividades sociales y de resistencia. También, el año 1983 se formó un comité por los sin casa. Hubo toda una movilización contra el régimen militar. Yo valoro mucho esta situación de resistencia.

En 1979 formamos una peña chilota en la calle Prat en Ancud con el mismo grupo de relegados del MIR. Pero no era trabajo partidario sino que sencillamente éramos personas que estábamos relacionadas por la historia. Me parece sorprendente que el dueño del local nos lo hubiese arrendado, ya que nosotros éramos conocidos "comunistas"; le reconozco la valentía. La peña era muy bonita, y participaban muchos artistas locales. Ahí nos pasó una situación relacionada con el personal de la SICAR que me habían detenido y torturado. Podíamos ver cómo

las mismas personas seguían actuando como represores. Nosotros los conocíamos porque en un pueblo pequeño es fácil cruzarte en la calle. Después de tres meses de funcionamiento de la peña, un día apareció el jefe Ulloa con 2 personas más. Pidieron buen vino y empanadas, miraron el show, y al finalizar el espectáculo apareció un grupo de pacos y nos llevaron presos a los gestores de la peña. No nos pasó nada. Comprobaron papeles, nos quitaron todas las cosas y nos dejaron ir. Pero Ulloa me dijo directamente, “¿no quedamos que nunca más te ibas a meter en cosas huevón?” Es posible que en el interrogatorio lo haya prometido. Pero, como anécdota, lo que más rabia me da es que nunca nos pagaron el consumo que hicieron en la peña.

Más adelante, continuando con las actividades de resistencia, tuve un segundo episodio de detención. En 1983 se realizó una acción de panfleteo en el radio urbano de Ancud. Un grupo de compañeros fueron sorprendidos flagrantes por carabineros en la acción, son detenidos e interrogados. Al día siguiente comenzaron a detener a todos los participantes. La redada incluyó detención en casas y lugares de trabajo. A mí me sorprendieron dos carabineros de uniforme manejando una camioneta. Ante el requerimiento de acompañarlos a la Comisaría de Ancud, me escapé en el vehículo y se me ocurrió acudir a la Oficina de DDHH del Obispado de Chiloé, filial de la Comisión de DDHH de Chile.

El abogado de la Comisión nos sugiere –a un compañero que había llegado antes que yo y por la misma razón- que nos entreguemos a los Tribunales Civiles de Ancud “para que quede constancia de la detención”. Discutimos que nos parecía una mala idea puesto que lo que correspondía era que la oficina de DDHH nos diera protección y no que dejara que nos detuvieran. Se impuso su idea y nos trasladamos a los Tribunales de Ancud. Subimos al Jeep del abogado y en calle

Ramírez al llegar a San Carlos, por pura casualidad, se nos cruza un vehículo policial (una Cuca) y autos particulares con policías de civil. Nos ven y proceden a detenernos con mucha violencia verbal y física. Al abogado lo bajan del Jeep a cachazos de revólver, mentándole la madre repetidamente, sin importar que se hubiese presentado como abogado de DDHH y funcionario del Obispado de Ancud. Eran como las 15 horas aproximadamente.

Detenidos y esposados nos condujeron a la Comisaría. No recuerdo si ese mismo día o en la mañana del día siguiente nos condujeron a Puerto Montt. El traslado se realizó con un "show de exhibición" indigno en el transbordador en el Canal de Chacao. A pie y esposados nos exhibieron ante cientos de pasajeros de la barcaza.

Lo cierto es que nunca supimos dónde nos llevaron durante ese viaje. Recuerdo haber llegado a una oscuridad fría. Unas escaleras hacia subterráneos, según me parecieron. Vi muros bajos y estrechos, podían ser amarillos. Esposado junto a alguien y acompañados por uno o varios hombres que nos daban órdenes a groserías, llegamos a unas celdas húmedas y gélidas. Y, como una paradoja brutal de aquellos tiempos, me alegré de encontrarme con tres compañeros más que estaban del día antes (pero presos y en las peores condiciones posibles e ignorando el lugar exacto de detención) y más aún, sin saber el organismo de seguridad que nos tenía. No tengo claridad de los días que estuvimos allí, sin que la familia supiese de nuestro paradero. No aplicaron formas de tortura física; pero sí, la típica tortura del principio de incertidumbre. Pasaba alguien, incluso podría ser un subalterno auxiliar, y amenazaba: Ah... ustedes acá... en la noche nos vemos...!!! Ese día y esa noche eran la tortura más cruel, la espera y la incertidumbre nos instalaba casi en la

histeria, que disimulábamos con preparativos aprendidos para soportar la supuesta tortura de la noche. Era una tortura psicológica brutal.²

Durante todo ese tiempo no nos interrogaron, pasamos a los tribunales y a la Corte de Apelaciones. No fue una situación traumática, fue incluso esperanzadora porque cuando nos llevaban a la Corte de Apelaciones caminando, un tira joven nos dijo que cuando nos preguntaran dijéramos a todo que no, que lo negáramos todo. Parecía que algo estaba cambiando, no nos pegaron, nos aconsejaron, y el Presidente de la Corte de Apelaciones tuvo un trato más humano. Estábamos nerviosos y nos tranquilizó diciendo "yo no soy un general de la República, soy un juez de la República". Fuimos acusados por la Ley de Seguridad Interior del Estado. No nos condenaron, estuvimos 4 o 5 días en Chin Chin en grupos de 3 o 4 y nos dejaron libres. Ese mismo año, unos meses más tarde comenzaron las protestas.

En relación a la familia, tuve tres hijos, todos nacidos en dictadura, Vladimir nacido en 1974, Carlita en 1978 y Gabriela en 1983. Siempre vivimos con mis padres, fueron años muy duros. Pasé 3 o 4 años sin ser prácticamente papá de Vladimir. Nunca lo he hablado con mi hijo, pero un día a Vladimir le preguntaron cómo recordaba a su papá y respondió que lo recordaba siempre preso.

Durante las dos detenciones, mi familia pasó por situaciones fuertes de dolor y de angustia, particularmente en la última detención porque estuvimos en condición de desaparecidos durante 10 días. Esta era una de las crueldades "legales" de la dictadura. Pero yo y los demás compañeros no éramos conscientes del dolor y la angustia que sufría la familia por la incertidumbre, ya que se les negaba información sobre

² Por cierto, el lugar donde nos tuvieron todo el tiempo era la Policía de Investigaciones de Puerto Montt, en Egaña 60, actual Sitio de la Memoria.

la detención. Hoy, lo puedo entender y comprender. En un país donde la gente desaparecía o aparecía varado en una playa, la angustia de la familia debe haber sido enorme. Quiero rescatar el dolor y el llanto de mi madre y de todas las madres que tuvieron que pasar por situaciones análogas.

Reconozco el valor de todos los compañeros y compañeras que estuvieron en actividades de resistencia, que a pesar de los riesgos que corrían, continuaban trabajando contra la dictadura. Tuvieron que sobreponerse al miedo y al odio del sistema, odio por la muerte de los compañeros, por las torturas. Eran criminales cobardes pegándole a personas amarradas.

Finalmente, hay un tema que me queda dando vueltas y que no se ha reflexionado en todo el entorno de mi entrevista: la dimensión de afectividad humana no considerada en toda la dictadura y en las tareas de la resistencia, ¿qué quiero decir? Que somos una generación que se acordó de todo y de todos, pero se olvidó de sí mismo y de su entorno afectivo.

La compañera, el compañero, cumplió la tarea, aguantó la cárcel, la tortura, se incorporó a la resistencia (en todas las formas de lucha o en la acción pacífica). Estuvo y se la jugó. Pero, esa compañera, ese compañero no dimensionó el sufrimiento de ese conjunto de afectos que constituye su familia. Lo soslayó en nombre de la convicción y la tarea de echar al dictador.

Hablo por mí. Durante mucho tiempo no pensé en mi padre o en mi madre que, en mi primera detención, eran personas jóvenes, que sufrían por mí, porque no sabían dónde estaba o, cuando sabían, se imaginaban lo peor. Y acertaban.

Siento que en toda mi entrevista jamás me he referido a mi madre, a mi padre, a mis hermanas, adolescentes en la época, empapadas también del sueño del Gobierno Popular. Hoy, padre y abuelo, alcanzo a vislumbrar y a comprender un poco, todo el dolor e incertidumbre de mi familia por su hijo o hermano. Y me pongo en su lugar de sufrimiento pensando lo terrible que sería tener a mi hijo, hija o nietos desaparecidos, presos en un país donde se torturaba, fusilaba, se aplicaba la Ley de Fuga, aparecían cadáveres en las playas, ríos ... ¿cómo sería ese dolor?

No ocurrió, pero debió coexistir, unido a las convicciones, arrojo y compromiso, una dimensión de afectividad obligada para nuestros cercanos seres queridos.





Mimeógrafo y máquina de escribir utilizados para realizar el periódico clandestino "La Muralla" en los años 80 en Ancud

CLAUDIO RIGOBERTO MELIPICHÚN AVENDAÑO

Entrevista realizada el 17 de enero de 2020³.

Edad en el momento de la detención: 24 años.

Estado civil al momento de la detención: Soltero.

Edad actual: 70 años.

Lugar y fecha de detención: 12 de septiembre de 1973, en mi hogar
Avenida la Paz 1459, Ancud.

Centro de reclusión: Cárcel de Chin-Chin en Puerto Montt.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Estudiante de
la Escuela Normal de Ancud y dirigente del Centro de Alumnos.

Militancia Política: Militante del F.E.R (Frente de Estudiantes
Revolucionarios).

Relato de su detención

Nací el 13 de agosto de 1949, mi padre Francisco Melipichún, carpintero de rivera y urbano, mi madre Ángela Avendaño, dueña de casa y más tarde manipuladora de alimentos en el casino de la Escuela Normal. Ambos hoy fallecidos, pero eternamente en mi corazón.

Soy el mayor de 7 hermanos (4 hombres y 3 mujeres), el 1° y 2° básico lo estudié en la escuela de Caracoles y desde 3° a 8° año en la Escuela Superior de Ancud.

³ Por estar viviendo fuera de Ancud, situación que dificultó una entrevista presencial, Don Claudio Melipichún envió su entrevista por escrito.

La educación media en el liceo de Ancud, para más tarde ingresar a estudiar a la escuela normal para ser profesor básico por dos razones. Primero, porque me gustaba esa profesión, por el compromiso y hermosos relatos de mis profesores y, segundo, porque no tenía que ausentarme de mi ciudad. Y eso, pesar que al dar la P.A.A salí llamado a la Universidad de Chile sede Osorno en Biología, Universidad de Concepción Servicio Social y Universidad del Norte en Arqueología. Siempre estuve comprometido con los cambios sociales que el pueblo anhelaba, para terminar gran parte con las injusticias.

Mi primera detención fue el 12 de septiembre de 1973 alrededor de las 10 de la mañana, en mi casa ubicada en Avenida La Paz 1459 en Ancud, Provincia de Chiloé. Fui detenido por un gran contingente de carabineros y civiles, comandados por un mayor de carabineros de apellido Álvarez, quienes rodearon mi casa y apostaron la calle, fuertemente armados.

Fuera de mi casa fui tirado al suelo y golpeado con los pies, culatazos y palos. Luego me sacaron en vehículo fuera de la ciudad de Ancud y llevado a un lugar llamado Cuesta de Caracoles, donde fui vendado, amarrado de las manos en la espalda y bajado del vehículo. Fui interrogado sobre un supuesto armamento, dinamita y planes de asesinatos y destrucción. Luego dieron órdenes de fusilarme con fusiles SIG, armas que yo identificaba por haber hecho el servicio militar, afortunadamente después me di cuenta que era un simulacro, a pesar que sentía como pasaban balas en sus armas.

Más tarde fui trasladado en un avión militar a Puerto Montt, donde ya venían otros detenidos, algunos de Castro, Aysén, Palena, etc.

En el aeropuerto fui separado del grupo y trasladado por efectivos de la Fuerza Aérea, hacia un lugar cerrado (por el eco que producían las voces). Ahí fui golpeado brutalmente, haciéndome las mismas preguntas que me habían hecho los carabineros, agregándole sobre mis conocimientos de los grupos “marxistas” de la zona. Me sacaron de ese lugar y me trasladaron a otro, donde me sentaron en algo, dieron orden de que me fusilen, escuché el ruido de las armas y dispararon... pero al aire.

Fui trasladado en la noche de ese mismo día al cuartel de Investigaciones de Puerto Montt, donde fui reiteradamente interrogado, torturado con golpes, electricidad y amenazas de llevar a mis padres y hermanos al cuartel. En este grupo torturador estaba un teniente de carabineros que había trabajado en Ancud de apellido Tapia.

Finalmente, el día 18 de septiembre me llevaron a la Fiscalía Militar, de ahí me enviaron a la cárcel de Chin Chin, lugar donde ya los presos políticos ocupaban prácticamente un piso completo. En los días posteriores fui sacado de la cárcel en reiteradas ocasiones para ser interrogado en lugares apartados y en investigaciones, los métodos eran los mismos descritos anteriormente, esto se mantuvo inalterable hasta casi fines del 73, hasta que llegó Cruz Roja Internacional, se entrevistaron con cada uno de nosotros y confeccionaron una ficha.

Mis padres y hermanos sufrieron lo indescriptible por mi detención, ya que cada vez que iban a carabineros o investigaciones para preguntar por mi situación, la respuesta al principio era que nadie sabía nada y que los extremistas no tenían derecho a vivir.

Al mismo tiempo que empezaron a correr una noticia dramática: "Melipichún cuando lo llevaron a Puerto Montt, fue arrojado al canal de Chacao".

A pesar de todo ello mis padres no descansaban día y noche por encontrarme.

Había pasado cerca de un mes - y por esas casualidades de la vida - mi madre se encontró con una señora conocida y al contarle su tragedia, ella le manifestó que tenía un hijo detective en Puerto Montt, y que ese fin de semana llegaba a Ancud y ella le iba a preguntar si sabía algo.

Pasaron los días acordados, mi madre fue al domicilio de la señora y lo primero que hace ella al verla, le da un abrazo y le dice: "tu hijo está vivo y en estos momentos está en la cárcel de Chin Chin".

Pasaron los días y meses, ya no me llevaron más a declarar, hasta que el 13 de agosto de 1974, fui llamado por el fiscal, quien me comunicó que quedaba en libertad condicional, pero no podía salir de Ancud y debía firmar todos los viernes en la comisaría de carabineros.

Sin embargo, el 18 de agosto de 1974, nuevamente fui detenido en mi hogar por personal de investigaciones acompañados por carabineros de civil, según me dijeron que se revocaba mi libertad por considerarme un peligro para la sociedad. Fui trasladado y entregado en Parga por estas personas a otro grupo, quien me llevó directamente al cuartel de investigaciones de Puerto Montt, donde en dos o tres oportunidades, fui interrogado con respecto de con quién me había reunido, que hacían algunos personajes de la ex Unidad

Popular de Ancud, etc, etc., pero esta vez el trato fue diferente, las amenazas eran de tipo verbal.

El 4 de septiembre fui trasladado directamente a la cárcel de Chin Chin, desde donde nunca más se me llamó a declarar. Hasta que, en la mañana del 7 de noviembre de 1975, fui llevado a la fiscalía y el fiscal de apellido Ebensperguer, me comunicó que me iba en libertad, pero debiendo firmar semanalmente en carabineros, luego fue cada 15 días, más tarde una vez al mes. Pero me dijeron que si tenía que salir de la ciudad por algún motivo, debía pedir permiso en carabineros, donde quedaría estipulado, el motivo de la ausencia y el lugar donde me encontraría.

Estuve firmando por un año, hasta que, a fines de 1976, carabineros me comunicó que el fiscal había decidido dejarme en libertad definitivamente, por "no existir mérito en la causa".

En los años 1977-1978 trabajé en talleres artesanales organizados por el Obispado de Ancud y el último año hasta mediado de 1979 trabajé en FUNDECH (Fundación para el Desarrollo de Chiloé) dependiente del obispado, como auxiliar de servicio.

A pesar de que a fines de 1976 se declara la Libertad Total "Por no existir merito en la causa" y declarando inocencia de algo que no cometí, no encontraba trabajo, ni la posibilidad de terminar mis estudios profesionales, porque según el decreto fui "expulsado de la escuela Normal por no ser apto para ejercer la docencia", decreto firmado por el Ministro del Interior.

En enero de 1980 contraí matrimonio con Ana Almonacid Barrientos, profesora de educación básica, y frente a la situación de persecución y calumnias permanente de que era objeto, decidimos emigrar a la zona central, más específicamente a la provincia de Linares, Comuna de Longaví, sector de Rincón de Achibueno. Ana se hizo cargo de una escuela que estaba cerrada por falta de docente. Vivíamos en el mismo establecimiento y yo empecé a realizar trabajos agrícolas, más tarde pude hacer algunos reemplazos y al llegar la democracia, terminé mis estudios, obteniendo el Título de Profesor de Educación Básica, especializándome en matemáticas, cuyo segundo postítulo fue el año 2014.

Hoy día nuestra familia en Linares la componen 3 hijos y 2 nietos: Claudia que es matrona; Danilo, Ingeniero Civil; Tania, realizando tesis de Ingeniería Civil Geológica; Diego, esperando resultados de la PSU y Valentín de 7 meses.

El primero de septiembre del año 2019 jubilé como profesor, profesión que abracé con amor y compromiso social, porque estoy seguro que la educación con compromiso por el ser humano ayudará a liberar a los hombres y mujeres de nuestra tierra.

Puedo decir que después de esa gran tormenta de dolor y sangre, fui y soy muy feliz. Pero nunca olvidaré los que quedaron en el camino, como Carlos Mascareño Díaz, Francisco Avendaño Bórquez y tantos otros y otras que los mataron por tener como ideal el sueño de un mundo mejor.

Un homenaje de agradecimiento a mis padres, hermanos/as, y a toda mi familia que con el tiempo me ayudaron a mitigar y superar el dolor de esta dura experiencia de vida, la que espero que nadie en el futuro pueda enfrentar, porque es lo más aberrante para un ser humano.





Mural de homenaje a los cuatros jóvenes ancuditanos muertos por la dictadura en 1973, ubicado en Ancud.

PATRICIO MONTENEGRO MUÑOZ

Entrevista realizada el 18 de febrero de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: Don Patricio especifica que no fue detenido, que no fue preso político; pero que le pasaron varias cosas que las explicará en el relato.

Estado civil en el momento de los primeros hechos: Soltero, 22 años.

Edad actual: 67.

Lugar y fecha de detención: ---

Centro de reclusión: ---

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Para el golpe de Estado era estudiante en la Escuela de Economía de la Universidad de Chile, Santiago.

Militancia política: En Santiago simpatizante de dos partidos de izquierda, Partido Socialista e Izquierda Cristiana. En Ancud, mantenía relación con las Juventudes Socialistas.

Relato de los hechos

Soy nacido y criado en Ancud. Desde el año 1972 estaba estudiando en Santiago combinando estudios en un Liceo vespertino y trabajo. Di exámenes por libre y di la prueba de Aptitud Académica a final del curso, me fue bien. Regresé a Ancud y encontré a mi madre muy enferma de cáncer.

En febrero de 1973 Allende viajó a Ancud, para mí fue una gran alegría. Fue un viaje espectacular por la serie de actos e inauguraciones (Costanera, Gimnasio Fiscal y edificio de Correos y Telégrafos)

que realizó Allende y que eran muy importantes para Ancud; además de políticas de apoyo al campesinado.

El día 3 de marzo de 1973 falleció mi madre y eso para mí representó un duro golpe. Estaba hospitalizada en Valdivia. El 4 de marzo fueron las últimas elecciones parlamentarias en Chile antes del golpe y se complicó el traslado de mi madre. Un dirigente del partido Radical me ayudó con la gestión y logré traer en ambulancia a mi madre a Ancud.

Fui aceptado en la Universidad de Chile en Santiago y mi familia me animó a ir y no perder la oportunidad. Me costaba por la tristeza de la muerte de mi madre.

Viajé a Santiago. La Universidad de Chile tenía dos sedes de la Facultad de Economía en Santiago: Occidente y Norte, tema que yo no acababa de entender. Elegí la sede Occidente pensando que era más central. Pero la diferencia entre las sedes no era la ubicación geográfica, ya que después me di cuenta de que ambas sedes estaban solo a dos cuadras, sino que la diferencia era política. Debido a la confrontación ideológica, la Facultad de Economía en la Universidad de Chile se había dividido en dos facultades. En la sede Occidente, la que yo había elegido, estaba la Facultad de Ciencias Económicas controlada por la derecha y la Democracia Cristiana. Ahí estaba Patria y Libertad con material de acciones violentas (garrotes con puntas, etc.). Todos los días hacían manifestaciones. Fue complicado el primer semestre porque el hogar universitario que me habían adjudicado era el Rafael Correa Fuenzalida, donde mayoritariamente iban estudiantes de izquierda (este hogar posteriormente fue centro de tortura de la DINA). Este hogar estaba situado frente a la sede Norte, que correspondía a la Facultad de Economía Política. Como yo asistía a la sede Occidente, generaba desconfianza en el hogar de estudiantes. Finalmente logré cambiarme de Facultad para el segundo semestre.

En agosto eran las vacaciones de invierno y viajé a Ancud. Al regresar a Santiago los primeros días de septiembre, ya quedé sorprendido por el control policial que había en la carretera, a buses, autos, etc. Se conducía muy lento, sobre todo en el sur, donde la derecha estaba en las carreteras.

Llegué a Santiago y el 4 de septiembre se celebraban los 3 años del compañero Allende, en la Plaza Bulnes. Las clases comenzaron el 10 de septiembre. Conocí algunos estudiantes exiliados de otros países que tenían regímenes militares: Paraguay, Bolivia, Brasil, Guatemala, con los cuales había mucha solidaridad. También tuve cercanía con un compañero de Puerto Montt que me había apoyado cuando yo estaba triste. Este compañero fue torturado y murió en el exilio. En el hogar fui compañero de pieza de Sergio Reyes Navarrete, hasta hoy, detenido desaparecido. Se supo que había sido detenido en ese lugar porque cuando se lo llevaban gritó su nombre frente al conserje del hogar (a quien la DINA amenazó de muerte si hablaba). Se le presentó en la lista de miristas como fallecidos en un enfrentamiento en Argentina.

El día 11 de septiembre, estaba en el hogar junto a aproximadamente 60 estudiantes. Un compañero peruano nos invitó a ir a la embajada de Perú, él tenía contactos e iba a ir a refugiarse. Pero nadie quiso ir.

A las nueve de la mañana se celebró una asamblea en la facultad y se decidió ir a la Escuela de Ingeniería, situada al lado del Regimiento Tacna, asamblea convocada por el Comité de la Unidad Popular (CUP). Ahí se dijo que había que organizarse por grupos, que fueran liderados por los compañeros que tenían conocimiento de manejo de armamento. Ni hombres ni mujeres sabíamos manejar armas. Veíamos pasar las tanquetas pero no sabíamos si eran leales o no.

Con otro compañero fuimos a ofrecernos a la fábrica Yarur para ayudar en la defensa. Reconozco que fue una locura. Pero ahí nos dijeron que

nos fuéramos, que no valía la pena que arriesgáramos nuestras vidas, que la batalla no tenía vuelta, que no había capacidad de respuesta desde el cordón industrial. Ahí lloramos abrazados. Regresamos al hogar. No teníamos dónde ir. Muchos compañeros se habían ido a casas de familiares. Escuchamos el último discurso de Allende.

Tipo 13.30 horas nos dijeron que el comandante del regimiento Tacna nos daba un plazo hasta las dos de la tarde para que nos retiráramos, sino bombardearía la Escuela de Ingeniería.

Nos fuimos con 6 u 8 compañeros/as a la casa de uno de ellos. Vimos los tanques Sherman del ejército norteamericano en las esquinas cercando la Moneda. Decidimos separarnos. Nos detienen unos conscriptos, muy nerviosos, sin saber lo que hacían. Nos dejaron pasar, llegamos a la casa del compañero. Escuchamos radio Moscú que comentaba la reorganización del ejército en Concepción con el General Prats.

Después de un tiempo, pedí permiso para retirarme del refugio. Me sentía incómodo, estaba nervioso en ese lugar, era el barrio alto. Se me negó la salida. Entonces, en el baño, me herí la nariz para tener sangre de narices y salir con permiso por razones de enfermedad. Alrededor de las 5 de la tarde pude salir. Salí del lugar y después me enteré que a los 10 minutos llegó una patrulla y se llevó a todos los compañeros al Estadio Nacional. Entre caminar y hacer dedo llegué de vuelta al hogar un minuto antes del toque de queda. Ahí me junté con otros compañeros.

Los días 12, 13 y 14 fueron muy duros. Nos allanaron tres veces. Había una comisaría muy cerca que sabía que en el hogar había muchos estudiantes de izquierda. Estos carabineros realizaron el primer allanamiento, éramos alrededor de 20 estudiantes. Nos golpearon mucho con las metralletas, buscaban a algunos compañeros específicos

que estaban en una lista. No encontraron a ninguno. Se enojaron mucho, nos maltrataron y nos hicieron simulacro de fusilamiento en un garaje. El miedo era incontrolable. Se llevaron a un joven estadounidense que era periodista "free lance". Le decían "baila esta cueca gringo concha de tu madre, sino te matamos". Le disparaban para que saltara. Nunca más supimos de él. Muchos años después intenté localizarlo a través de la Embajada de los EEUU, para dar testimonio de lo sucedido, pero nunca recibí respuesta. Los carabineros se retiraron pero nos dejaron amenazados de que no nos moviéramos de ahí.

Después llegó el ejército. Nos acusaron de tener "miguelitos", pero los traía el propio ejército. Nos sacaron a la calle, ahí había más jóvenes de ambos sexos. Nos obligaron a tendernos en la calle. Los milicos pasaban corriendo por encima de nosotros con las metralletas, nos pegaban fuerte con los tacones. Se nos colocó al lado un camión con una gran metralleta, comenzó a disparar pero al aire, para amedrentar. Había un compañero que tenía epilepsia, le dio un ataque, y un soldado le pegaba con la culata para que estuviera quieto. Yo le dije que estaba enfermo, que no podía contenerse. Dejaron de pegarle. Después nos dejaron por intervención de un militar que había estado en ese hogar.

Saltando muros llegamos a la Escuela de Ingeniería. Solo encontramos a un joven que había logrado esconderse, estaba en estado de shock, llorando y temblando. Los militares habían cortado todos los colchones buscando armamento o sustancias peligrosas relacionadas con el Plan Z. Por supuesto que no encontraron nada, pero se habían llevado a todos los estudiantes excepto al que encontramos nosotros.

Después hubo el tercer allanamiento por parte de la Fuerza Aérea del Bosque. El trato fue muy violento, muy agresivo. Nos subieron a un camión, donde además iban dos o tres milicos. Recuerdo que la gente en la calle aplaudía al paso del camión. Y se dio una situación particular.

A lo lejos se escuchaban disparos y uno de los “cuidadores” del camión sufrió algún tipo de trastorno y comenzó a disparar llorando. El camión paró, sin saber qué sucedía. En un momento pensaron que había sido cosa de los detenidos. Redujeron al soldado. Los otros soldados nos contaron que para ellos estaba siendo duro, que llevaban varias noches sin dormir y solo tomando café. Nos llevaron a la Base Aérea del Bosque a un gimnasio cubierto. Ahí los oficiales, dirigiéndose a los estudiantes de la FACH, decían: “alumno, tiene que golpear a sus prisioneros”, puesto que se decía que estábamos en guerra. Entonces comenzaron los golpes con las culatas. Los que nos pegaban temblaban, pero tenían que obedecer. Nos preguntaban por las armas, por los enlaces, los cómplices. Al final, nos dejaron salir de ahí con las manos en la nuca y en fila india. Yo regresé al hogar.

También en esos días en dos oportunidades acompañé a la polola de un amigo detenido al Estadio Nacional para llevarle frazadas y ropa.

Los días después del golpe me marcaron totalmente por las atrocidades que vi y que viví. Yo tenía un amigo de Ancud que era funcionario de la FACH y cuando me fui a estudiar a Santiago, antes del golpe, en mayo o junio, me invitó al Club Aéreo donde trabajaba y dormía. Me invitó a que me quedara por la noche para conversar. Al Club iban oficiales de la Fuerza Aérea a hacer camaradería. Ahí, detrás de una puerta, escuché una reunión de varios oficiales, enfurecidos, hablar muy mal de Allende y de la Unidad Popular. Por lo que decían se deducía que ya estaban creando el ambiente para el golpe. Estuve muy cerca de que me descubrieran. De mi amigo nunca más supe.

Regresé a Chiloé el día 15 o 16 de septiembre que ya circulaba un tren. El tren iba abarrotado de gente del sur que trabajaba en Santiago. En cada estación se subían soldados con metralletas. Fue un viaje larguísimo.

Estando en Ancud volví a dar la prueba para entrar a la universidad. Me fui a Valdivia a estudiar agronomía, solo estuve un mes, todavía estaba muy mal por lo que me había pasado en Santiago. Me desplazé a Osorno, ahí acabé Ingeniería de Ejecución Agrícola en la Universidad de Chile, pero con muchas dificultades por la situación y la diversidad de pensamiento de los compañeros. Acabé la carrera, pero el tema laboral fue muy complicado. Hice cursos de capacitación, trabajé en Chilolac y en otros lugares.

Relato a continuación algunos episodios posteriores que guardan relación con problemas políticos:

Participé normalmente en acciones con un grupo de izquierda; aunque en la panfletada en la que detuvieron a una serie de compañeros, yo no participé.

Sí participé en el rescate del cuerpo de un compañero (José Cárcamo) de Ancud que estaba en Puerto Montt. Estuve en el cortejo, seguido por una fuerte escolta de carabineros con cascos y metralletas. No era un destacamento de honor. Pero un compañero de fuera se presentó con uniforme verde oliva e insignia del Che Guevara, lo cual hizo que todos pasáramos mucho miedo y nos preguntábamos para quién trabajaba el compañero. Era un comportamiento absurdo.

Otro episodio. Una protesta que se convocó a nivel nacional, se hizo también en Ancud. Me junté con otros compañeros en la Plaza con mucho miedo todos. A mí me agarró un carabinero que llamaban "Paco Álvarez", cuyo padre era un obrero socialista; pero él era muy perverso. Me torció los brazos con mucha fuerza. Fui detenido con otros compañeros. Sufrimos muy mal trato. Nos dejaron en un calabozo. Ahí nos animamos y cantamos "me ha llegado una carta". Los pacos estaban enfurecidos. Hubo mucho abuso de los pacos.

En otra protesta que fui detenido, nos llevaron a un gimnasio, nos pusieron boca abajo con las manos en la nuca, inmóviles. Pedí permiso para ir a orinar y no me lo dieron. Un periodista de la radio Estrella del Mar que estaba cubriendo el hecho, habló por la radio. Así todo Chiloé y buena parte del sur de Chile se enteró de lo que estaba pasando en Ancud. Fue tal la resonancia de la protesta que vino el coronel de carabineros de Castro. Llegó también al gimnasio, nos puso de pie, y preguntó las razones de la detención de esas "personas". Y preguntó por los malos tratos por lo dicho por la radio Estrella del Mar. Yo expliqué los malos tratos y además que no me habían autorizado a ir al baño. El coronel preguntó al carabinero correspondiente el porqué de la negativa, y este comenzó diciendo "es que el prisionero", a lo cual el coronel lo emplazó preguntándole si es que estábamos en guerra y le dio dos fuertes golpes en la cara, tratándolo de estúpido. El coronel continuó diciendo que esas personas (los detenidos) merecían respeto; "si se manifiestan, el trato debe ser proporcional a cómo se manifiestan" y mandó a que me acompañaran al baño. Después nos pusieron en libertad previo chequeo.

Otro episodio. En 1984, yo estaba sin trabajo y deambulaba entre el Programa de Empleo Mínimo (PEM) y el Programa para Jefes de Hogar (POCH), con subsidios miserables. Un día vino a mi casa un amigo, maestro soldador y expreso político, a quien le había pedido que me hiciera un brasero. Yo vivía con mi esposa (viuda) y dos hijos (de 12 y 4 años) de ella. Después de conversar con mi amigo, lo acompañé a la calle. Ahí había una botillería de otro amigo donde tenían un equipo de basket del barrio. Me quedé conversando desde fuera de la ventana con los amigos de dentro de la botillería. De repente, a mi espalda, una fuerte voz me ordena manos arriba, manos en la nuca y me cachean. Era un civil. Era un carabinero conocido como Choto. Me pide el carnet porque me acusa de un hecho subversivo. No tenía el carnet porque

lo había dejado en casa. Me esposa. Mis amigos de dentro totalmente sorprendidos. Les digo que le avisen a mi compañera. El carabinero siempre con una pistola en la mano, me lleva detenido. Mi esposa nos alcanza en la calle con el carnet y pregunta por qué iba detenido. La mujer enfrentó al paco en la calle, diciéndole "te voy a agarrar a patadas acá y te voy a sacar la mugre", "tú que eres un pobre paco no te vas a comparar con mi marido que es un profesional universitario, él vale mucho más que tú en muchos aspectos". Ella, muy nerviosa y enojada, lo obligó a quitarme las esposas. Al día siguiente, fui al Departamento de Derechos Humanos del Obispado de Ancud, me entrevisté con el director, Francisco Valiente, (este señor junto con el obispo, Juan Luis Ysern le salvaron la vida y la libertad a muchas personas) también director de la Fundación Diocesana para el desarrollo de Chiloé. La radio Estrella del Mar transmitió todo el día la situación que había vivido.

El problema era que con estos incidentes quedábamos señalados, vetados en el sistema público para el trabajo. Esta situación la viví dos veces, una vez que quise postular a una plaza en el hospital, ni siquiera me recibieron los papeles. En otra ocasión me presenté a un cargo de inspector en un internado para el servicio de educación, pero el puesto fue otorgado antes del plazo. Reclamé a la directora, quien había recibido mis papeles, por considerar una situación injusta, pero ella se encolerizó, se mostró muy grosera, amenazándome de llamar a los carabineros.

Así, esos fueron algunos de los daños colaterales que recibimos las personas que nos creímos lo que la sociedad nos pedía: educarnos, ser personas honradas, aunque teníamos un pensamiento político distinto, lo cual entiendo que es una garantía en democracia, pero estábamos en dictadura.



Mural de homenaje a los cuatro jóvenes ancuditanos muertos por la dictadura en 1973, ubicado en Ancud.

JOSÉ BAUDILIO NEHUEL CARIMONEY⁴

Entrevista realizada el 25 de agosto de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 38 años (primera detención).

Estado civil en el momento de la detención: Casado, 4 hijas y 4 hijos.

Edad actual: 83 años.

Lugar y fecha de detención: Estuvo detenido tres veces. La primera el 12 de septiembre de 1973.

Centro de reclusión: Comisaría de Castro y cárcel de Chin Chin.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Capataz de una obra en Castro y Presidente del Sindicato de la Construcción.

Militancia política: Partido Socialista.

Relato de su detención

Don José es oriundo de Quellón, pero desde que comenzó a trabajar, se dedicó a la construcción y, por tanto, se movía por Chiloé dependiendo del lugar dónde se realizaban las obras. Básicamente, vivió en Ancud. Desde 1965 militaba en el Partido Socialista. Era presidente del Sindicato de la Construcción; y siguió ahí hasta 1995.

La primera vez que lo detuvieron, el 12 de septiembre de 1973, estaba de capataz en una obra en Castro, el edificio de la Gobernación. Lo detuvieron como a las 10 de la mañana en su casa. Lo sacaron vendado, con tres metrallas por las costillas. Los hijos recuerdan la imagen,

⁴ En el momento de la entrevista, Don José Nahuel se encuentra muy delicado de salud y tiene dificultades para realizar el relato de su detención. Razón por la cual, colaboran en el relato una hija y dos hijos que están presentes. Tienen conocimiento de los hechos tanto por recuerdos propios, como por lo que les había contado su papá y por un escrito hecho anteriormente por Don José donde relataba lo que le había sucedido.

todos lloraban. Ese día se llevaron a mucha gente de la construcción, los acusaban de marxistas.

Don José fue conducido primero a la Comisaría de Ancud, después lo llevaron a Puerto Montt, pasa por la PDI y después trasladado a Chin Chin. Ahí estuvo aproximadamente un año. No hubo tortura. A veces le daban libre el fin de semana para que visitara a la familia. Cuando lo soltaron, ya vivían en Ancud. Salió con orden de no salir de Ancud.

La segunda detención fue en 1983, lo detuvieron acusado de desórdenes públicos en Ancud. Detuvieron a ocho compañeros que estaban manifestándose. Los llevaron a Chin Chin, ahí estuvo unos 15 días.

La tercera vez que lo detuvieron fue el 27 de septiembre de 1986 en su casa, en Los Alerces. Los hijos y la hija recuerdan muy bien la fecha. Esta detención, como muchas otras, fue consecuencia del atentado a Pinochet. Ese día, como a las 7.30 de la mañana, llegaron a casa muchos autos blindados y con mucha gente, vestidos todos de negro y con capuchas poco antes de las 8 de la mañana. Entraron de golpe, a los hijos/as los arrinconaron y apuntaron a cada uno con una metrallera. A don José, rápidamente lo vendaron, esposaron y engrillaron, se lo llevaron y allanaron toda la casa. Lo acusaban de participar en movimientos terroristas. Afuera muchos rodearon la casa. Fue un verdadero secuestro.

Después que se lo llevaron, los hijos comenzaron a buscarlo, hablaron con la Vicaría en Ancud. En la Vicaría tomaron el caso, salieron en vehículos a buscarlo. La reacción de la Vicaría fue muy rápida. En la radio y en los medios de comunicación a nivel nacional comenzó a aparecer como secuestrado. Los hijos comentan que la radio Estrella del Mar los entrevistó para desmentir la noticia que habían dado otros periodistas –ceranos a la dictadura- que avalaban que en casa de Don José se habían encontrado armas. También creen que el hecho de que

la Vicaría estuviera detrás del caso, fue motivo para que no lo mataran, porque lo amenazaron mucho mientras lo trasladaban. Don José les había contado que cuando lo trasladaban lo llevaban oscuro y él no sabía por dónde iban. Pero le decían: a este huevón lo debíamos tirar, y que no aparezca más. Frente a la detención de Don José, una tía de Santiago escuchó la radio y vino a Ancud a hacerse cargo de los niños y niñas.

Por la Vicaría los/as hijos/as supieron que lo habían llevado a Valdivia, pero no sabían a qué lugar exacto. Después supieron que estaba en el Gimnasio Cendyr. Ahí llegaban dirigentes de toda la región. Había orden de detener a todos los dirigentes.

Fue la detención más dura. Estuvo en un subterráneo con otros compañeros, muy torturado: lo estiraban, le pegaban con combos de goma, lo pateaban hasta dejarlo inconsciente, lo mojaban y le ponían electricidad en todo el cuerpo, incluido en los testículos. Otro castigo era tenerlo bajo una gotera de agua en la cabeza durante todo el día. Eran golpes sin piedad, lo dejaron tartamudo.

Interviene don José: “Valdivia fue la parte más dura. Daban ganas de morirnos. ¿Cómo un ser humano pudo tan dramáticamente sufrir así? No había contemplación. En cualquier momento parecía que me iban a matar: golpes con fierros, gomas y látigos, con lo que tenían en sus manos. No se cómo resistíamos. Fue tan duro, tan duro, tan dramático. No se sabe lo que resiste el hombre. Eran canallas”. Después de pasar dos semanas en Valdivia, lo trasladaron a la Gendarmería de Ancud, en la calle Almirante Latorre. Ahí ya no hubo interrogatorios. En total estuvo aproximadamente un año. Quedó libre en 1987.

Recuerda la hija que antes de esta tercera detención, a Don José le habían llegado muchas cartas con amenazas de muerte para él y amenazas de abusos para sus hijos/as. Pero en el allanamiento se llevaron todo ese material: las cartas, fotos con dirigentes políticos, etc.



Mural de homenaje a los cuatros jóvenes ancuditanos muertos por la dictadura en 1973, ubicado en Ancud.

JOSÉ ÓSCAR PÉREZ CÁRCAMO

Entrevista realizada el 10 de mayo de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 21 años.

Estado civil en el momento de la detención: Soltero

Edad actual: 67 años.

Lugar y fecha de detención: Puerto Montt, noviembre de 1973.

Centro de reclusión: Servicio de Investigaciones (le llamábamos “Palacio de la Risa”) y cárcel de Chin Chin.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Estudiante de cuarto medio.

Militancia política: MIR, toda mi familia era del MIR.

Relato de su detención

A partir del 11 de septiembre, yo seguí estudiando, vivía en casa de una tía. En esa casa sufrimos tres allanamientos porque buscaban a un tío mío que era del MIR y era el hombre más buscado de Puerto Montt. Para no seguir perjudicando a esa tía, decidí trasladarme a casa de otra tía. Esta tía tenía un yerno que era carabinero. Jamás pensé que me iba a traicionar, pero lo hizo. Una noche, como a las 11 de la noche, llegaron tres personas del SIM, después supe que se trataba de dos carabineros y un milico. Al momento de mi detención, el yerno de mi tía sacó una pistola y me apuntó, diciéndome que no me moviera, ahí le dije, tú me denunciaste, él lo negó, pero entonces yo le pregunté que por qué me estaba apuntando. Le dije, abre la puerta y que me detengan, no tengo ningún problema porque yo no he hecho nada.

Entraron. Lo primero que hicieron fue pegarme un culatazo, botarme al suelo, darme un par de puntapiés en las costillas, me esposaron, me embarrilaron con un lazo. Para subirme a una camioneta, uno me tomó de los pies y otro del pelo (yo tenía mucho pelo entonces), y así como quien tira un saco de papas me tiraron a la camioneta. Me llevaron. Ya era toque de queda. Al llevarme se detuvieron en la Cuesta Ejército, ahí donde hay un barranco, pensé que me iban a asesinar. Me estuvieron balanceándome en el barranco, creo que me querían eliminar. Pasados los primeros segundos de ese instante, uno asimila que va a morir, y no es que yo sea un valiente, sentí mucho miedo, como todos los jóvenes que no queríamos morir. Ya habían asesinado a un tío mío, José Mario Cárcamo Garay, uno de los seis ejecutados en Puerto Montt.

Posteriormente, el jefe de la patrulla dijo, mejor llevémoslo a Investigaciones, allá lo van a hacer hablar. Nuevamente me tiraron a la camioneta, pero después me bajaron y me pusieron dentro de la camioneta. Ahí me llevaron a puro golpe hasta que llegamos a investigaciones. Ahí me dejaron esposado, incomunicado en un calabozo toda esa noche. Había más gente detenida en una sala más grande que se llamaba la Patilla. Al otro día alrededor de las seis de la tarde llegaron a buscarme para interrogarme. Me sacaron del calabozo, vendado, amordazado y engrillado. Me subieron al segundo piso a una pieza donde hacían los interrogatorios. Me quitaron la mordaza pero no la venda ni las esposas. Ahí empezaron las preguntas típicas que nos hacían a todos los que detenían por política. Preguntaban por las armas, me decían que sabían que yo era traficante de Temuco al sur y cuando lo negaba, empezaban los puñetes. Si me caía al

suelo, me volvían a agarrar del pelo y me ponían de nuevo de pie. Las preguntas no tenían sentido para mí, porque yo no había hecho lo que ellos decían. Eran preguntas que yo no podía responder, lo cual era causa de golpes y más golpes. No sé cuánto tiempo estuve allí, probablemente alrededor de hora y media. Me bajaron arrastrando, me tiraron a un calabozo y ahí estuve. Seguía esposado. Pero en la refriega de golpes y patadas, uno de ellos me pisó las esposas, que quedaron prácticamente incrustadas en mis manos. Cuando las manos se me empezaron a hinchar, el auxiliar accedió a aflojarme las esposas, si no, creo que hubiera perdido la mano. Como entonces yo era muy delgado, pasé como pude las manos para adelante. Estuve 8 días sin comer. El auxiliar me pasó un poco de agua. Los que estaban en la Patilla, me pasaron algo para comer, pero yo no tenía hambre. Después de esa primera sesión de tortura, me di cuenta que todo el día había interrogatorios y duraban como mínimo una hora; podían durar hora y media o dos horas, dependiendo de las personas.

Después de 15 días me volvieron a interrogar, ese segundo interrogatorio fue peor. Fue terrible. Me desnudaron el torso y me quitaron los zapatos, me pusieron en la parrilla, previamente me tiraron agua. Entonces me aplicaron mucha corriente. Y las preguntas de siempre, por las armas y nombres de compañeros que formaban parte de mi grupo con los cuales traficaba. Preguntas que se repitieron en los tres interrogatorios que tuve. Me dejaron descansar después de eso, perdí el conocimiento. De nuevo al calabozo, no sé cómo bajé la escala. Cuando comencé a recordar cosas, ya estaba tendido en el camastro del calabozo. Ahí permanecí un par de días y me trasladaron a la Patilla, donde había más gente detenida. Ahí pude conversar con

algunos detenidos, lo cual alivia mucho. Unos a otros nos dábamos ánimos. Diariamente sacaban a alguno o venían de Chin Chin a sacar a alguien. Cuando se abría la puerta, a alguien le tocaba. Además del dolor físico, estaba el dolor psicológico que era horrible, porque se escuchaban los gritos de la gente que estaba siendo torturada, eso era terrible, peor que lo que a uno le pasaba. Varias veces fueron a tirar a gente que después de la tortura quedaba inconsciente y lo iban a tirar a la Patilla. Nosotros recogíamos al compañero y con la frazada que tenía cada uno, le hacíamos una cama, para que pudiera descansar. Una vez tiraron a una persona totalmente inconsciente y tuvimos que estarla cuidando dos días, sentados a su alrededor, le dábamos agua. La familia podía llevar comida, compartíamos lo poco que llegaba. Mi familia supo que yo estaba ahí después de diez días. Es una experiencia terrible, y vuelvo a repetir el daño psicológico por las torturas de los compañeros era horroroso; muchos nos quebrábamos allí y nos poníamos a llorar sentados en un rincón.

En la Patilla, estuve el resto de los días que faltan para los dos meses que estuve en Investigaciones. El tercer interrogatorio fue un interrogatorio mudo. Me subieron para interrogarme, me empujaron a la pieza de los interrogatorios y no sé si eran o dos tres personas que me dieron una carga de churrazos. El churro es un alambre trenzado de cobre forrado con goma, medían unos 80 centímetros. Sentía que me pegaba una persona de frente, y el golpe me azotaba la espalda y me llegaba hasta la cola. Lo que no me golpearon fue la cabeza; una sola vez alguien me golpeó y otro le dijo, en la cabeza no. Me dieron mucho, no sé cuánto rato sería. Quedé con la espalda redonda, hinchada; también los muslos, los pies, los brazos y no me

preguntaron absolutamente nada. Después me dejaron tirado ahí. Posteriormente llegó el auxiliar de Investigaciones y él me fue a buscar para llevarme nuevamente a la Patilla.

Después de eso estuve como un mes más y me llevaron a la Fiscalía. El motivo de mi detención fue una acusación de traficante de armas, pero nunca hubo proceso. En la Fiscalía me preguntaron por mi militancia, qué pretendíamos hacer, qué planes teníamos. Fueron dos o tres preguntas. Y me mandaron a Chin Chin incomunicado. Llegué a las celdas de castigo, y allí estuve un mes y medio incomunicado. Me sacaron para llevarme de nuevo a la Fiscalía para carearme con un compañero, Carlos Mascareña, que después murió en Chin Chin producto de la tortura. Yo lo conocía del Liceo de Ancud, posiblemente él dio mi nombre porque yo nunca mencioné a nadie. Muchas veces la gente también mencionaba a una persona que uno había conocido antes de la dictadura. Uno tendía a olvidar nombres porque fue el mecanismo de defensa que se utilizó para no perjudicar a nadie. En el careo, él dijo lo mismo que yo, que nos conocíamos de cuando estudiábamos en el Liceo de Ancud. Las preguntas volvieron a ser las mismas, sobre las armas, lo que pretendíamos, matar a gente inocente, etc., pero en la Fiscalía no golpeaban. Mis interrogatorios se basaron siempre en el tráfico de armas. Yo les decía que fueran al liceo donde estudiaba, que tenía una asistencia continua, lo cual significaba que no me ausentaba para hacer otro tipo de actividades. Intentaban culparme de algo que yo no había hecho. No fue muy largo el careo, después nos mandaron a Chin Chin nuevamente. Ahí volví en libre plática.

La estancia en Chin Chin, fue semejante a la de los presos comunes. Estábamos separados de los comunes. Había muchos compañeros conocidos de todos los partidos políticos. Cuando yo estuve, creo que éramos más o menos unos 600, pero dicen que pasaron como 1.800 por Chin Chin. Por la mañana nos sacaban al patio, después nos paseábamos por el pasillo, se podían recorrer todas las celdas. Nos daban comida y las familias también podían llevar. Más adelante tuvimos derecho a visita. El día 24 de agosto de 1974, un guardia de gendarmería me llamó a viva voz en el pasillo, junto a otros siete. Ahí me soltaron. Aunque previamente tuve que firmar ante un notario en el cual me comprometía a no participar en política, a no trabajar en ninguna repartición pública. La mayoría de los que salimos ese día éramos de Ancud. Prácticamente nos mandaron relegados a Ancud, yo estuve cinco años firmando, cada viernes. La despedida de los compañeros fue emotiva. Todos nos despedían contentos. Uno se iba contento pero también triste porque quedaban muchos compañeros encerrados. Afuera había mucho miedo, por lo tanto, era difícil que alguien te ayudara. Yo regresé a Ancud a vivir en casa de mi abuela. Fue complicado después el trabajo. Trabajé de obrero en la construcción, después como auxiliar en un bus, ahí conocí el oficio y llegué a ser conductor, manejé varios años un bus que iba al campo, hasta que me vine a la ciudad a trabajar en un taxi. Hasta ahora, que sigo siendo chofer de locomoción colectiva.

Después participé en algunas actividades contra la dictadura. Aquí en Ancud fuimos la segunda ciudad de Chile en hacerle una protesta a Pinochet. Seguramente fue en los ochenta, no recuerdo bien.

Ya han pasado cuarenta años. Son cosas que uno no quiere recordar muy a menudo. Son muy dolorosas, mucha gente sufrió lo mismo que uno.

Me imagino que la angustia de la familia antes de poder verme era grande, además ya había un familiar muerto, el tío Mario. Y otro tío estaba desaparecido, después supimos que se había exiliado en la embajada italiana.





Calabozos, ex cárcel de Chin Chin. *Archivos de la Memoria*

JOSÉ SERGIO RAMÍREZ ALTAMIRANO

Entrevista realizada el 4 de abril de 2019 en Ancud⁵.

Edad en el momento de la detención: 41 años.

Estado civil en el momento de la detención: Casado, ocho hijos (esposa embarazada).

Edad actual: 86 años.

Lugar y fecha de detención: 25 de Octubre de 1973, Chepu, Ancud.

Centro de reclusión: Comisaria de Carabineros e Investigaciones, Ancud.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Encargado de Aserradero en Asentamiento Estatal de Chepu.

Militancia política: Simpatizante Partido Comunista.

Relato de su detención

En el momento que fui detenido me encontraba trabajando en las labores cotidianas del Aserradero de Chepu con la gente que tenía a mi cargo, momento en el cual llegó un camión de militares premunidos de armas de fuego, y procedieron a detenernos, ya que de alguna forma ellos pensaban que pertenecíamos al partido comunista o militábamos en algún grupo en contra de la dictadura militar.

⁵ El estado emocional y de salud de Don José Sergio no le permitió responder la entrevista, aunque lo intentó. Su hija, Edith Ramírez, nos hizo llegar este relato que en alguna ocasión Don José Sergio había escrito y explicado a su familia.

Fuimos subidos a la fuerza al camión, en todo momento amenazados con las armas que ellos portaban, dicha detención se realizó frente a nuestras familias, en mi caso tenía 8 hijos y mi esposa se encontraba embarazada de mi hija.

Posterior a esto, fuimos llevados a la comisaría de Ancud, donde siguieron amedrentándonos y preguntándonos si teníamos armas escondidas o material en contra de la dictadura; todo el período que estuvimos detenidos (2 meses) siempre existió el miedo a que nos trasladaran a Puerto Montt, ya que los rumores eran que en esos centros torturaban a los compañeros, u otros eran enviados a otros centros de los cuales no regresaban.

Deambulamos durante esos meses entre la comisaría e investigaciones, sin que nos informaran el porqué de nuestra detención, los familiares solo podían llevarnos comida, pero no hablar con nosotros.

Respecto a mi familia, como el lugar donde vivíamos pertenecía al Estado, debieron salir de ahí, ya que se les pidió abandonar el lugar, mi esposa e hijos se refugiaron en la casa de mi suegro en la zona urbana de Ancud, lugar donde nació mi hija (30 de Octubre 1973).

En ese lugar nos mantuvimos después que me liberaron y por muchos años más, ya que por haber sufrido la detención, me fue imposible encontrar un trabajo y mantener a mi familia, solo trabajos esporádicos con lo cual no alcanzaba para los gastos básicos de una familia, tampoco

podía optar a algún beneficio estatal, por mi condición.

Es todo cuanto puedo informar.

~~~~~



Monumento de homenaje a los cuatro jóvenes ancuditanos muertos por la dictadura en 1973, ubicado en Avenida Salvador Allende, Ancud.

# HÉCTOR HERNÁN SALDIVIA OTEI

Entrevista realizada el 19 de julio de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 30 años.

Estado civil en el momento de la detención: Casado.

Edad actual: 75 años.

Lugar y fecha de detención: División de Sanidad Vegetal del Servicio Agrícola Ganadero (SAG), Quinta Normal, Santiago, el 28 de septiembre de 1973.

Centro de reclusión: Estadio Nacional Santiago.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Administrativo en el SAG.

Militancia política en el momento de la detención: MAPU.

## Relato de lo sucedido

**N**ací en Ancud en 1943 y estudié en Ancud hasta los veinte años. En 1964 me fui a estudiar a la Escuela Normal Superior José Abelardo Núñez de Santiago, mi interés era seguir una carrera universitaria. Mi familia no tenía recursos para financiarme, entonces yo pensaba que estando en Santiago tendría más oportunidades para entrar a la universidad. Después de tres meses, me retiré de la escuela Normal y empecé a trabajar en la Caja de previsión de los FFCC del Estado. Pero rápidamente ingresé a un Instituto a prepararme para el bachillerato.

En enero de 1965 rendí las pruebas del bachillerato, obteniendo un muy buen puntaje. Me daba para ingresar a estudiar ingeniería u otras

carreras. Pero por limitaciones económicas no lo podía hacer ya que ingeniería exigía jornada completa. En cambio, Administración Pública tenía dos cosas que a mí me gustaban, era una carrera relacionada con administración y economía, y contaba con horario vespertino, lo cual hacía posible, trabajar y estudiar. Así, en marzo de 1965 entré a estudiar Ciencia Política y Administrativa para Administrador Público, en la Universidad de Chile, egresando en diciembre de 1968. En 1969 hice la práctica industrial y me titulé en 1970.

Empecé a buscar trabajo. Primero estuve trabajando en el Servicio Médico Nacional de Empleados (SERMENA, hoy FONASA) hasta el 26 de julio de 1971.

Desde 1964 yo militaba en la Democracia Cristiana, participando en la marcha de la patria joven y en la revolución en libertad del gobierno liderado por Eduardo Frei Montalva. Posteriormente participé en la creación del MAPU, en 1969, con el objetivo de construir un Chile Nuevo y el Hombre Nuevo. Estábamos con la idea de cambios, de hacer la revolución.

Por esa razón me interesaba trabajar en el desarrollo campesino que yo pensaba que sería el artífice del cambio. Podía trabajar como Administrador Público en Instituciones como SAG, CORA, INDAP. Por razones de militancia política me dieron un cargo de mediana jerarquía en el SAG. Estuve trabajando hasta el 01 de noviembre de 1973. Ahí me aplicaron un decreto que había dictado la dictadura, el decreto 622, según el cual todos los empleados públicos pasaban a ser interinos. Por tanto, fui despedido.

Volviendo hacia atrás, el 11 de septiembre de 1973, yo vivía con mi señora en un departamento en el centro de Santiago, Alameda con

Santa Rosa, como a cuatro cuadras de la Moneda. Como era nuestra costumbre, ese día 11, nos levantamos temprano y encendimos la radio para escuchar las noticias, encontrándonos con la gran noticia de un golpe militar declarado y ejecutándose en todo Chile. A esas alturas del día ya se emitían los primeros bandos militares o bandos de guerra. Ambos experimentamos una verdadera conmoción y angustia, no sabíamos qué hacer pero ambos decidimos concurrir a nuestros lugares de trabajo.

¿Por qué yo fui ese día a mi lugar de trabajo? Porque en las reuniones que teníamos en el Comité de la Unidad Popular (CUP) y, en particular, en las del MAPU, se discutía y aprobaba, que ante un golpe de Estado, sería obligación de todo militante políticamente consecuente, asistir inmediatamente a su lugar de trabajo a ponerse a disposición de la causa para defender a nuestro Gobierno de la Unidad Popular. La militancia del MAPU era muy estricta, había que ser consecuente.

Mi señora no tuvo mayores problemas para desplazarse, porque su trabajo en Desarrollo Social estaba a escasas cuadras de casa, así que siempre el trayecto lo hacía a pie. Pero yo, a esa hora de la mañana, pasadas las ocho, tuve serias dificultades para encontrar locomoción que me llevara al sector de Quinta Normal, barrio donde estaba la oficina del SAG donde trabajaba.

Los militantes de la Unidad Popular que concurrimos aquel día a nuestro lugar de trabajo, estuvimos ahí reunidos, nerviosos, ansiosos escuchando las noticias del resto del país. Las noticias eran alarmantes, se veía que el golpe era muy fuerte, se dejó caer con extrema dureza, furia y arbitrariedad. Pero el otro tema es que toda la dirigencia de la izquierda que había dicho que habrían instrucciones y organización para enfrentar el golpe, no aparecieron. Se decía que teníamos que

tomarnos las fábricas y organizar los cordones industriales. Lo habían dicho todos los partidos de la UP, especialmente los más revolucionarios. Esperamos como tres horas y no apareció nadie. Ninguna organización. Mientras, sentíamos cómo se estremecía la tierra con el bombardeo de La Moneda. Entonces los que estábamos ahí reunidos, con mayoría del Partido Comunista, aplicando el principio, “soldado que se salva sirve para otra batalla”, como a las 12 del día decidimos irnos a casa.

Tuve serias dificultades y peligros para llegar de vuelta a mi casa, pues a esa hora ya se había decretado de hecho el toque de queda, y andaban vehículos militares recorriendo y patrullando las calles, disparando y llevando gente detenida. Tuve que hacer muchos desvíos y detenciones. Así, después de tres horas -recorrido que normalmente se hacía en media hora- pude llegar al departamento donde estaba esperándome mi señora, sana y salva. Ahí estuvimos encerrados por tres días, sin poder salir, porque la Junta Militar de Gobierno había decretado toque de queda por tres días.

Una vez levantado el toque de queda, nuevamente había que tomar la decisión de si volver o no al trabajo. Decidí volver con la esperanza de poder seguir trabajando en algún otro departamento del SAG. La jefatura la asumió un nuevo director designado por el gobierno militar, un ingeniero agrónomo militante demócrata cristiano. Este nos expresó a los que habíamos sido partidarios del gobierno derrocado, que íbamos a seguir trabajando en ese servicio. Así continué asistiendo y ejerciendo algunas labores simples de mi antiguo cargo. Pero siempre sintiendo un gran temor y desconfianza acerca de mi futuro.

El 28 de septiembre de 1973 me detuvieron en el trabajo. Se aglomeraron camiones, furgones con armamento de guerra, armas medianas y chicas, cerraron toda la cuadra. Fue un allanamiento.

Nos sacaron a todos de forma violenta para afuera, a la calle. Todos contra la muralla con las manos en la nuca. Ese allanamiento estuvo a cargo de la Base Naval Quinta Normal de la Armada de Chile.

Después de un rato, nos fueron haciendo pasar. Pero tenían una lista (unos 15 o 20), en la cual estaba yo, nos fueron separando. Los de la lista nos quedamos afuera. Después supimos que algunos de los pocos empleados de la misma División de Sanidad Vegetal, enemigos de la UP, que asistieron al trabajo en aquella mañana del 11, habían presentado una denuncia ante la Base Naval Quinta Normal, informando de la existencia de armas y extremistas en aquel recinto, y adjuntando una nómina de los militantes de la UP, a los cuales habían visto en ese recinto aquella mañana del día 11. Mientras estábamos de cara a la muralla, los oficiales y el personal raso nos pateaban y nos quemaban las manos, apagando los cigarrillos contra los dedos.

Después de unas horas, nos subieron arriba de un camión, amarrados y todos tendidos como sacos de papas. Un trato totalmente agresivo y violento del personal militar con nosotros. Nos llevaron a la base naval que estaba a unas cuantas cuerdas de nuestro lugar de trabajo. Nos bajaron del camión con todo tipo de insultos, y a mí junto con 2 o 3 compañeros nos metieron a un patio amurallado. Íbamos vendados y nos amarraron de manos y pies y nos ordenaron arrodillarnos. Nos dijeron que nos iban a fusilar. En esas fechas ya se sabía que estaban fusilando a militantes de la UP o que estaban llevando compañeros a San Antonio para tirarlos al mar. Nos amenazaban que si nos movíamos, nos disparaban. Ahí, por primera vez en mi vida, me dio un calambre muy fuerte. Tuve que aguantar, transpiraba y me llegaba a desvanecer, pero sabía que si me movía me podían fusilar.

Después de 2 o 3 horas nos subieron a todos de nuevo al camión, con la cabeza vendada. Todos pensamos (como comentamos más adelante) que nos llevaban a San Antonio para tirarnos al mar. Pero grande fue nuestra alegría cuando nos hicieron bajar, nos sacaron la venda y nos dimos cuenta de que estábamos en el Estadio Nacional, teníamos la esperanza de seguir vivos.

Ahí estábamos todos en camarines, todos amontonados. Nos teníamos que organizar para dormir, debíamos tendernos y apretarnos, uno al lado del otro, alternando cabezas con pies. Esto me hacía sentir tratado peor que un animal. En horas de la noche, solía llegar una patrulla militar; llamaba a uno de los detenidos o tomaba uno al azar, del cual, en muchas oportunidades, nunca más supimos, sabiendo posteriormente que estaba muerto. La presión psicológica era tremenda.

El interrogatorio se hacía en el velódromo, había que esperar que te tocara porque éramos más de veinte mil. Yo estuve como 7 días esperando que me tocara el primer interrogatorio. Nunca sabías lo que te iba a pasar. Te podían matar, golpear, etc. Ahí sufrí angustia, ansiedad y terror. Al interrogatorio íbamos con los ojos vendados y con un milico al lado. Mientras esperabas que te llamaran, escuchabas los gritos, lamentos, llanterías de hombres y mujeres que lloraban y gritaban. Otra cosa indignante era que cualquier milico raso nos trataba muy mal. Hasta esas fechas habían sido simples milicos chilenos; lo asombroso era ver cómo se transformaron, cómo trastocaron los valores. Así, mientras esperaba sufrí fuertes golpes en el estómago y costillas, con las culatas y con las puntas de los fusiles. Esto era acompañado con todo tipo de insultos, bajezas e improperios y con amenazas de muerte.

En el interrogatorio, siempre vendado, me decían que ya lo sabían todo. Me preguntaban por las armas que teníamos, por los nombres

de los jefes, diciendo que si mentía o me contradecía me mataban. Me pasaban un cuchillo o una punta de la metralleta por el cuello y la cabeza. Los interrogatorios duraban como 3 o 4 horas. Me golpeaban con las culatas en las costillas, con las botas en las canillas y, los peores golpes, en los testículos.

Dos días más tarde, tuve un segundo interrogatorio, de las mismas características. La violencia de los milicos fue la misma que en el primer interrogatorio y también se repitieron los golpes. Pero tuve suerte, aparte de los golpes no tuve otro tipo de tortura.

Una vez escuché los quejidos y expresiones de muerte, cuando los militares mataron a un detenido que estaba en un baño, al lado del mío. En otra ocasión me tocó ver a un detenido que recién se había quitado la vida, ahorcándose en los baños. Todo eso me provocaba un profundo estado de incertidumbre, angustia, depresión y temor.

Ya casi no recuerdo cómo vivíamos dentro del estadio. Por la mañana parece que nos daban un té con pan y a media tarde nos daban un tipo de almuerzo. Por las tardes estábamos en las graderías. A veces mirábamos a la gente que pasaba por la calle y cómo envidiábamos a esa gente libre. Estuve 15 días en el estadio. Del 28 de septiembre hasta el 12 de octubre.

Toda la experiencia del estadio me provocaba un odio tremendo, una sensación de rabia e impotencia que casi enloquecía. También me causó una psicosis de terror y de inseguridad. Estas vivencias dejan, en lo personal, profundas secuelas.

Durante todo este tiempo, yo no supe nada de mi señora, ningún contacto, nada. Ella supo que yo estaba en el Estadio Nacional por un carabinero conocido de Ancud, pero nunca le permitieron verme.

Trataron de visitarme, pero una vez que fue mi señora con mi hermana al estadio, las trataron muy mal, hasta las amenazaron con metralleta.

El día 12 de octubre, fui liberado, junto con un grupo bastante numeroso de detenidos, puesto que me encontraron exento de todo cargo de extremismo político que se me pretendía acusar. Yo recordaba que el día 12 de octubre era día de feriado. Pero ese día estaba toda la gente trabajando. Era como salir a otro mundo. Podía haber tomado un bus para ir al centro, pero por la alegría de estar libre, me fui caminando 40 cuadras. Encontrarme fuera de ese lugar de detención, en que estaba privado de libertad y seriamente amenazado de muerte, era algo profundamente emocionante.

Después de eso, volví a trabajar. Yo había estado a cargo de una caja chica. Un auditor de la Controlaría fue a hacerme una fiscalización. Eso fue otra experiencia muy desagradable. No me aceptaba ningún comprobante de gasto. Decía: lo que hacían ustedes era robar la plata. Me rechazó la mitad de la caja chica y eso lo cargó al desahucio que debían darme, pero al final nunca me lo dieron.

Después, me dijeron que el 1 de noviembre ya no volviera a trabajar. Eso era lo esperado, ya lo sabíamos. Entonces decidimos regresar a Ancud. A mi señora, afortunadamente, le dieron el traslado, estuvo trabajando un par de años más y también la despidieron. En Ancud estuve entre 1974 y 1981 trabajando con familiares en la pesca artesanal. En esa misma línea de acción, entre 1978 y 1979 estuvimos –con mis familiares– como proveedores de almejas para las fábricas pesqueras que hacía poco se habían instalado en Quellón. También viajé a Argentina pero ahí las condiciones estaban difíciles y regresé.

En esa época, durante ocho años estuve postulando a empleos en la Administración Pública, para ejercer mi profesión de Administrador Público, siendo sistemáticamente rechazado, debido a informes confidenciales de los organismos de seguridad del régimen militar.

En enero de 1982, participé en un concurso que realizaba la empresa Chilolac para el cargo de Cajero en Ancud. Resulté seleccionado en primer lugar y así a contar de esa fecha ingresé a trabajar en la industria Chilolac. Al poco tiempo y gracias a que el Gerente de aquel entonces, don Enrique Westermeyer, conoció de mis estudios universitarios, y valoró mi desempeño en el trabajo, me ofreció la oportunidad de ocupar un cargo de mayor responsabilidad y jerarquía dentro de la Empresa. En Chilolac trabajé durante 23 años, hasta 2005, fecha en que me jubilé. Jubilación muy desmedrada debido a las características del sistema individual de pensiones de AFP creado por el régimen militar.





Monumento de homenaje a los cuatro jóvenes ancuditanos muertos por la dictadura en 1973, ubicado en Avenida Salvador Allende, Ancud.

# FERNANDO ARTURO SILVA MEDINA

Entrevista realizada el 20 de diciembre de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 27 años.

Estado civil en el momento de la detención: Casado.

Edad actual: 74 años.

Lugar y fecha de detención: Comisaría Ancud, 11 de septiembre de 1973.

Centro de reclusión: Comisaría de Ancud.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Empresa Hotelera Nacional de CORFO.

Militancia política: Democracia Cristiana.

## Relato de su detención

**C**omencé a trabajar a los 14 años en Valdivia. A los 16 años empecé en la Hotelera Nacional. Trabajaba y estudiaba en nocturno en el Instituto Comercial, para lo que se llamaba “vendedor viajero”. Ahí en Valdivia fui escalando en el trabajo y simultáneamente me fui dedicando a lo sindical. La Hotelera no tenía sindicato. Nosotros comenzamos y después, en 1970 terminamos en una Federación Nacional. Postulé al cargo de Secretario Nacional, fui elegido, reelegido y reelegido. El cargo duraba un año, así que estuve tres años de Secretario Nacional. Ahí conocí a muchos dirigentes nacionales. Más adelante me trasladaron a Ancud. Me trasladaron el 15 de diciembre de 1965 para estar en Ancud, en principio, hasta el 30 de marzo de 1966. Pero no me fui y sigo aquí.

El día 11 de septiembre de 1973 a las 16 horas me fueron a detener, creo que por precaución de los nuevos gobernantes, porque era

dirigente sindical. En la comisaría, el carabinero que más odiaba la gente en Ancud, me recomendó que no me metiera en problemas para que después no me arrepintiera. Esa noche estuve en un calabozo y al día siguiente me soltaron. Como no me pudieron comprobar nada de lo que en ese tiempo se consideraba ilícito, al cabo de un mes me reintegraron al trabajo. También yo creo que me soltaron por problemas de espacio, porque nos juntamos muchos en la comisaría.

En marzo de 1974 me despidieron sin ningún tipo de indemnización. A partir de ahí comencé a trabajar de manera independiente, hasta ahora.

Desde entonces cada 11 de septiembre me seguían, me vigilaban. Sufrí mucho persecuimiento. Yo vivía al lado de una población que no se había entregado todavía cuando fue el golpe. Y fue asignada a carabineros y marinos. Así, tenía a carabineros en el sitio que colindaba con mi casa. Pero creo que hubo dos cosas que me fueron útiles, la primera es que nunca negué ser oposición al gobierno y, la segunda, la fuerte relación que tenía con la Iglesia. Tampoco nunca me callé.

Cuando se creó la radio Estrella del Mar, ocupé siempre la posibilidad de realizar intervenciones contra lo que estaba pasando. El primer funeral que se transmitió en directo por la radio, desde la misa hasta el cementerio, fue el del ex-alcalde demócrata cristiano Germán Montealegre Mucke. Por ser dirigente del partido, me tocó hacer la despedida, que fue el primer discurso político. Ese discurso fue como un detonante, produjo una situación diferente a la anterior, fue como si la disciplina se hubiese soltado algo. Eso sirvió como arranque de la oposición. En la oposición estuvimos juntos todos, desde el Partido Comunista hasta nosotros, la Democracia Cristiana. Ahí comenzó la organización de los partidos de la oposición con Nelson González Ballesteros, un arquitecto que vivía en Ancud. Con él hicimos todo lo que fue la parte primaria de la organización de los partidos de oposición.

También me vinculé mucho con los relegados, los ayudaba a situarse, a resolver los problemas básicos. Me tocó encabezar el movimiento de la oposición porque fuimos el primer partido que se reorganizó, fue así porque teníamos mucha menos gente en la cárcel que los demás partidos. La primera comuna en reorganizarse fue Ancud, después me tocó participar en las otras comunas. También pude colaborar en la organización de los demás partidos, no había conflicto entre partidos. Y así estuve participando en todas estas distintas actividades hasta el final de la dictadura.

Fueron años duros, siempre tuve mucha sensación de miedo y angustia. Pero no lo podía demostrar por la familia, para que no se preocuparan. La familia era mi esposa con quien me había casado en 1972, dos hijos nacidos en 1977 y 1983 y una hija nacida en democracia en 1992. Así, lo que más me preocupaba era cómo todo eso podía afectar a mi familia. En ese tiempo yo era transportista, tenía un camión. Y siempre cerca del 11 de septiembre, amanecían ratones muertos colgados del espejo del camión.

Pero entonces, ahí hay que ver las cosas diarias no más. Al final del día, uno que nació con la intención del bien común, lograr un objetivo va más allá de lo que es el sacrificio.





Placa recordatoria en el monumento de homenaje a los cuatro jóvenes aconcaguinos muertos por la dictadura en 1973.

# VÍCTOR OSVALDO TÉLLEZ TÉLLEZ

Entrevista realizada el 31 de diciembre de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 33 años.

Estado civil en el momento de la detención: Casado, cinco hijos menores.

Edad actual: 78 años.

Lugar y fecha de detención: Asentamiento de Chepu, finales de octubre de 1974.

Centro de reclusión: Comisaría de Ancud.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Tractorista en el asentamiento.

Militancia política: No tenía.

## Relato de su detención

**E**ntré a trabajar al asentamiento en marzo de 1972. Comencé como ayudante de palanquero del aserradero. Fui cambiando de trabajo y al final era chofer de tractor. Todos los días yo tenía que estar listo antes de las ocho de la mañana para repartir a todos los trabajadores a distintas partes en sus respectivos puestos de trabajo. Yo tenía orden de salir a la hora exacta, pero algunos me echaban la culpa de que no los esperaba. Así fui teniendo enemigos. Varias veces me humillaron porque no pertenecía a ningún partido, yo no quería meterme en política.

Para el golpe, en el asentamiento seguimos trabajando. Éramos más de cien. Todos vivíamos allí dentro del recinto. Muchos de los que se decían de izquierdas, después del golpe se dieron vuelta la chaqueta, ahí comenzaron las acusaciones, muchos inventos.

Dos veces fueron a detener gente. La primera vez, entre otros compañeros, les tocó a mis dos cuñados. Esa primera vez fueron mucho más duros que la segunda vez. Eso fue porque un funcionario de la CORA dijo que en Chepu se estaban escondiendo armas. Entonces los carabineros se metieron en las casas, lo rompieron todo, dieron vuelta los sacos de harina que teníamos en los pisos de las casas. Hubo muchos golpes ahí mismo, delante de las familias, con las carabinas, les pegaban en las costillas. Después los llevaron a Investigaciones de Ancud, ahí les dieron duro.

A mí me detuvieron la segunda vez. Me acusaban de ser simpatizante del partido socialista, pero no era verdad. Nos llevaron a todos los trabajadores primero a la escuela para hacer una reunión. Ahí nos iban diciendo a dónde iba cada uno. Todo esto con muchos carabineros armados que nos movían con las carabinas en las costillas. Pero mientras se hacía la reunión los niños estaban en la escuela porque era tiempo de clase. A la hora de salir, llegaron las personas que iban a buscar a los chicos. A toda esa gente, incluidos los niños, los encerraron en una pieza y no los dejaron salir hasta que terminó la reunión. A esa hora la escuela ya había cerrado. O sea, que estuvieron realmente detenidos, porque fueron retenidos por las autoridades.

De ahí nos llevaron a la Comisaría de Ancud, éramos como quince del asentamiento amontonados en un calabozo. A veces nos dejaban salir para ir al baño. Dormíamos en el suelo, sin comida. Los que tenían familiares en Ancud trataban de conseguir comida. Mi mujer se gastó los zapatos haciendo gestiones, tanto para mí como para sus hermanos cuando me detuvieron a mí y a uno de sus hermanos y las dos veces que estuvo detenido el otro hermano. Hacía gestiones para ver si había posibilidades de sacarnos pronto.

De a uno nos sacaban del calabozo para interrogarnos, siempre con muchas amenazas. Las amenazas eran de que nos llevarían a todos a Puerto Montt y nosotros sabíamos que de allá muchos no volvían. Ahí estuve una semana. El mayor sufrimiento era para los familiares porque no sabían qué estaba pasando en la comisaría. Era muy angustioso. Mis hijos eran chicos, pero su madre tenía que soportar toda la situación. Ella viajaba todos los días del asentamiento, al otro lado del río Chepu, a Ancud. Era un calvario. Ella tenía algunos amigos en Ancud que nos llevaban un poco de comida. En el calabozo compartíamos toda la comida que llegaba, parecía un plato único.

A dos compañeros se los llevaron a Puerto Montt. A los demás nos fueron llevando a la Intendencia, el intendente nos tomó declaraciones y nos dejaron libres. Pero fue una semana muy cruda. Afortunadamente yo no fui torturado, pero mis cuñados sí, se lo pasaron muy mal. En ese tiempo estaba de comisario de carabineros Cantillana, pero por todos los abusos cometidos, lo cambiaron.

Después seguí trabajando en el asentamiento. El asentamiento lo formó primero la CORA con terrenos aparcados de distintos dueños. Después pasó a la CONAF que se hizo cargo de todo. Pero, después, CONAF entregó el asentamiento y a mi me trasladaron de Chepu a Collipulli, pero conseguí que me enviaran Chaquihual, camino a Quemchi, porque no podía trasladar a todos los hijos tan lejos. Ahí trabajé hasta 1978. Me obligaron a firmar una renuncia voluntaria para no pagarme la indemnización. Después de eso, vine a vivir a Ancud. Algunos buenos amigos me ayudaron a encontrar trabajo. Empecé en 1979 en la fundación Fundechi, dependiente del obispado. Ahí estuve hasta 1985. Nunca más me molestaron.



Concentración en la Avenida Salvador Allende de Ancud el día 11 de septiembre de 2021, en homenaje a todas las personas represaliadas, asesinadas o desaparecidas por la dictadura cívico-militar (1973 - 1990).

# ABDÓN SENÉN VÁSQUEZ

Entrevista realizada el 11 de abril de 2019 en Ancud.

Edad en el momento de la detención: 34 años.

Estado civil en el momento de la detención: Casado con cuatro hijos.

Edad actual: 80 años.

Lugar y fecha de detención: Alrededor del 11 de octubre de 1973, en Chepu.

Centro de reclusión: Comisaría de Ancud e Investigaciones de Ancud.

Actividad que realizaba en el momento de la detención: Encargado de la maquinaria del aserradero de Chepu.

Militancia política: Partido Socialista.

## Relato de su detención

**D**espués del golpe de Estado, un día como a las 11 de la mañana, yo estaba trabajando con un tractor en el aserradero, cuando me encontré con un piquete de carabineros en el camino. Me hicieron parar y me dijeron usted está detenido. Me llevaron a la población de la Corporación Forestal, era una población de emergencia. Y empezaron los interrogatorios delante de todos, había niños, familias. Las familias asustadas salían a mirar qué pasaba. El mayor, lo primero que hizo, fue calar la bayoneta de su arma y ponérmela en el pecho diciéndome: o me dices lo que te voy a preguntar o te traspaso de lado a lado. Yo vivía al fondo de donde me estaban tomando la declaración, mi mujer

estaba recién convaleciente de una operación a la vesícula. El mayor mandó a un piquete de carabineros a la casa, sacaron a mi mujer de la cama, dieron vuelta todo, rompieron los colchones, buscaban armas. No encontraron nada, si no teníamos nada. Los niños estaban en casa, eso fue lo peor de todo. Quedaron muy mal. Mi hija menor tenía 7 años y comenzó a sufrir de epilepsia.

De ahí nos llevaron al puerto. Ahí lo que más me incomodó fue que en un palo seco se pararon tres cuervos y un carabinero les apuntó con una de esas balas que al entrar al objetivo explotan; al que le dio lo destrozó por completo. Era para amedrentarnos. Y a mí me dijo, si no contestas lo que te vamos a preguntar, eso es lo que te va a pasar. Hasta ese momento no me habían golpeado, solo era crear miedo. De ahí me llevaron a Ancud. Me pusieron en un calabozo. Me sacaban a las tres de la mañana para mostrarme donde me iban a fusilar si no decía lo que me iban a preguntar. Las preguntas eran sobre armas automáticas checas. Como no dije nada, el mismo paco que había matado al cuervo, me dio un culatazo en el pecho y me rompió el esternón, y me pegó igual en el hombro.

Me llevaron de nuevo al calabozo y al rato me volvieron a sacar. Me llevaron a una sala grande donde había unos 14 carabineros y detectives. Me preguntaban entre todos distintas cosas. De repente uno me dice, tenemos aquí a tus hijas –la menor y la mayor- y a tu hijo y si no dices lo que te estamos preguntando, vamos a proceder igual que antes. Qué les iba a decir, si no sabía nada. Estuve a punto de decir algo que no fuera verdad, pero hubiera sido peor. Entonces me callé y me siguieron pegando. Había un carabinero con el que había hecho el servicio, pasó

a mi lado y calladito me dijo, no les contestes ni una cosa. Ahí me tuvieron encerrado 7 días en un calabozo de esos chiquititos y casi todas las noches me interrogaban. La amenaza de mis hijos era mentira. Aunque la más chica quedó varios años con epilepsia, le daban hasta 10 o 15 ataques diarios, cuando llegó a una edad madura se le quitó.

Después nos llevaron a Investigaciones. Nos trataron mal durante la primera noche. De nuevo nos interrogaban con golpes, a uno de mis compañeros le pusieron electricidad. En el calabozo éramos muchos, siete de Chepu y otros que yo no conocía. Para interrogarnos nos iban sacando de a uno. Los golpes eran con las armas. Estábamos todos de pie. Durante 8 días no nos dieron comida. Cuando llevábamos 6 días sin comer, algunos de los presos comunes nos dieron su ración de comida. Esto nos afectó mucho, porque tantos días sin comer y de repente comer esa comida, a algunos que eran enfermos los mató.

Un día tomaron presa a una empleada doméstica porque la patrona la empezó a tratar mal y ella le respondió, y la metieron con nosotros en el calabozo; esto lo hacían para hacer pruebas de la militancia política y poder levantar calumnias. Ahí estuvimos como 8 días hasta que llegó un comisario de Investigaciones de Paillaco que no le gustaba maltratar a la gente y lo que hizo fue buscar los antecedentes de cada uno. En eso se demoró como 8 días. Nos fue llamando de a uno y nos dijo, ustedes se van a ir prontito pero no tienen que seguir con la palabra "compañero". Ahí quedé libre. Lo peor de todo fue que nos hicieron pedazos la casa y las amenazas.

Salí y la Corporación nos permitió seguir trabajando. Había un Jefe de Plaza de Valdivia en Quellón, que tenía que ver el funcionamiento de las empresas; como la Corporación Forestal era la mitad fiscal, él permitió

que volviéramos a trabajar. Él nos salvó. Yo le dije que me culpaban de cosas que yo no había dicho y que quería renunciar a ese trabajo. Renuncié en octubre y en noviembre me fui. Ahí ya no podía trabajar tranquilo, porque el resto de trabajadores que estaban en contra de nosotros, seguían haciendo acusaciones.

Me fui cerca de Quemchi a casa de un cuñado que tenía un aserradero, estuve alrededor de un año. De acuerdo al fallo, me expulsaron de Chiloé. El 20 de noviembre de 1974 me fui a Punta Arenas y de ahí a Argentina a Río Gallego. La familia se quedó en casa de mi cuñado. En Argentina estuve primero 4 años. Después empecé a trabajar con un señor de Osorno que también tenía que venir a Ancud. Ahí pasé escondido con él la frontera para visitar a la familia y con él regresé a Argentina. Después ya me dejaron de perseguir y pude volver y juntarme con la familia. Esto fue en julio de 1980. En Ancud encontré trabajo en una empresa de construcción. Todo el tiempo que estuve fuera enviaba plata a la familia con un giro, pero de todas maneras se lo pasaban mal, por la parte afectiva.

Son entretenidas las vueltas que da la vida. A uno de los carabineros que había estado en los interrogatorios, mucho tiempo después lo echaron de la pega. Fue el año 1983. Lo encontré en la calle y estaba mal. Me pidió perdón por lo que había hecho y me pidió que lo recibiera en mi casa porque se había separado de su mujer y no tenía dónde ir. Lo llevé a casa y estuvo ahí como 15 días.



## EPÍLOGO



## ÚLTIMA REFLEXIÓN DE DON JOSÉ NEHUEL<sup>6</sup>

Una multitud que se avecinaba, que era imposible detenerla. La gente no podía detenerse. El valor de ese pueblo no se detuvo. Quería romper cadenas a como diera lugar y como fuera necesario. Era imposible detener el pensamiento de ellos, hombres y mujeres, el pensamiento no se detiene. La situación se tornó difícil para el pueblo y para mí. Imposible detener el pensamiento histórico de esa vida. Pensamiento y memoria humano que no se termina tan pronto. Memoria, pensamiento humano. Esto no ha terminado. No creo que haya terminado. Por eso hubo que acelerar mucho las cosas. Quedará en la mente, en la memoria de ellos. Todo fue muy largo. Siguió por mucho tiempo. Fue muy largo y muy duro. Y seguirá por mucho tiempo, este lamento histórico de la vida. Porque en Chile no hay corazón. Sigue avanzando.

Tus amigos no querían verlo encarcelado nuevamente, junto a ellos. Y por eso fue tan difícil detener esa marcha. Fue imposible soportar. Hubo que soportar muchas cosas. Pero la cadena humana no se detiene. Para hombres y mujeres se tornó muy difícil la vida humana.

---

<sup>6</sup> En el momento de la entrevista, don José Nehuel tenía dificultades para recordar hechos y fechas, pero quiso realizar un comentario general que corresponde al presente texto. Precisamente, por las características del texto, por ser una reflexión y no un relato de los hechos, nos pareció que podía publicarse como epílogo, como cierre del libro. Don José Nehuel falleció en Ancud el día 15 de noviembre de 2019.

Se tornó, en gran parte, en la memoria de todos ellos. No fue solo dolor. Por eso estoy todavía aquí, estoy vivo todavía. Algún día puede ser que se encuentren algunos de ellos y recordarán mientras viva. Ojalá se acuerden. Nunca volveré a ver otra cosa tan grande, tan fuerte. Un valle de lágrimas. De terror, por no decir otra cosa. El mal humano está presente en todos lados. También, el cariño, el dolor, la angustia de todos. A lo mejor estarán en la historia. Pero volveré como un niño despiadado de mirada oculta y legando a su mamá el cuartel de la vida. Hoy me voy encontrando con alguna gente. Puede que alguna vez, la vida y la historia se acuerden de mí. Con mis hijos, mis hermanos, con los sentimientos de antes nuevamente quizás en la vida. Alguna vez podré decir que tengo alguna familia. A lo mejor, puedo encontrarla de verdad. Ahora estoy aquí, me puedo identificar delante de ustedes. El destino me hizo ser una persona, ser escuchado. Ojalá haya otra forma de expresión y escuchen cosas más verdaderas. Muchas gracias por haber estado junto a mí. Mis hijos están acá. Ellos formaron parte de la angustia y el dolor sufrido por el pueblo. Algún día quizás logremos reencontrarnos. Muchas gracias.

La historia dirá otra cosa. Habría mucho más que hablar pero de forma solapada.

He escuchado varias veces los hechos, de mucha gente, de muchas voces y en ellos he ido encontrando algunos pasajes de la vida, después de tanto tiempo.

Estuve en Chin Chin con muchos compañeros y compañeras. Compañeros que llegaron a ofrendarse muchos días. Tengo recuerdo de algunos compañeros y compañeras que miraron con angustia a nuestros pasos, historia de lucha.

Su hija Marta recuerda las últimas palabras que su padre le dirigió pocos días antes de morir y que fueron las últimas que pronunció, ya que después la enfermedad se le complicó con un tema en la garganta lo que le impidió volver a hablar:

“Nunca hay que bajar los brazos por nuestros compañeros obreros. Honor y gloria”





Mario Cárcamo G.  
tenía 26 años

Sofamor Saldívar  
tenía 23 años



Carlos Mascareña  
tenía 21 años



Francisco Avendaño  
tenía 20 años

Salta  
1971



